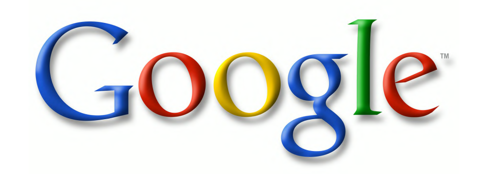


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

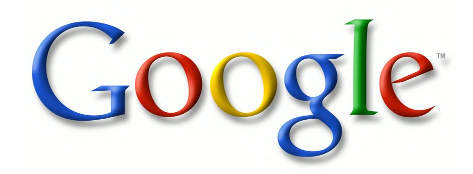
Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

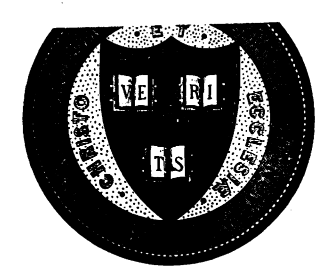
Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

This book is not to be taken from the Library



LIBRARY

OF THE

PEABODY MUSEUM OF AMERICAN ARCHÆOLOGY AND ETHNOLOGY.

HEMENWAY COLLECTION.

GIFT OF

MARY HEMENWAY.

Received June 29, 1896.

HISTORIA BREVE

DE LA

CONQUISTA DE LOS ESTADOS

INDEPENDIENTES DEL IMPERIO MEXICANO,

ESCRITA

Por Fr. Francisco Frejes, cronista del
colegio de Nuestra Senora de Guadalupe de Zacatecas.

Edicion del "Estado de Jalisco."

GUADALAJARA.

Tip. de S. Banda, Exconvento de Sta. María de Gracia.

1878.

NOTICIAS BIOGRAFICAS

DE FRAY

FRANCISCO FREJES.

Como jalisciense, amo el renombre de los ilustres ciudadanos que con su talento personal han sido glorias de Jalisco, habiendo enaltecido con su nombre y con sus brillantes hechos el nombre de nuestra Patria; y entre los más distinguidos sabios que han visto la primera luz en este suelo, que con sus luces han enriquecido la historia de nuestro Estado, descuella de una manera eminente el modesto sabio y teólogo Fray Francisco Frejes, uno de los más amantes y distinguidos hijos de Jalisco. Me atrevo y mi insuficiencia pretende demasiado al tratar de bosquejar á grandes rasgos la vida de una de las glorias jaliscienses. Al hacerlo lo hago inspirada de no ver olvidada y desconocida de los hijos de Guadalajara, la memoria querida de un digno compatriota que amó como nosotros el lustre y renom-

bre de Jalisco. El lector será benèvolo y perdonará las omisiones que esto lleva; pero unas son hijas de mi ignorancia y otras propias de mi sexo.

Ignórase en qué año nació nuestro Frejes; sábese sólo que fué hijo de Guadalajara: no se ha podido saber cuàndo empezò sus estudios, sólo se sabe fué franciscano del convento de esta capital, donde se distinguió como uno de los más elocuentes oradores, así como tambien fué un excelente cantor. El excesivo amor de saber le hizo pasar al convento de guadalupanos de Zacatecas, donde fué agraciado por sus grandes conocimientos con el título de Cronista, y más tarde Guardian del mismo convento en 1838.

En Zacatecas dejó de existir en 1845: fué sabio teólogo, instruido historiador, varon eminente, religioso humilde, ejemplo de bellas maneras, á quien la historia patria debe positivos servicios. Refiérense algunas anécdotas ejemplares y conservo el recuerdo de la siguiente: "Estando postrado en el lecho de dolor y en vísperas de entregar el alma á su Creador, los religiosos de su convento entraban con frecuencia á la celda à informarse de su salud: díjoles un dia: "hermanos, al aposento de un moribundo se entra y se sale como á su propia casa, ni se dan los buenos dias

ni las buenas noches!!" El Ilustre Fray Frejes nos ha dejado escritas obras de verdadero mérito, instructivas y morales, en las que revela no obstante ser sacerdote, y de otra época, que era hombre de espìritu liberal: en su levantado y patriótico lenguaje manifiesta cuán amante era de la independencia de su patria, como enemigo de sus opresores. En 1833 publicó en Guadalajara su interesante y bien escrita Memoria Histórica sobre la conquista de Jalisco, cuyo dialecto é ingenua relacion enaltece la memoria de este digno hijo de Guadalajara. En 1839 escribiò y publicó en Zacatecas el breve diseño de la Historia de la Conquista de los Estados Independientes del Imperio Mexicano, cuyo valor para la historia patria es muy grande. Escasas como son las noticias hasta el dia publicadas sobre el descubrimiento y conquista de esos Estados, al publicar el padre Frejes esta obra hizo un positivo servicio á la Historia nacional: muchos historiadores le citan y recomiendan como muy buena: más tarde publicó un interesante opúsculo sobre la manera breve de la enseñanza pública en Jalisco de ambos sexos, llena de bellísimas apreciaciones sobre tan interesante ramo. Sus obras estaban todas dirijidas á difundir la luz del saber, vinculando en ellas el

amor á la patria y la libertad, hermosos sentimientos que dejó escritos en sus obras para instruccion de la juventud jalisciense. La modestia es compañera del saber: el padre Frejes nunca á sus obras puso su nombre, y bajo el severo anagrama de F. F. F. las dió á luz. Acaso muy pocos jaliscienses saben en estas iniciales el nombre de un compatriota ilustre que con tanto anhelo dejó á la juventud de su patria, monumentos de eterna memoria para los hijos del Estado, del que fué hijo tambien. Guadalajara, que ha sido la cuna de tan grandes eminentes varones, se honra en ser la patria de este sabio religioso, como de los no ménos distinguidos frayles é historiadores Fray Andrés Tello y el padre Andres Cavo, que han dejado escritas interesantes Historias. Tiempo es ya de que nuestro Gobierno nombre un cronista para recojer aquellos preciosos documentos de nuestra historia que se hayan exparcidos en tantos manuscritos relegados al olvido, y expuestos á la incuria del tiempo. Pocos Estados pueden decir que tienen tan ricos materiales para poder escribir una historia fiel y verdadera desde los primeros tiempos de la conquista hasta terminar el dominio español: Jalisco cuenta con esta riqueza tanto en su Biblioteca pública como en varias particulares, y ojalá que

algunos de sus ilustrados hijos procuraran recojer y compilar esos documentos para subsanar ese olvido ó abandono con que nuestros diferentes gobiernos han visto esos tesoros de instruccion, cuya lectura es de necesidad à un pueblo que debe conocerse á sí mismo y que hoy todos los pueblos civilizados se esfuerzan para investigar sus orígenes históricos; y esto á su vez servirá tambien para popularizar y dar á conocer y no olvidar á los más distinguidos historiadores de un pueblo y de una patria tan querida y merecedora de todo nuestro amor.

Guadalajara, Noviembre 21 de 1878.

EMILIA BELTRAN Y PUGA MARCAYDA.

Con el debido respeto, á los vastos conocimientos históricos, del Señor Pbro Señor Cura Don Vicente de P. Andrade digno emulo por sus cristianas virtudes de San Vicente de Paula, por sus talentos el gran Padre de la Iglesia, San Agustin

Su respetuosa Admiradora

La Autora,

INTRODUCCION.

LOS Estados independientes del antiguo Imperio mexicano, aunque no fueron desconocidos á los conquistadores de esta América Septentrional, y solamente ignoraban los límites ciertos del territorio que invadian, se desentendieron de designarlos en la historia de su conquista con sus propios nombres. La sorpresa que les causó la grandeza del nuevo mundo que descubrieron, el temor de faltar á la exactitud con que debian dar cuenta de todas sus proezas al soberano español, y á la vez, no entender el idioma de los indios, no les permitió tener entónces los conocimientos que adquirieron despues de algunos años de la invasion del Imperio. Y aunque algunos españoles sin voluntad del principal jefe conquistador hicieron algunas diligencias para reconocer todo el continente, no pudieron conseguirlo por varios y desgraciados sucesos.

Fuè efecto necesario de esta falta de noticias, que los primeros historiadores de la conquista no pudiesen tener otros datos y testimonios que los adquiridos por los indios, que, en lo más debian ocultarles la verdad, y por los mismos españoles que ó exajeraban los sucesos, ó los disminuian por la emulacion que hubo entre ellos desde un principio.

Siguiéndose sobre estos fundamentos tan débiles unos á otros los primeros historiadores, no pudieron ser exactos, sino en las noticias que dieron del Imperio mexicano, de los Estados feudales y de las tierras que invadieron de tránsito á la capital. Y aunque salieron muchos indígenas del interior á conocer á los españoles, la conmocion general que hubo por la invasion extranjera, y los diversos intereses que dividieron en partidos á los naturales, los separó tambien en opiniones, y relacionaban los sucesos conforme á la pasion que los dominaba.

Por otra parte, siguiéndose unos á otros los historiadores más exactos, y algunos adulterando cuantas noticias recibian á vista de sus respectivos intereses, no pudieron dejar á la posteridad sino el trabajo de hacer la crítica que corresponda á su historia, con otros datos màs verosímiles para sacar à luz la verdad de los hechos.

Por esta causa se puede asentar que en la historia de la conquista del Imperio mexicano son más veraces y exactos los últimos escritores que los primeros. Aquellos escribieron despues de pasar por todas las reglas de una sana crítica los hechos que refieren, y libres de la exaltacion de pasiones que pudo haber dirijido la pluma de los primeros historiadores.

Si hemos de explicarnos con más claridad, debemos confesar, que unos por indemnizarse de los atentados que cometieron, otros comprometidos por los mismos paisanos para los propios fines, algunos por recomendarse en la corte, y todos generalmente para adquirir alguna recompensa de su trabajo, escribieron solamente lo que los ponia á salvo de un severo castigo, ó habia de llenar los deseos de su corazon.

Por estas razones tengo por uno de los historiadores de la conquista de México más exacto y veraz al padre Francisco Javier Clavijero, sujeto libre de aspirar á nada de lo que pudo dirijir la pluma de los demas. Pero como dicho autor de la historia antigua del Imperio mexicano solamente se contrae á la geografía universal y á la historia de la parte que gobernaban los emperadores, y de los Estados que tenian alianza con México, ó le eran feudatarios, se desentendió de

los demas Estados independientes. Era preciso para tener una historia cabal de la conquista de toda nuestra América, buscar los testimonios y documentos más veraces de la invasion de los españoles en los Estados independientes del Imperio, que eran muchos: historia más difícil que la de la principal parte de la América Septentrional.

La divina Providencia dispuso llegase á mis manos una coleccion de documentos preciosos y testimonios auténticos que de tan interesante historia sacó el Lic. D. Matías Mota Padilla de la Chancillería de la Audiencia de la Nueva Galicia, y del archivo de los padres Franciscanos de Guadalajara. No queriendo tener inútil un hallazgo tan apreciable, y estando cierto de que nada hay impreso sobre el particular, me he propuesto arreglar á mejor método y órden las dichas noticias, y formar una historia breve y corrida de tan recomendables sucesos.

Por otra parte, como cronista de un colegio de misioneros, no puedo ver con indiferencia esta conquista que en lo más se verificó á esfuerzos de los ministros evangélicos con la persuasion y el ejemplo, y no con las armas. Así se verá en la reduccion de las naciones que poblaban à Coahuila, Nuevo-Leon, Tamaulipas, Tejas, Nuevo-

México, y gran parte de otras provincias, y en que los misioneros solos y sin soldados colonizaron muchos pueblos que hoy son populosas ciudades.

Esta historia se contrae, como lo expuesto, solamente à la conquista de los antiguos Estados independientes del Imperio mexicano, que son las atiguas provincias de Guadalajara, Zacatecas, Sonora y Sinaloa, Nuevo Reino de Leon, Tamaulipas, Durango, Chihuahua, Coahuila y Tejas, y los territorios de Colima y Nuevo-México, Nayarit y Californias, que en lo más pertenecieron al gobierno de la Audiencia de Nueva Galicia.

Poseyendo la historia antigua de México del padre Francisco Javier Clavijero, se tiene cuanto se puede desear para saber la historia natural y civil de nuestros antepasados, y solamente añadiré lo raro y extraordinario que encuentre haber en los Estados independientes del Imperio. Aun mi division será igual y conforme á la de dicho recomendable autor, para que el sabio que trate de darle á esta historia la amenidad que le corresponde, tenga una clave segura para exponer en órden los sucesos.

Estoy persuadido que las noticias que publico no pueden ser indiferentes á los que saben apreciar el don singular que el Señor Dios les con-

cedió á los indígenas con la religion verdadera que les trajeron en la conquista los españoles. No ménos que por lo que pueden cooperar á asegurar la independencia y felicidades que de ella nos deben resultar, si se acierta à combinar los principios que no son opuestos entre sí mismos, como han creido algunos, que han equivocado la libertad civil con la libertad absoluta, que no les puede traer sino desgracias temporales y eternas.

LIBRO PRIMERO.

PARTE GEOLOGICA DE LOS ESTADOS.

Corografía de los mismos.—Orígen, carácter y costumbres de sus habitantes.—Naciones, su religion y política.—Sistema y órden que llevaron en su conquista los españoles.

PARTE GEOLOGICA DE LOS ESTADOS.

Una de las grandes obras en que resplandecen la sabiduría y poder del Ser Supremo, es la construccion del universo. A la vista no se presentan en ella sino un empeño en su autor, de que siendo tan varias las naturalezas, todas tuviesen un mismo carácter, á pesar de la desigualdad individual que las distingue. Por este medio repartió de tal suerte sus apreciables dones, que al paso que ostentó su fecundidad con unos seres, no dejó de comunicar sus perfecciones á los demás que parece tienen ménos ventajas en el teatro del universo.

Si en todas las cosas criadas resplandece esta providencia, con màs perfeccion se nos deja ver en la estructura de la tierra. Por razones naturales que nacen de los principios de física, no podian ser habitadas las partes equinocciales del globo; pero admirablemente vemos en las Américas que el autor de la naturaleza las proveyó de montañas y aires tan densos, que los rayos del sol aunque las hieran perpendicularmente no las han inutilizado para habitacion de los hombres, y para producir los más preciosos frutos de la tierra. Semejantes à éstas hay otras muchas cosas que naturalmente no podian suceder sobre la tierra, y la experiencia y los muchos descubrimientos desvanecen las aplicaciones que indiferentemente se quiere hacer de los principios.

De estas grandes novedades para el entendimiento humano, fué una el descubrimiento de las Américas. Lo más poblado de ellas está debajo de la zona tórrida, y lo ménos habitado en ambos hemisferios está fuera de los trópicos. Las diferencias de las producciones en unas y en otras partes son accidentales, aunque las de la zona tórrida suelen ser exclusivas en algunas de ellas. El que la poblacion se haya cargado màs bien en los países que están debajo de la zona tórrida que á la templada, hubo para esto entre los indígenas causas físicas y morales.

Las físicas impulsaron á los primeros pobladores á buscar la benignidad del temperamento y aguas corrientes para gozar con más facilidad de cuanto necesitaban para la vida, y las morales los comprometieron á acercarse más al ídolo de sus falsos ritos y supersticiones, que era el sol. Pero no por esto se uno debe dejar persuadir de los antiguos autores, que aseguran que lo restante del Imperio de Moctezuma en nuestra América, era solamente habitado de algunas tribus de salvajes, y que por ser pocos no tenian jefes, órden ni leyes que los gobernasen.

Aunque tal supuesto pudo ser verdadero respecto de las tierras del Norte, no pudo serlo respecto del Poniente del Imperio, en donde estaban los reinos de Colima, Tonalá y Jalisco, á más de los señoríos de los llamados caciques ò jefes principales de las naciones de que habia muchos por todas direcciones. Y aunque las causas expuestas atrajesen hàcia el Mediodia lo màs de las primeras colonias que trasmigraron á las Américas, no se puede persuadir la sana razon que dejase de haber muchas que se quedasen en las partes más septentrionales por diversos motivos. Uno pudo ser, colonizar en climas de un temperamento más análogo al de su patria: otro haber encontrado grandes valles de

los muchos que se forman entre las sierras demasiado feraces. Los territorios de Jalisco, Sonora, Sinaloa y Durango, demuestran la verdad propuesta. Y si por estas y otras razones para formar exacto concepto de la historia nos hemos de fundar en las propensiones naturales del hombre y en el uso de su perfecta libertad para elegir los medios de gozar de los bienes de la tierra, debemos inferir que los Estados independientes del Imperio mexicano fueron muchos y poblados, feraces y ricos, porque todo se los proporcionaba el gran territorio de su tránsito por las partes màs septentrionales.

Por último, ya se veràn en el contesto de la historia muchas cosas que sobre dar idea de la geología de estos Estados, confirme la verdad de sus naturales disposiciones para ser poblados. La ocultacion que hicieron los primeros historiadores de la conquista de muchas cosas interesantes, es prueba negativa de lo que se pretende sostener y muy positiva de la preocupacion por los intereses particulares que las más veces postergan á la razon y á la justicia.

COROGRAFIA DE LOS ESTADOS

La parte septentrional en que estan los Estados que fueron independientes del Imperio, re-

presenta más que otros el particular fenómeno de la desigualdad del terreno á lo que es consiguiente la variedad de los temperamentos, y aun de las producciones. La sierra principal que se extiende por ambas Américas de Sudeste y Noroeste, vino á ser como centro de los Estados que son el asunto de mi historia. Ella demuestra la exactitud de los cálculos geológicos del sabio aleman Kirvan sobre las corrientes de las aguas del diluvio, que formaron estas cordilleras de montes por haber venido de las partes australes á las septentrionales.

Los Estados independientes eran dividos del Imperio por la misma línea que despues dividió la N. España de la N. Galicia, y corre desde la costa meridional y límites orientales del antiguo reino de Colima hasta la costa oriental del golfo de México, y límites de las Tamaulipas. La de su extencion es de 26 grados de latitud y 16 àreade longitud: comienza al grado 19 de de latitud boreal hasta el 45, y al grado 21 de longitud occidental hasta elgrado 37. Doy solamente estas medidas geogràficas en general por no estar tomadas con exactitud las que corresponden á cada provicia en particular. De este inmenso territorio, y del que aún se ignoran los límites ó confines, al Norte de nuestra América, poco ó nada

se ha escrito. El baron de Humbolt no pasó del Estado de Guanajuato en sus observaciones, y por esto lo que escribió de los demás Estados y territorios no pudo ser muy exacto. Valmis y otros peritos extranjeros que entraron al reino en tiempo del gobierno español, solamente se aplicaron á observaciones botánicas y mineralógicas. Por esto, y el descuido de los patricios en el particular se puede asentar, que ignoraron los españoles y aún se ignora cuanto se debe saber para hacer el justo aprecio que se merecen estos Estados. Su minería no ha sido protegida de los gobiernos, sus inmensas y preciosas producciones solamente se calculan y no se conocen, y para decirlo de una vez, se ignora el valor del tesoro que poseemos y que la naturaleza nos ha franqueado bajo cuantos respectos se pueden considerar estos Estados para aventajar en opulencia á todas las naciones.

La extension de la área que forman estos Estados admite una poblacion de màs de 50 millones de habitantes, sin que se embaracen los unos á los otros en la diversidad de intereses que pudiera tener. Tienen costas occidentales, meridionales y orientales. Las primeras y segundas, son de una altura regular: la costa oriental es tan baja, que solamente se ven en sus pla-

yas grandes montañas de arena. Esta costa llamada de San Bernardo, es la que contiene las inmensas corrientes del oceano Atlántico que por las costas del Brasil y tierra firme vienen buscando al mar del Norte. Prodigiosamente la altura de las costas es proporcionada para embarazar una inundacion del feracísimo territorio de Tejas. Por esta misma parte desaguan los muchos y caudalosos rios que à proporcionadas distancias bañan aquella tierra privilegiada.

La grande extension de los Estados de Sina loa y Sonora con respecto á la llamada sierra madre que los divide de los Estados de Chihuahua, Durango y territorio de Nuevo-México, forma una faja que se extiende á proporcion que el golfo de Californias, llamado tambien golfo de Cortés, y termina en la desembocadura del rio Colorado, que es el que la divide en nuestro continente. La misma proporcion territorial guardan al Occidente, con respecto á la sierra, los Estados de Jalisco, Zacatecas, Nuevo-Leon, Coahuila y Tejas, dejando al Sudeste la línea que los divide de las antiguas posesiones del Imperio mexicano y Estados feudales.

Esta sierra, como he dicho, se va elevando en unas partes más que en otras, á proporcion que corre al Norte hasta perderse de vista. En las

mayores alturas suelen formarse algunas llanadas que notáblemente varian el temperamento, á la vez que parece otro país. Las quebradas en lomas son inaccesibles, y solamente las habitan algunas tribus gentiles que huyen de las agresiones injustas de sus enemigos. Las vueltas y tortuosidades que hay en los rios corresponden á las que forman las alturas. Estos rios van continuando su carrera por aquella caja de montañas hasta salir al terreno bajo, y de allí al mar, tanto por el Occidente como por el Oriente. De esta sierra nace el rio Colorado que divide la alta California de Sonora y Nuevo-México; y tambien el rio Bravo del Norte que atraviesa el Estado de Coahuila y territorio de Nuevo México hasta el puerto de Matamoros en que desemboca al golfo. Los nombres con que es conocida esta sierra son varios. En la parte que rompe los límites del Estado de Jalisco, le llamamos la sierra de Michoacan; despues de pasar por ella el rio de de Santiago ó Tololotlan, se llama del Nayarit; sigue con los nombres de Topia, Tarahumaras, Apalaches y Montes de Piedra.

Los temperamentos varían á proporcion de las quebradas: en las alturas son constantes los hielos en el verano, y las nieves continuas en el invierno: las profundidades tienen todos los acci-

dentes de la tierra caliente, el aire tiene más densidad, y el sol hiere aun por reverberacion.

A tan extraordinaria variedad de temperamento son consiguientes las distintas producciones de la tierra. Es cosa bien rara observarse en un pequeño territorio al mismo tiempo las cuatro estaciones del año. En un pueblo los frios rigorosos del invierno, en otro las delicias de la primavera, en otro los fastidiosos calores del verano y en otro las producciones del otoño.

Aunque los temperamentos son tan desiguales, son unos mismos los elementos que en esta sierra, los Estados limítrofes gozamos para llegar al màs alto grado de prosperidad. Es imposible designar las preciosidades que en estas provincias se contienen para utilidad comun de la sociedad. Solamente en lo general puedo decir, que debemos estar á cuanto en este particular ha dejado escrito el padre Francisco Javier Clavijero, quien con con los datos más auténticos describe y clasifica la multitud de animales y producciones indígenas, y otros que han venido de diversos climas y que igualmente que en los Estados imperiales se encuentran y producen con prosperidad.

Lo que debe llamar màs la atencion á esta parte de los Estados Occidentales, es la abundan-

cia de los metales más preciosos y ricos. En la mencionada sierra y cordilleras que nacen de e-lla hay minas de oro, de plata, cobre, de hierro, de estaño y plomo: las hay de los que se llaman semimetales, é igualmente se encuentran grandes placeres de arenas de oro y aun de piedras preciosas, como amestistos, adrómadas y esmeraldas. Las arenas del rio Colorado son un placer pernne de arenas de oro de buenos quilates, sea que por sí mismo las cria, ó que desciendan con las corrientes que nacen de la sierra en donde tienen su orígen.

Por lo dicho puede asegurarse sin hipérbole, que à pesar de los inmensos tesoros que de nuestra América han salido á enriquecer à otras naciones, y aun á todo el mundo, todavía puede tenerse por intacta la fuente principal de nuestra opulencia. La plata y oro que se ha extraido en trescientos años, ha salido solamente de las sencillas cordilleras de montes que nacen de la sierra principal de que voy hablando.

Respecto al interés que pudo tener el gobierno español en descubrir estos tesoros, nos debemos admirar del poco cuidado que tuvo de su pronta colonizacion. Solamente la poblacion puede proporcionar á la minería lo necesario para sus progresos. Sin los víveres aunque fuese

su valor á un precio proporcionado, no se puede dar un paso de provecho en tan importante asunto. En las pocas minas que se han trabajado en la sierra, ha sido necesario que se taje la pla ta para que tenga cuenta explotarlas. A proporcion de las generales ventajas que ofrecen estas provincias en el reino mineral, abundan en las producciones del reino vegetal. Las observaciones que han hecho algunos extranjeros no son suficientes para formar idea cabal de los tesoros que producen nuestros campos y valles. Hay montes de exquisitas maderas, árboles y plantas medicinales, y de esto pudiera establecerce un comercio á la vez exclusivo y particular con otras naciones.

En los más de estos Estados se produce el añil tan ùtil à las naciones que se dedican á la industria. Los montes de nopal estàn convidando al ingenio de los que por el beneficio de licores, de grana y cochinilla han establecido su industria. La viperina, la gobernadora, ojásen, zarzafras y zarzaparrilla, por su abundancia, no tienen la recomendacion que gozan por naturaleza. Del maguey ya se ha escrito; pero aún no se hace de él el aprecio que merece. El mismo descuido ha habido con ciertas clases de gomas, que sustituirian á las que á gran precio nos vienen de fuera,

y á más con ciertas combinaciones les quitarian su valor, muchas veces excesivo, á la cera y sebo, artículos tan necesarios para la economía doméstica. Lo mismo se puede asegurar de innumerables cosas que se producen con abundancia en estos Estados, y que necesitamos mendingar de otras naciones.

A tanta prosperidad es correspondiente la del reino animal. Ya se vió la prodigiosa multiplicacion de los primeros animales que trajeron los conquistadores, y que se echaban ménos en nuestro continente. Las tribus que emigraron de la Asia nos los trajeron, porque todos los animales que desde el principio constituyeron el mantenimiento del hombre y su uso necesario en la sociedad, aunque se propagaron, fué formando las propiedades particulares, de las que á la vez carecieron los primeros colones de las Américas. Estos animales, que fueron los caballos, los asnos, las cabras, las ovejas, toros y otras especies, ya se ve la abundancia con que se propagan en nuestro suelo, y solamente exigen ahora que se mejoren sus especies con el trabajo y la industria.

Entre otras cosas notables en este artículo, debo no omitir que hay muchos rios en las sierras más altas de nuestra América que desmienten la razon á que los físicos atribuyen comun-

mente el orígen de los manantiales de donde se forman. Soy de sentir que la propension del agua á equilibrarse por medio de las venas de la tierra, no es siempre el principio y causa de este fenómeno, sino principalmente que el hidrógeno excitado por el calórico subterráneo, buscando el aire libre con que combinarse para la formacion del agua, solo lo encuentra cerca de la superficie de la tierra indiferentemente en los bajos y en las alturas, y por esto vemos el agua en ellas, sin que en distancias muy remotas haya otras alturas de donde viniesen las aguas buscando su equilibrio. En la sierra de Topia hay un rio muy caudaloso que se precipita de una inmensa altura y á la accion del aire que lo recibe se disuelve el agua en vapores, sin que se vea caer una sola gota.

No ménos prodigioso es el llamado rio de Nazas, que reuniendo muchos rios de las provincias de Durango, Chihuahua y aun Zacatecas, entrando á la laguna de Patos en la provincia de Coahuila, ni crece ni mengua. A distancia de 20 ó 30 leguas inunda la tierra con manantiales muy abundantes: esto no puede ser sino por un natural filtro de tan caudaloso rio.

Otras cosas más notables en estos Estados, en lo concerniente á este artículo, se pueden desig-

nar en lo general, como son los muchos y muy buenos baños termales que en las más de las provincias hay en abundancia. Los más varìan en la virtud específica de sus aguas para la curacion de muchas enfermedades. Los notables son los de Aguascalientes, los de Valparaiso, Ojo de Bastillas, Atotonilco de Santa Cruz, Atotonilco de Sain, Encarnacion, Zalatitan y San Juan de Venegas.

A más, no se debe omitir referir en este lugar, que en las costas de Californias se cosechan perlas del mejor oriente, y tambien en el rio Salado, llamado por otro nombre Sabinas, que atraviesan el departamento de Coahuila, y tiene su orígen no lejos de la capital.

El antimonio se encuentra en el cráter de algunos volcanes apagados que hay en el departamento de Zacatecas. Aquí mismo se han encontrado y hay fecundas minas de azogue. Antiguamente se trabajaron las minas que de tan apreciable metàlico abundan en los cerros del Carro y el Picacho del partido de Pinos y los Angeles. Por los años de 1740 en que era virey de Nueva España el Marques de la Conquista, se prohibió severamente se trabajasen, porque esto no podia tener cuenta al gobierno español porque con este descubrimiento se perjudicaba el comercio del azogue del Almaden.

Ultimamente son tantas y tan pingües las producciones de estas provincias, que era necesario trabajar por separado un tratado geológico para que se formase una idea cabal de las preciosidades que contienen. Esto no puede ser hasta que haya un gobierno que gratifique y expense esta clase de ocupaciones. Lo mismo digo respecto de los monumentos de antigüedad que hay en estos Estados: como son los edificios llamados de Villanueva, las siete ciudades de Quivira, las ruinas de Chihuahua y otros.

Orígen carácter y costumbres de los habitantes.

Aunque uno es el orígen de todos los hombres, pues todos somos hijos de Adan, la filosofía ha introducido la curiosidad de saber la causa de ciertas diferencias accidentales que se observan entre varias naciones, no solamente en lo que pertenece al órden moral, sino tambien en el órden físico.

Las diferencias morales, no hay duda que provienen de los distintos principios que se adoptan para formar las costumbres de los hombres, y que pertenecen á la educacion. Las diferencias físicas nunca pueden ser sustanciales, y solamente se pueden versar sobre la contextura, tamaños, color y algunas afecciones sensitivas.

El conocimiento de estas causas es una de las propensiones más naturales y comunes entre los hombres. Vemos entre nosotros mismos hombres negros, blancos, cobrizos ó colorados: unos màs altos y otros más bajos, y sabemos tambien que hubo gigantes. Esto justamente excita nuestra curiosidad, y no nos deja duda de haber para el efecto algunas causas físicas. Si ántes fué difícil resolver este problema, en el dia es fàcil con los nuevos principios que han descubierto los hombres en la naturaleza.

No hay duda que el hombre es un animal racional; es decir, un compuesto de alma y cuerpo, y seguramente el nudo que une las naturalezas espirituales à las corpóreas. Esto hizo que Dios, queriendo ennoblecer al hombre y que volviese à su centro de un modo especial todo lo que habia salido de sus manos, se unió al hombre que es un compuesto de todas las materias elementales de que estàn formados todos los seres. Por esto, prescindiendo de las relaciones que pueda tener nuestra alma con los angeles; el hombre, siendo espiritual, es sensitivo con las bestias, vejetal con las plantas, sin que se le pueda negar algo de la naturaleza de las piedras, metales y otras especies inferiores.

Supuesta esta teoría que dimana de los princi-

pios conocidos de acuerdo con alguno de nuestra sagrada religion, ¿quién duda deberse atribuir á las causas vejetales las distintas configuraciones del hombre? Todos los dias vemos las semillas en un mismo vegetal producirse de distinto tamaño, gusto, color, sabor, y tal vez con calidades que nos parecen constitutivas de otra especie. Esto que proviene en las plantas de la distinta combinacion de materia elemental con respecto al clima, modificaciones de la tierra, del agua y sus calidades, es lo mismo que naturalmente influye en el hombre para variar en color, figura, tamaños y otros accidentes en cuanto la parte vegetal afecta á la sensitiva. De estos principios han resultado los hombres, unos màs altos que otros como los gigantes, unos más blancos que otros como los europeos, otros colorados ó cobrizos como los asiáticos y americanos y otros negros como los africanos. Desde que la física se puso bajo la influencia de la química, no hay quien pueda controvertir estos principios.

Los indios en lo general son de color rojo, pero varian accidentalmente: los que se dan mucho sol y aire, que son los no colonizados que regularmente habitan las sierras, son más oscuros que los que viven en los pueblos civilizados: a-

quellos andan sin sombreros y por lo comun desnudos aunque no totalmente: en el Norte son los indios bien formados,y robustos; y proporcionalmente las mujeres más hermosas; generalmente son tambien lampiños; las facciones son uniformes en todos los americanos y su pronunciacion demasiado clara para hablar.

Los indios de las sierras y todos los del Norte acostumbran pintarse la cutis de colores, principalmente la cara, y algunas naciones lo hacen á punta de espinas para perpetuar la figura que las distinga de las demás. A mas de las rayas y colores, tratan de distinguirse en el trenzado y peinado del pelo: los pueblos civilizados no han querido variar la sencillez y aseo con que se visten desde ántes de la consquista.

En lo general son estos indígenas muy limpios y se exceden en asear sus habitaciones, las calles de sus pueblos y principalmente sus iglesias. Los que han recibido la religion, son muy adictos al culto y solemnizan las fiestas impendiendo lo más de su trabajo en acompañarlas con refrescos y sencillas comidas que reparten con profusion.

Las costumbres de los indios de estos Estados han sido medias, sin declinar en los excesos: se les advierte algun vicio en la bebida de lico-

res, pero aun esto sucede rara vez. Para esto y los demás vicios degradantes son muy vergonzosos, y por lo mismo más fáciles para enmendarlos. De sus virtudes en general se puede decir sin hipérbole que no hay gentes en el mundo más suceptibles de la buena moral y política. Los jueces entre los indios son íntegros y á la vez rigorosos en el castigo de los delitos: los padres y madres son muy amantes de sus hijos, y éstos de sus padres: los esposos más fieles que los de otras naciones.

Los autores que han escrito tantos vicios de los indios, ó no los conocieron, ó equivocaron con ellos las castas: de éstas no se puede negar que son de propensiones muy degradantes; pero aun ésto no se debe atribuir otra cosa, que al defecto de educacion que generalmente tienen. Pudiera objetarse á lo dicho de los indios que lo que en ellos se recomienda lo han adquirido despues de la conquista; pero si en el particular hemos de estar á la historia antigua de estos reinos, hallaremos que respectivamente poseyeron las mismas virtudes morales y políticas en tiempo del gentilismo: aun puede asentarse sin temor de errar, que ciertas aptitudes laudables que poseian las han perdido despues de la conquista, habiendo hecho ántes con ellas grandes progresos.

Como señores de los empleos y dueños de la tierra, se hallaban comprometidos á protejer las artes y ciencias con reglamentos y leyes, y así no fué extraño que hubiera entre ellos, con más generalidad que ahora, muchos filósofos, retóricos, músicos, poetas, astrólogos, arquitectos y aun teólogos. Despues de la conquista, como los más quedaron reducidos á la miseria, no han podido descubrir sus talentos, y á pesar de esta abyeccion en que han vivido, los indios que han tenido quien los proteja, han hecho en la sociedad un papel brillante en la facultad á que se han dedicado.

Cuando eran gentiles estas naciones, no es extraño que se equivocaran en los principios de la moralidad y religion, y con todo esto vemos en la historia que solameute con la luz natural alcanzaron que habia una Deidad, y le adoraban é invocaban sin figura que la representara.

Por último, no se pueden dar otras pruebas más convicentes de lo expuesto, que los mismos monumentos de civilizacion que encontraron entre los indios los conquistadores: ellos hallaron hermosas ciudades, suntuosos edificios, magníficos templos y todo cuanto puede inventar la cultura más sobresaliente.

Naciones, su religion y política.

La poblacion de estos Estados correspondió al territorio que invadieron en varias épocas algunas naciones asiáticas. Prueba mi aserto cuanto en el particular asienta el padre Clavijero en la disertacion sétima del segundo tomo de su historia. Dice, hablando de los historiadores de las indias "todos están de acuerdo en afirmar que aquellos países estaban muy poblados; que habia muchas ciudades, grandes é infinitas villas y caseríos, que en los mercados de las ciudades populosas concurrian muchos millares de traficantes, que armaban ejércitos numerosísimos." "No sé que ninguno de ellos haya osado expresar el número total de los habitantes del Imperio mexicano. Lo que muchos de los historiadores aseguran, es: que entre los feudatarios de la corona de México habia treinta, cada uno de los cuales tenia cien mil súbditos, y otros trescientos señores que no tenian tantos." Y aun la relacion de Cortés dice, que es tan grande la muchedumbre de habitantes de estos países, que no hay un palmo de tierra que no esté cultivado. Estos irrefragables testimonios y el cálculo que hice en mi introduccion no pueden dejar duda de la inmensa poblacion de estos Estados. Si des-

pues de la conquista de México no se encontró tanta poblacion, fuè efecto de varias causas que la historia no refiere. La primera fué la multitud de indígenas que sacaron los primeros conquistadores á vender por esclavos á otras partes: esta es una verdad, pues fué uno de los capítulos principales sobre que se le formó causa á Nuño de Guzman cuando siendo gobernador de Pànuco (hoy la Huastecà) remitia barcos cargados de indios á vender à las islas que ya otros españoles habian despoblado: la segunda causa fué la guerra y estragos que hicieron en estas infelices naciones los españoles y aun los indios que se declararon á su favor: la tercera, los trabajos de minas á que luego que entraron los españoles los aplicaron; y á que por su delicado natural y complexion no podian resistir sus fuerzas y morian sin remedio: la cuarta, porque los que no morian en las guerras ó trabajos de minas, espiraban en los caminos y poblados, por el enorme trabajo de conducir cargas, cuya difícil operacion desempeñaban muchas veces las mujeres: la quinta, las enfermedades consiguientes á tantos trabajos y las que causó generalmente un deforme cometa que apareció por los años de 1531. Entónces hicieron grande cosecha en las almas de los indígenas los misioneros, y al fundarles sus iglesias les enseñaron á tener hospi-

tales que hasta el dia respetan los infelices como lo vemos en los pueblos que se fundaron en ese tiempo: la sexta y última causa de la despoblacion fué el destierro á que se condenaron las innumerables tribus que se retiraron al Norte y á las sierras inmediatas para defenderse de las agresiones de los españoles; y en donde con la mudanza del clima y pocos víveres, se han disminuido notablemente.

En cuanto á la primera poblacion de este hermoso continente no puede ya dudarse que entró por el Noroeste, y que la América estuvo algun tiempo unida á la Asia. Esto lo demuestra haberse descubierto por los viajeros Ferrer y Kook al grado 67 de latitud N. un estrecho llamado de Bering, y antiguamente de Anian, de 14 leguas de largo y de ancho al N. solamente mil varas castellanas, y en donde se ven dos peñascos cortados perpendicularmente, como si se hubiera dividido al cerro que formaban.

Si fué éste el único paso que tuvieron nuestros ascendientes para poblar las Américas y para trasmigrar á ellas de las partes de la Asia, no se puede aún asegurar; yo me adhiero á la opinion del P. Clavijero, quien asienta, que las trasmigraciones de los tultecas y despues de los aztecas no cabe duda que fueron por esta

parte; pero que algunas otras partes como la Groelandia, y algunas otras castas, pudieron poblarse de otras tribus que emigraron de las partes Occidentales de la Asia, y aun de la Africa y la Europa.

La gran diversidad de idiomas, de genios, ritos para adorar à Dios, costumbres y aun propensiones, son prueba incontestables de la heterogenidad de su orígen. Los tultecas en lo generalfueron mansos, humildes, trabajadores, pacíficos y tan poco supersticiosos que confesaban la existencia de la divinidad en el cielo y détestaban la idolatría. Al contrario los aztecas fueron idólatras, inquietos y guerreros, y tanto que en muchos de sus geroglíficos en que dejaron escrita su historia, se designaban las batallas con rios de sangre, y otros trofeos que declaraban la pasion que los dominaba. Unos y otros se puede inferir sin violencia descendian de las tribus y naciones que al Occidente de Asia se establecieron, despues de la confusion de lenguas en Babilonia. De los mexicanos es comun opinion haber salido los primeros de la provincia de Atzatlan, país oriental del Asia. Si cuando éstos emigraron ya se habia generalizado la idolatría, no será muy violento asegurar, que adorando al Sol como otras naciones, viniesen buscando tierras del mundo en donde pudiesen recibir de él perpendicularmente

sus influencias. Los que estan impuestos en la historia del gentilismo no extrañarán este cálculo, sabiendo la impresion que ha causado siempre en las naciones la supersticion. Esto mismo y con más esperanza del fin propuesto llevó por el Istmo de Panamà la poblacion de las Américas meridionales.

Por otra parte, la violencia que debia causarles vivir entre gentes que no se podian entender para socorro de sus mútuas necesidades, por la confusion y variedad de idiomas, fué preciso los impulsara á retirarse con solas las gentes que los entendian, ó eran de su mayor confianza, por amistades y alianzas particulares. ¡Quién no se admirará de la Providencia del Todopoderoso, que de un modo tan admirable impidió la destruccion del género humano, que hubiera sido indefectible en las contiendas y desastrosas guerras que hubiera habido en defensa de las posesiones de sus respectivos ascendientes!

Con respecto á la poblacion de estos Estados independientes del Imperio, hay una noticia auténtica y que dió un cacique ó señor del pueblo de Pzaptsingo, que estaba entre Jalisco y Santispac, llamado Pantecal, á quien bautizò el padre Fray Juan Padilla, sirviendo de padrino Nuño de Guzman. Decia el cacique haber oido decir

varias veces á su padre que era señor de Acaponeta, llamado Xacanaltayorit, hombre de mucho nombre y crédito en todo el Estado, que sabia de sus ascendientes, que de lo más interior del Norte de una provincia llamada Aztlan, salieron varias familias en diversos tiempos y entraron poblando las provincias de Sonora, Sinaloa, Acaponeta, Santispac, Jalisco, Ahuacatlan, Tonalan y Colima, y que pasando la sierra de Michoacan, fueron á poner su asiento y capital de su gobierno á Tezcoco: que por segunda vez salieron otras gentes con muchas familias que entraron invadiendo la sierra madre, y saliendo por Guadiana, Zacatecas, Comanja y Querétaro, poblaron la laguna de México: que unos y otros hacian mansiones de diez, veinte y treinta años, y daban guerra á las demas naciones que les impedian el paso, de donde se comenzaron á poblar los montes y barrancas, huyendo las gentes pacíficas de tan injustas agresiones, y quedando algunos mezclados entre los invasores, se fueron adulterando los idiomas y aun las costumbres.

Se advierten por esta relacion varias cosas notables en la historia, y son: que en donde predominaron los mexicanos que se llamaron chichimecos, es hasta el dia muy comun entre los indios su idioma: que en donde no dominaron ab-

solutamente se conservaron con el suyo, como fué en Michoacan y algunos Estados cerca de México, en donde aún se conserva el idioma tarasco y otomite. En los demas Estados independientes del Imperio mexicano se ha generalizado el idioma azteca, no tanto porque entónces se mezclasen las generaciones, sino porque en la conquista ayudaron los mexicanos á los españoles, y se quedaron formando los pueblos con el resto de los que quedaron con vida despues de la guerra y de la peste que se llevó á los más.

Decia tambien el cacique Pantecal, que por el mismo conducto sabia que las primeras nacio nes guardaban la ley natural, que los indios no adoraban ídolos, que eran mansos y pacíficos: que los nuevos pobladores eran guerreros, inquietos, crueles y adoraban ídolos, á quienes les edificaban templos: que con el escándalo de tan numerosas y poderosas naciones se introdujo la idolatría en los más de los Estados y reynos: que en estos Estados adoraban al dios Tepilzemtli, al dios Heri, y al dios Nayarit. El primero se representaba en un niño, y se tenia por el dios de los temporales: el segundo, de figura de hombre, era el dios de la ciencia con quien consultaban sus dudas: el tercero, de la misma figura, con arco y flecha, era el dios que les daba valor para la guerra.

De los templos y adoratorios que edificaron estas naciones para sus ídolos, aún se encontraron en el tiempo de la conquista algunos: todos fueron demolidos por los españoles, y otros se hallaron ya destruidos, como sucedió con el que se encontró entre los llamados ahora edificios de la Quemada ó Villanueva, cerca de Zacatecas. En la descripcion de los Estados en particular se hará tambien la de este templo que ha llamado la atencion de muchos en todos tiempos. Lo que ahora debo exponer, son los fundamentos que hay para asentar que en el Estado de Zacatecas hubo ántes de la conquista de los españoles algunas guerras desastrosas que consumieron mucha poblacion; y probablemente fueron guerras de religion. Al decir Pantecal que el dios Nayarit era el dios de la guerra que adoraban los indígenas de estos Estados, que tenia un gran templo edificado en el valle que tomó su nombre del Tevul, ó del templo, y que los indios guachichiles ó güicholes tomaron el nombre de nayaritas, y que éstos estaban de guerra cuando entró á Zacatecas la primera expedicion conquistadora á las órdenes de Pedro Almendes Chirinos, junto con lo que asegura el padre Fluvia, autor de la obra titulada Afanes Apostólicos, de que los nayaritas dominaban hasta el Maza-

pil; no es fuera de un càlculo màs que probable en historia, haber sido arrojados á la sierra los nayaritas despues de la desolacion del país y destruccion del templo dedicado á su dios Nayarit. A esto se agrega haber encontrado el caballero Boturini, entre los geroglíficos que contenia la historia de estos Estados, uno que designaba las desastrosas guerras que hubo entre varios pueblos, entre los cuales nombra á los de Mazapil, Tepechala y Zacatzontlah, que son hoy Mazapil, Tepesalá y Zacatecas. Se sabe tambien que los tehultecos comenzaron á edificar otro templo en el atual pueblo de Tevul, y convidados por los cascanes de Zacatecas para batirse con los españoles en el Mixton, los entregaron vilmente como se verá despues; porque siendo resto de los prófugos trataron sin duda de vengar sus agravios en la ocasion que tuvieron.

Por esto no es de extrañar que hubiese en los valles del departamento de Zacatecas tan pocos pueblos de nombre al tiempo de la conquista, y que solamente se observasen muchas poblaciones en las alturas de los cerros. A esto mismo se debe atribuir ignorarse aún el título y nombre de los jefes que los mandaban. A lo más se sabe haber habido un general llamado Zacatecas, que diez años despues de la primera expedicion

española invadió solamente de paso su territorio, promovió una reunion general de las naciones del Norte para resistir á la conquista, y que con mal éxito pereció en la fortaleza del Mixton en defensa de los derechos de su patria. Los nayaritas se sabe tambien tuvieron sus jefes que los gobernaban; pero tanto éstos como los cascanes de Zacatecas, fueron gobiernos màs bien militares que políticos.

Los Estados que encontraron los españoles con civilizacion y gran polìtica en sus gobiernos, fueron los reinos de Coliman, Tonalan y Jalisco: á más del jefe habia un senado que deliberaba de los asuntos de gravedad: á los reyes se subalternaban los llamados caciques que eran jefes ó señores temporales de los demas, y de los que hubo muchos por todas partes. De los monumentos históricos, y cuantos testimonios antiguos se encontraron en la conquista de estos Estados, ninguno indica el fausto y opulencia de los emperadores de México, por lo que todos convienen en que los reyes y jefes de estas naciones gobernaban á sus súbditos màs bien como padres de una familia que como soberanos: la política sencilla de su gobierno conspiraba á la felicidad que disfrutaban los súbditos en un territorio tan feraz.

La sobriedad de los soberanos y jefes correspondia à la de los súbditos, de quienes no hay noticia que sacrificasen víctimas humanas á sus dioses. Gustosamente contribuian al sustento y decoro de sus superiores, y entre sí mismos se obsequiaban como miembros de una misma familia. Tales eran en lo general los indígenas de los Estados independientes del Imperio: si á algunos les tocan ménos las calificaciones odiosas que muchos autores han hecho de los indios, es á los habitantes que poblaron estos Estados. Las pruebas las tenemos en la docilidad con que recibiéron la religion, en haberse negado siendo muy grandes los reynos y los pueblos á la sublevacion que hicieron contra los conquistadores las provincias del Norte, y sobre todo en su aplicacion á las artes, al comerciò y toda clase de industria, luego que recibieron la religion en que hasta el dia se conservan.

Sistema y órden que llevaron en la conquista los españoles.

Era llegado el tiempo en que el autor de las sociedades determinó trasladar estos dominios de mano de sus legítimos señores á las de los españoles. Esta providencia si hemos de hablar con imparcialidad, fué llena de bondad respecto

de Dios, y de conveniencia é interés respecto de los hombres. Los conquistadores preocupados de otros impulsos dieron ocasion á la divina justicia á tomar la satisfaccion condigna de las abominaciones del gentilismo de los indígenas, á la vez que por la religion de los conquistadores les dió posesion del bien de que privaba justamente á otros reynos; cumpliéndose en ellos lo que el señor habia dicho de otras naciones. *Auferetur á vobis regnum Dei et dabitur genti facienti fructus ejus.* Esta fué la nacion inglesa, separada en aquellos tiempos de la iglesia católica por las nuevas sectas de Lutero y Calvino, que abrazó ciegamente, á la vez que los reyes de España eran más sumisos que nunca á los piadosos decretos de la iglesia santa.

Este contraste no puede ménos que darnos motivos poderosos para ensalzar la Providencia del Ser Supremo, porque reuniéndose tantos objetos de su poder, de los resultados quedaron castigados unos reinos á la vez que á otros los sublimó à un rango sobresaliente, y à que nunca pudieron llegar sin la conquista de estos reinos. Era España tan pobre, que como consta en las historias, Felipe II fué el primero que usó medias de seda entre los reyes españoles. Se celebraban funciones solemnes y se hacian grandes fiestas sobre el rédito de seis ó diez reales del producto

anual de legados piadosos. No obstante, debemos confesar en obsequio de la verdad, que los primeros impulsos de la reina D.ª Isabel para franquear sus tesoros para los primeros gastos de la conquista fueron sanos, y en gran parte movió su corazon para tanto sacrificio el bien de las almas de los indígenas.

No así los más de los conquistadores, que preocupados del interés personal cometieron los atentados que se verán en el curso de la historia. Muchos llegaron á dudar de la racionalidad de los indios, y cometieron contra ellos las agresiones más tiránicas que se pueden imaginar. Apenas se tuvo en la Europa noticia del buen èxito de la expedicion de Colon, cuando muchos españoles ya no pensaron en otra cosa para enriquecerse, que en venir á buscar los tesoros á las Américas: siguieron con el mismo empeño otras naciones, principalmente la portuguesa, y de aquí resultaron las grandes diferencias que hubo entre las dos naciones sobre las posesiones brasilenses y peruanas. Entónces medió la silla apostólica que actualmente ocupaba un español de la casa de Borja con el nombre de Alejandro VI, y dió la bula en que concede derecho general de proteccion á los reyes de Castilla en parte de la América Meridional, dejando á los de Portugal el de los demas Estados que se des-

cubriesen al Oriente de los reinos peruanos. No hay más en esta concesion pontificia, segun la opinion del venerable Casas.

El órden que llevaron los conquistadores de la N. Galicia fué más reglamentado que el que tuvieron los del Imperio, á causa de haberse expedido para entónces varias cédulas reales, y aun bulas pontificias que prescribian cuanto se podia desear para hacer la conquista de las tierras y de las almas, para bien y felicidad de las naciones indígenas, y no para su destruccion; pero aunque algunos españoles no salieron de los límites de lo ordenado, otros y los màs obraron como señores absolutos sobre la presa que tenian á la vista. En opinion de algunos autores Fernando Cortés fué el conquistador más político y humano (1) que vino á la América, y por lo que sabemos de la historia sobre las hazañas de este jefe, ya se podrá inferir cuáles serian los demas, y principalmente los que pasaron á la conquista de los Estados independientes.

Los indígenas que ayudaron á los españoles á la invasion de estás provincias como instru-

(1) Esos autores serán los españoles apasionados, no los mexicanos; para ellos y sus hijos todos fué el aventurero màs afortunado merced al tiempo en que hizo su conquista; pero es y será el más grande de sus verdugos.—*M. E. B. y P. M.*

mentos ciegos de los caprichos de los conquistadores, fueron en gran parte la causa de la destruccion de los pueblos que invadian: aunque ya habian recibido la religion, como gente del popolacho y neófita, prevaleciendo en ellos los vicios del gentilismo, cometieron en la guerra atentados enormes. Muchos de los mexicanos tlascaltecos y tarascos que fueron los que vinieron con los conquistadores, se quedaron en estos Estados colonizando y gobernando á los naturales del país: otros, que fueron los mènos y los más instruidos en los misterios y preceptos de nuestra sagrada religion, subrogaron perfectamente á los misioneros en clase de catequistas que con solo este destino salian por todas direcciones enseñados al efecto por el V. P. Fr. Pedro Gante, primer director y fundador de las escuelas de México.

El órden político que establecieron en estos Estados los conquistadores, aunque mejor reglamentado, como llevo dicho, no embarazó en la N. Galicia los efectos perniciosos de su ambicion y despotismo: se extinguieron las dinastías de los reyes y señores, se provocaron guerras injustas, se destruyeron muchos pueblos inermes y se repartieron las tierras al placer de los jefes entre sí mismos y los encomenderos. Las en-

comiendas eran empleos que se daban á los subalternos de los conquistadores para que cuidasen de la colonizacion y civilizacion de los indios con derecho de apropiarse las tierras valdías que despues se llamaron realengas, y á que los pueblos los mantuvieran y sirvieran como siervos à sus señores. El abuso que hicieron los encomenderos de estos pueblos fué extraordinario, porque esclavizaban à los infelices indígenas y muchas veces los sacaban en partidas á vender á los minerales y aun á los puertos, como esclavos. De esta suerte se asolaron muchas poblaciones que hoy son llamadas de los descendientes de aquellos tiranos.

Los empeños de los misioneros para embarazar tanta desolacion, no fueron suficientes poi entónces, hasta que las quejas que promovieron unos contra otros los conquistadores, y las más activas órdenes que venian de la corte, fueron extinguiendo las causas de tantos males: no ménos cooperaron las bulas y breves pontificios y el infatigable celo de los eclesiásticos, á la felicidad de los indios; y sobre todo, la dulzura de la religion de paz que recibian con amor, mitigaba sus penas y trabajos y los fortalecia para recibir con paciencia la dominacion española.

Las graduaciones de los jefes conquistadores

fueron por este órden: los jefes principales se llamaron gobernadores y generales, á éstos seguian los alcaldes mayores ó tenientes generales, y á éstos los encomenderos. Despues fueron tomando otras denominaciones conforme al código de leyes que solamente para los indios formó un consejo particular que entendió en esto por 300 años.

En cuanto á la calificacion de los trabajos y mérito de los misioneros en estas conquistas, porque la malicia ha pretendido zaherirlos quizá por rivalidad, es preciso prevenir la atencion en el particular con algunas reflexiones que imperiosamente demandan la justicia y la verdad. Hay algunos escritores de la conquista del Anáhuac, y otros que por incidente han tocado la materia, que culpan á los misioneros de algunos defectos degradantes, no solamente de sus personas, sino aun de su ministerio. Si se oyeran ó leyeran de buena fé algunos sucesos que trae la historia, no merecerian crédito las imposturas y falsedades que se han escrito de tantos varones verdaderamente apostólicos que sacrificaron todos sus individuales intereses por el bien de las almas; pero la desgracia es que hay hombres que no tienen màs criterio para discernir lo verdadero de lo falso, que la pasion que los domina: así

es que hay mil y mil mentiras escritas en la historia, principalmente sobre la conducta de los misioneros que vinieron con los primeros conquistadores, y se creen generalmente con mucha ligereza.

No hay duda que no habria algun misionero que salió del recogimiento del claustro con el mismo espíritu que los conquistadores, porque al fin como hijo de Adan y no confirmado en gracia, pudo declarar con sus obras que era hombre y no ángel; pero oportunamente tenemos á la vista los testimonios màs auténticos del verdadero y santo celo que arrancó á los más de su patria. Dejando aparte la conducta de los jefes conquistadores que fué demasiado notoria, debo asentar que la pacificacion de estos Estados se debió al celo de sus misioneros; la fundacion de pueblos y la industria particular que se le dió á cada uno para igualar sus respectivos intereses y equilibrar el comercio, se debió al celo de los misioneros: la fundacion de cofradias para sostener los gastos de culto, se debió al celo de sus misioneros: los muchos templos construidos en los pueblos, y de que hasta hoy disfrutan los párrocos seculares, se deben al celo y desinterés de los misioneros: los hospitales con sus iglesias y fondos, se deben al celo de los misio-

neros. Por último recórranse las historias y no se hallará un caso en que los indios y sus más adictos atribuyan à los misioneros un delito que degradase la santidad de su mision. Otras reflexiones más importantes se harán despues sobre el particular, para que se vea como por demostracion lo que llevo asentado.

LIBRO SEGUNDO.

Conquista del reino de Colima.—La del reino de Jalisco.—Sale la division conquistadora de estos Estados.—Conquista del reino de Tonalan. —Division del ejército y sus resultados—Nueva conquista de Jalisco.—Forma que se dió á lo conquistado.

CONQUISTA DEL REINO DE COLIMA.

Supuestas las anteriores nociones que se deben tener presentes para concebir con la claridad posible cuanto expongo en particular de la conquista de los reinos y Estados independientes del Imperio, sigo escribiendo por el órden de los tiempos que sucedieron. Cinco años solamente se dilató Cotés en arreglar la capital y provincias del Imperio, y luego determinó seguir invadiendo lo demás que aun estaba pacífico: la primera divi

sion la mandó sobre Colima, reino limítrofe al de Michoacan que ya tenia por conquistado. Era Colima capital de un reino à que estaban sujetos los jefes y caciques de Autlan, Zapotlan y Sayula, otros innumerables pueblos que aún subsisten, yalgunos que se destruyeron en la conquista. Por los años de 1526 era gobernado por el reino de Colima por un rey muy celebrado por su moralidad y virtudes. Aún gobernaba la N. España Fernando Cortés y solicitó de nuevo descubrimientos, proyectaba se formasen barcos para conducir á las costas del mar pacífico expedíciones conquistadoras: ya para entónces el rey de Michoacan, Calzontzin, se habia puesto á sus órdenes, y por consiguíente la parte de los montes y costas que allí necesitaba ya la tenia por suya, y le restaba contar con la de Colima.

Aunque en este reino y los de Tonalan y Jalisco, còmo en toda la América, ya era sabido el fin de los españoles, no se habian resuelto los jefes á rendirse con la expontaneidad que algunos otros reyes lo hicieron; no eran tan irracionales los indios que tuviesen á bien ofrecer homenajes á los que no hubiesen conquistado, ó con el amor ó con le rigor. Cierto Cortés de que el rey de Colima no era su adicto, como el de Michoacan, se resolvió à mandar una expedicion militar à las òrdenes de Juan Alvarez chico y Alonzo de

Avalos: ya para entónces habia en México la poblacion suficiente para hacer leva y levantar de pronto loscuerpos militares que se ofreciesen para seguir la conquista: y como luego que se supo en España y otros reinos la pacífica posesion de Cortés del Imperio mexicano, se trasladaron muchas familias de aventureros, de ellos se valió para colonizar y conquistar las ciudades y reinos principales, con el auxilio de muchos indios que se le presentaban voluntariamente: algunos lo hicieron porque creyeron que solamente venian los españoles á darles religion verdadera, y no es extraño, pues el espíritu de culto dominó siempre á toda la nacion mexicana, como es sabido por su historia antigua, y como es patente hasta nuestros dias en los grandes sacrificios que hacen para dar lustre al culto del verdadero Dios. Por esto repite muchas veces el P. las Casas, que no hubo gente en el mundo más bien dispuesta á recibir la religion que los indios. Otras naciones se reunieron à los conquistadores, porque se hallaban en actual guerra cuando Csrtés invadió el territorio, y podia mejor que ellos vengar los agravios que les causaban sus enemigos: de éstos fueron los principales los tlascaltecos, con cuyo auxilio dominaron perfectamente á toda la nacion mexicana los españoles: otros, por

último, se aliaron con ellos hostigados de las cargas y pechos que les habian impuesto sus soberanos. Esto último fué puntualmente lo que facilitó la conquista del reino de Colima, como ya veremos comprobado con algunos documentos históricos que poseo.

Salió, pues, Alvarez Chico con su expedicion militar por la costa de Michoacan para Colima: dividió en la sierra su ejército, mandando á su segundo Alonzo de Avalos que invadiese las provincias para dividir la atencion de los indios y hacer indefectible la presa, y él se dirigió derechamente á la capital. Ya el rey habia juntado tropas para su defensa, y saliendo en persona al enfrente de ellas, destrozó el ejército de Alvarez Chico por el valor y entusiasmo de sus soldados, y el jefe español volvió á México á dar parte de su desgracia.

Pero como Avalos habia encontradado los pueblos de las provincias de Zapotlan, Sayula, Amula y Autlan solos por haberse replegado los militares á la defensa de la capital, los fuè invadiendo aun sin el uso de las armas y predisponiéndoles con tales promesas, que á la vuelta de sus jefes, ya los ánimos de todos aquellos pueblos eran de los españoles. Habia casualmente en estos Estados quejas del pueblo por la exhor-

bitancia de los tributos que les exigia su rey, y por esto no fué difìcil al capitan Avalos seducirlos con las promesas de libertad, palabra lisonjera para el corazon de los hombres, y que ha causado más daños en el mundo que los mayores tiranos.

Cortés no quiso perder la ocasion y oportunidad que le ofrecian los triunfos de Avalos, y mandó ínmediatamente á Gonzalo de Sandoval con una fuerte division de veteranos, con lo que salió á marchas dobles sobre Colima: para entónces se habian retirado al rey muchos soldados y aun jefes de aquellos pueblos que se habian acomodado al gobierno español, ya por el descontento que ántes abrigaban, ya temerosos de que el refuerzo del ejército español conseguiria indefectiblemente la victoria; así sucedió, pues llegando Sandoval con más conocimientos de la tierra, y teniendo mejor tàctica que los defensores de Colima, los batió, consiguiendo por resultado el más completo triunfo. Probablemente murió en la accion el jefe de Colima, despues de haberse defendido con el honor que no tuvo el el rey de Michoacan para comprometerse y aliarse con los españoles aun sin consentimiento de sus súdbitos; éstos, à su vez, lo entregaron vilmente á Nuño de Guzman, quien le dió muerte en el mes de Diciembre de 1529.

Tomó Gonzalo Sandoval posesion á nombre del rey de España de Colima y los pueblos adyacentes y no de todo el Estado que habia sido ya conquistado por Alonzo Avalos: éste le dió su nombre á la llamada provincia de Amula por haber puesto en Tuscacuesco la capital que lo era de aquella provincia. No progresó despues del triunfo de Colima la poblacion del Estado, porque no encontraron los españoles la riqueza que en otras partes, y se volvieron á México muchos de los soldados que habian venido con los jefes conquistadores; pero Cortés luego formalizó la provincia y mandó de alcalde mayor de Colima á su sobrino Francisco Cortés, y de Tuscacuesco á Antonio Arzega, quien luego fué religioso franciscano y últimamente obispo de Venezuela, como se dirá despues.

Antes de tomar posesion Francisco Cortés de sugo bierno, hubo una rebelion que hubiera inutilizado la conquista si no hubies venido de Michoacan precipitadamente sobre los sublevados Cristobal Olid con una division de veteranos. Esta segunda expedision, la victoria que obtuvo, la muerte del rey de Colima, y el crédito de Avalos en lo demás del Estado; puso á Cortés en pacífica posesion de todo el territorio.

A poco tiempo proyectó Francisco Cortés se-

guir conquistando el reino de Jalisco que era el màs occidental, y con muy buena costa al mar pacífico: al efeccto formó una division fuerte de soldados españoles é indios auxiliares de los reinos conquistados, atravesó por los pueblos reducidos por Avalos, sin tener que vencer obstáculo alguno, pues todos estaban de acuerdo; llegó á la raya de Jalisco, que era el partido de Ameca, tocó en Eratlan, y su jefe llamado Huagicar, indio de talento y de importancia por su valor, dió paso al ejército español, á más no poder y con repugnancia.

Las miras de Huagicar eran levantar su gente para seguir á los españoles que le cogieron desprevenido: luego que juntó á los indígenas que pudo, marchó al alcance de los conquistadores: Cortés puso alguna tropa á las órdenes de Juan Escareña para que los contuviera; en Tetitlan se batieron los españoles con los soldados de Huagicar, y éstos cedieron el campo, como era consiguiente á la superioridad del armamento español.

Vencida aquella dificultad, siguió Cortés su marcha sin resistencia para Jalisco, descubriendo las grandes poblaciones de aquel reino y haciendo á los jefes de los pueblos los requerimientos de éstilo: estos oian las intimaciones con des-

agrado, pero dieron al conquistador paso franco para Jalisco.

Luego se dirigió Cortés para Istlan, en donde se le reunió Escareña con alguna tropa despues de haber pasado por las barrancas de Mochitiltic. Habia traido Cortés de México en su compañía á dos misioneros y un clèrigo secular, que fueron los PP. Fr. Juan Padilla, Fr. Miguel de Bolonia y Br. José Villadiego: estos pabres, con la dulzura propia de su ministerio, conquistaban las almas, á la vez que no se desentedian de aconsejar á los indios la utilidad que debia resultarles de sujetarse al gobierno español.

Esta clase de conquista hecha uniformemente por los eclesiàsticos que trajeron los conquistadores, y los innumerables que les sucedieron, se ha de tocar varias veces en esta historia, y es preciso tener presente lo que va dicho en el libro primero, para poder con fundamento desmentir las calumnias é imposturas que contra estos celosos ministros promovió la envidia y rivalidad, y que tanto crédito se han merecido de los enemigos, de los que han publicado el Evangelio santo á las más de las naciones.

Conquista del reino de Jalísco.

Era el reino de Jalisco el más occidental de

estos Estados, era limítrofe al de Sinaloa y Colima, y poseia la costa occidental del mar pacífico: no era tanta su feracidad como la de otros, por las montañas y barrancas que atraviesan el territorio y por la plaga de insectos de que abunda; pero contenia muchos llanos y valles abundantes de agua en que estaban formadas las poblaciones; que eran muchas.

Si los indios hubieran cultivado la náutica, hubiera sido Jalisco un reino el más rico y floreciente de los estados independientes del Imperio: sus costas hubieran estado abiertas al comercio con las Californias, Sonora y Sinaloa, y con toda la América meridional, costas de Michoacan y de los Estados imperiales; pero el uso solo de las canoas y chalupas, no podian proporcionarles estas ventajas. Aunque el territorio era pequeño, las muchas vertientes de los rios que salen de la sierra y barrancas regando los valles, proporcionaban recursos para una grande poblacion. El reino era independiente del de Colima, y tenia algunos caciques subalternos y tributarios. Era de sumo interés para los españoles conquistar à Jalisco, porque poseian con él las costas del mar pacífico sobre cuya navegacion habian formado grandes proyectos, persuadidos de tener más cerca de lo que están realmente las cos-

tas de la Asia, Desde entónces tubieron los españoles noticias individuales de la pesca de perlas que se hacia en el golfo de Californias, y esto les llamaba mucho la atencion á las costas occidentales de nuestra América.

Luego que se vió Cortés en posesion de la mayor parte del reino de Jalisco, y despues de haber pasado pacíficamente por Xuquitepec, mandó los emisarios de costumbre á la capital: fueron recibidos con agrado de la reina que á la vez gobernaba por fallecimiento de su esposo y tenia un hijo heredero del reino que apénas contaba diez años de edad. Consultados los principales del reino ó senado, dieron pase al conquistador.

No es de admirar la conducta franca de estos infelices, en ocasion que aún no declaraban los españoles sus verdaderas intenciones, que eran dejar à los indios sin reyes, para que jamás hubiese quien reclamara sus derechos. Sobre todo, el gran partido que habian ya formado los españoles con los tlaxcaltecas y mexicanos, hacia incontrastable su poder contra el resto de los indígenas.

Era la reina de Jalisco mujer de una edad madura, de costumbres muy arregladas y demasiado devota de los dioses. Dispuso fiestas y re-

gocijos para recibir á Francisco Cortés y sus soldados, preparó cuartel y habitaciones suficientes, y más que abundantes víveres para el tiempo que allí se demorasen. A media legua de su casa hizo disponer una enramada adornada de flores y colgaduras, para hacer en ella el recibimiento de los españoles y auxiliares.

En estas grandes celebridades acostumbraban los indios formar un circo ò teatro, y en medio de él formaban como una jaula de carrizos verdes, en que encerraban toda clase de aves para que abriéndose por varias partes aquel depósito, saliesen los animales y se les tirase al vuelo con las flechas.

Este circo se preparó de preferencia para solemnizar la entrada de Cortés. Luego que éste se acercó se dió aviso al pueblo, y salió la reina con la comitiva de los varones y mujeres principales del reino, y un inmenso pueblo, al punto preparado: recibió el jefe español y su tropa este obsequio con el mayor agrado, y correspondió exhortando á su comitiva á la moderacion y buen ejemplo: entraron á la enramada á disfrutar de la diversion que se les preparó; todas las aves que los indios tumbaban al vuelo se las presentaban al jefe, quien las recibia con la mayor cortesía y agasajo.

Luego se formò una vistosa marcha de los conquistadores y de los indios que à competencia se habian adornado de rodelas y penachos de plumas de diversos colores, con lo que presentaban una vista agradable. En medio del pueblo para donde se dirigió la comitiva, habia edificado un magnifico templo dedicado á los ídolos que aquellos infelices adoraban: tenia para subir á él setenta gradas, era cuadrado, y en cada una de sus esquinas tenia un altísimo pirámide, y cada uno en su base un altar ó brasero con ascuas encendidas, que despedian por la cúspide tanto humo de incienso y otros aromas, que formaban una espesa nube sobre el pueblo. A la puerta estaban los sacerdotes esperando al conquistador que resistió cortesmente el entrar: se retiró la reina con su comitiva para su casa, y algunos de los principales condujeron á Cortés y sus soldados á las habitaciones que les habian dispuesto.

No alojó la reina á Cortés en su misma casa, pero le mandó à su cuartel varios regalos en señal del aprecio con que lo habia recibido, y habiéndole mandado algunas mujeres que le sirviesen; dió el general òrdenes muy severas bajo de graves penas á sus soldados para que se portasen con el mayor recato: así lo verificaron todo el tiempo que estuvieron allí.

Al dia siguiente pasó Cortés á visitar á la reina y le dió á entender que su mision era solamente ir á hacerle saber que el soberano de España tomaba bajo su proteccion aquellos dominios para darles á conocer á tantas naciones el verdadero Dios: que no habiendo podido venir con él los suficientes sacerdotes de la religion católica para que los instruyesen en los misterios de ella, le dejaba algunos neófitos muy instruidos, y que entendian el idioma, para que la dispusiesen á ella y à sus gentes á recibir el santo bautismo, prometiéndole mandar á la posible brevedad sacerdotes suficientes para la grande empresa que traian. Juan de Aznar, uno de los capitanes subalternos del ejército, ofreció volver con religiosos misioneros y gente para colonizar, por lo qúe se le prometiò por Cortés la encomienda de todo el territorio.

Cortés no habia podido traer en su compañía á ningun misionero, y le acompañó solamente en esta expedicion el Br. D. José Villadiego, quien por su ancianidad y porque no habia en el ejército capellan que lo asistiese, no pudo quedarse ni quiso hacerlo. Era la reina, dice la historia, de gran talento y muy devota del culto, y demasiado propensa à la religion católica: y aunque no se sabe si la recibió ántes de su fallecimiento,

es probable que instruida por los neófitos que le quedaron, principalmente uno llamado Juan Francisco, que instruido en México por el V. P. Fr. Pedro Gante, desempeñaba perfectamente à los misioneros en el catequismo, la recibiese y muriese en ella, por haber estado tan bien dispuesta para profesarla. No pudo ser efecto de otra causa el no haber encontrado Nuño de Guzman cuando á los cuatro años entró á Jalisco, el templo ni algo que indicara idolatría.

Con las promesas que Cortés y Aznar hicieron á la reina, quedó ella muy contenta, y á pesar de las muestras que les dió de gratitud y sentimiento por su pronta marcha, dispusieron los españoles salir al dia siguiente. Estuvo Cortés tres dias en la capital de Jalisco recibiendo los obsequios de la reina y sus cortesanos, y emprendió su marcha á los pueblos y costa del Sur de Jalisco.

No volvieron los españoles que llevó Cortés á Jalisco, y por esto y por no haber dejado misioneros en lo que invadió en esta jornada, se le disputò fuertemente por Nuño de Guzman el derecho sobre lo conquistado, en virtud de una real órden que exigia aquella condicion como indispensable. Tampoco volvió Juan de Aznar, á quien se le habia dado en encomienda el reino de Jalisco.

Era el empleo de encomendero, como he insinuado, la comun recompensa con que se premiaban los servicios hechos en la conquista, y le era anexa la obligacion de dar religion, civilizacion, artes é industria á los indios. Así como algunos desempeñarou su deber, siendo para los indios verdaderos padres, otros los destruyeron como fi··ras, consumiéndolos en el trabajo fuerte de las minas y conduciéndolos como bestias con cargas por los caminos, y despues de acabar con ellos, aún por otros medios màs inhumanos, fundaron haciendas en sus tierras.

A los dos dias de caminar Cortés para el Sur, le salieron á impedir el paso más de veinte mil indios armados de arcos y flechas: traian en los arcos una banderilla encarnada, y en tal conflicto desarrollaron la suya los españoles, que llevaba una santa cruz y una imágen de la Purísima Concepcion de María Santísima. Se arrodillaron los españoles à invocar la proteccion del Señor y su Santísima Madre ante la bandera, y sorprendidos los indios guerreros hicieron lo mismo. Esto y el haber escuadronado su gente Cortés, contuvo un rompimiento, miéntras se podian comunicar los jefes sus respectivas intenciones.

Ya se deja entender cuál seria la sorpresa de

los españoles al ver tantas cosas á un tiempo, y todas prodigiosas; tantos miles de indios que parecian decididos á arrollar con ellos, suspensos por una demostracion tan sencilla como la de hincarse, quizá á recibir una absolucion del anciano capellan que traian; y màs que todo les sorprendió la conferencia amistosa en que entraron ambos ejércitos y jefes sobre los motivos de su encuentro. Admira de verdad al pasar por estos sucesos, la docilidad y carácter de las naciones indígenas, dignas de mejor suerte de la que tuvieron por trescientos años.

Hizo Cortés á los que le habian salido al encuentro un razonamiento sencillo de los motivos que lo conducian por sus pueblos, valiéndose para esto de intérpretes tomados de entre los muchos auxiliares de México y Colima que llevaba. Correspondieron los indios con afectuosas demostraciones, y le manifestaron su aprecio con regalos y abundancia de pescados de todas clases, de aves y maiz. Cuando Nuño de Guzman recorrió estos pueblos aún no venian los misioneros que tambien les prometió Cortés. Lástima dá considerar el poco progreso que hacian en la religion los neófitos que se repartieron á catequizar à aquellos indios, acreedores á suerte más feliz; pero debemos venerar los juicios incomprensibles de Dios.

Dos dias estuvo Cortés con su gente en el campo, que desde entónces se llamó el valle de Banderas, por las que los indios llevaban en sus arcos; trató de volver por la costa del Sur à la capital de Colima. Al llegar al pueblo de Tuito salieron muchos indios de paz á recibirlo en la forma más sorprendente: traian cada uno una cruz de carrizo en las manos y cortado el pelo en forma de corona de religioso ó cerquillo, y el jefe principal del pueblo, á más de la corona y cruz, traia un vestido talar, de lanilla con escapulario blanco. Como sus demostraciones eran de paz, no tuvo embarazo Cortés en dirigirse al cacique, y tomando la cruz en las manos la besó. Luego le preguntó el cacique los fines de su arribo á aquel pueblo, y contestàndole Cortés en el estilo de costumbre, se informó de lo que contenian los vestidos y figura en que se le presentaba, á lo que respondió el cacique que por tradicion de sus antepasados, sabia que encierto tiempo se estrelló en aquellas costas una casa de madera que traia más de cuarenta personas, las cuales habiéndose salvado del naufragio determinaron establecerse en aquel pueblo, y que tratando de hacer que los naturales adoptasen sus costumbres, determinaron estos quitarles la vida, lo que verificaron mantándolos à todos una noche

de sorpresa: que los más de los extranjeros venian vestidos como èl lo estaba y cortado el pelo en aquella forma, y que una de las cosas que les habian dicho era que en cualquier peligro que se viesen acudiesen á la cruz para librarse de él; y que temerosos ahora de las armas de los españoles, salian á recibirlos como lo veian. Poco tiene la crítica que trabajar para inferir que el barco de que hablaba el cacique fuese alguno que trayendo misioneros para la india oriental, ó China, arrebatado de las corrientes y vientos vino á perecer en estas costas, mucho ántes de la conquista de las Américas.

Dejando tambien á estos infelices con esperanzas de volver con misioneros, como á los demás pueblos invadidos, trató Cortés de volverse á Colima, como lo verificó pasando por Juchimilco, y por el puerto donde se fundò despues la villa de la Purificacion. En este viaje de Francisco Cortés, alcalde mayor de Colima, hecho de òrden del marques del Valle Fernando Cortés su tio, se fundaba el derecho que algun tiempo despues se hizo valer para que Colima y Jalisco perteneciesen á la N. España, que fué el màs fuerte motivo de la gran rivalidad que tuvieron Fernando Cortés y Nuño Beltran de Guzman.

Sale de México Nuño de Guzman á conquistar algunos Estados independientes del Imperio.

No se puede negar, á pesar de lo que se lee en algunos autores, que el descubrimiento de las Américas lo dictó la buena fé y deseos que concibieron los reyes de España que entónces gobernaban, de colonizarlas con algunas ventajas temporalcs para su corona y vasallos: el imparcial debe confesar esta verdad á vista de las providencias que dictaron para dar á estos paises civilizacion, religion, artes, industria y comercio.

La política de aquellos tiempos indujo á algunos reyes cristianos, en obvio de desastrosas guerras, á sujetarse á las resoluciones de la silla apostólica, como á las de un tribunal de conciliacion, en virtud de la union moral que todos tenian como miembros de la iglesia con su cabeza el Sumo Pontífice. Esta es la contestacion que debe darse á las imputaciones que muchos escritores han hecho á la silla apostólica, degradando la dignidad del vicario de Cristo.

Por las noticias que en los reinos de Portugal y España hubo de la existencia de este continente, se propusieron casi al mismo tiempo su descubrimiento y conquista los españoles y los portugueses, y luego que empezaron á verificarlo era consiguiente que se disputasen la preferen-

cia: así es que para que la disputa se dirimiese sin la intervencion de las armas, se conformaron con la decision pontificia, que ha sido la piedra de escándalo de los quejosos exaltados y mediante la cual entraron las dos naciones rivales á conquistar lo que tocó á cada uno.

Ya habia diez años que Colon habia conquistado la isla de Santo Domingo, (hoy República de Hayti) y ocho que Cortés habia invadido el Imperio mexicano destruyendo las dinastías de los emperadores y reyes naturales, contra la voluntad del soberano de España, bajo pretextos y con lazos que él mismo y los demás conquistadores les armaban para quedarse solos con la presa que tanto excitaba su codicia. Hasta entónces el soberano español habia cumplido con sus deberes de mandar misioneros, que dieran la religion á los indios, y con tanto celo que estableció por una ley, que no se tuviesen por conquistados los Estados y pueblos en donde no se dejasen misioneros, ó sacerdotes que catequizaran á los indios. Siendo Nuño de Guzman presidente de la Audiencia de México, supo muy bien que lo más de lo conquistado por el sobrino de Cortés, habia quedado sin ese requisito, y prevalido de esto, trató de oscurecer las glorias de su rival, con la conquista de los Estados in-

dependientes del Imperio, manifestando la necesidad que habia de invadirlos de nuevo. Se habia chocado fuertemente con Fernando Cortés cuando vino con el caràcter de juez de residencia, y en todas ocasiones pretendia abatirlo. Por aquí se puede ya conocer quién era Nuño de Guzman. Por su orgullo y sobervia ya no lo podian soportar los oidores de la audiencia de México de que era presidente, y desde luego trataron con empeño de desprenderse de él: con este objeto dieron pábulo à su vanidad, persuadiéndolo que no habia sujeto en México tan capaz de entrar á la nueva conquista como él, y que à pesar de ser solamente un letrado podia llevar buenos capitanes que lo desempeñasen, à más de que no podian serle desconocidos los indios y el arte de la conquista despues de haber sido alcalde mayor y jefe superior del Pánuco.

Pronto formó Guzman grandes proyectos contra su rival, y emprendió la conquista de los Estados del interior. Ocultando toda su saña, y con la mayor política, dió principio á juntar tropas españolas y á convidar á los tlaxcaltecos y mexicanos para formar un ejército respetable: sobre todo, pidió misioneros, que á la vez no pudieron ser todos los que necesitaba. Se pusieron á sus òrdenes ochocientos españoles y diez

mil indios auxiliares: los principales capitanes de esta expedicion fueron Cristobal Barrios, Pedro Almendez Chirinos, Juan Fernandez Híjar, Diego Hernandez, José Angulo, Miguel Ibarra, Francisco Mota, Fernando Flores, Diego Vasquez, Juan Camino, Cristoval Oñate, Juan Villalba, Cristobal Tapia y Juan de Oñate. Despues en varias partidas vinieron Francisco Vasquez Coronado, Francisco Ibarra, Jines Vasquez del Mercado, Diego Ibarra, Juan de Tolosa y otros que tanto suenan en la historia de la conquista de estos Estados.

Por lo que toca á los misioneros que debieron entrar á esta conquista á dar religion á tantas naciones, debo decir: que aunque con el ejército solamente salieron dos capellanes y un religioso franciscano, sucesivamente vinieron muchos, de los que á su vez se referirán los servicios importantes que hicieron à la religion y al Estado.

Habia venido entre los primeros misioneros que pidió Fernando Cortés un religioso lego llamado Fr. Pedro Gante, pariente del rey, muy celoso é instruido, quien tomó en México el empeño de dirijir las escuelas de primera enseñanza é instruir à los neófitos mexicanos para que salieran con los misioneros al catequismo de todas las naciones. Con este medio se hicieron

agrndes progresos en las almas de los indígenas, porque al mismo tiempo que servian de intérpretes, se instruian en los divinos misterios. Por estos servicios del padre Gante y su gran virtud, aún siendo lego de profesion, fué electo primer arzobispo de México, y renunciando tan alta dignidad murió ejemplarmente. De los indios catequizados por él vinieron cuatro en esta expedicion, que con el mayor fruto de las almas desempeñaron su ministerio.

Salió Nuño de Guzman con el ejército en principio del mes de Noviembre de 1529 con los víveres y municiones suficientes para tan dilatada jornada: habia ya salido Pedro Almendez Chirinos á la vanguardia con un trozo á prevenir de órden de Guzman al rey de Michoacan D. Francisco Calzontzin le tuviese preparados y listos à marchar con él diez mil tarascos para engrosar su ejército. Con esta órden se halló comprometido el infeliz Calzontzin: por una parte habia ya recibido la religion, se habia sujetado á la obediencia del soberano español; y por otra se le dificultaba juntar tan pronto lós diez mil hombres que se le pedian: habia al mismo tiempo muchos descontentos entre los súbditos, que lo caracterizaban de débil y cobarde por haberse rendido á una dominacion extranjera, y éstos

hallaban entónces la oportunidad de perderlo y vengarse.

Luego que Nuño de Guzman, que habia salido por Toluca, entró á Zinzunzan, que era la capital del reino, acusaron los indios á su rey de haber querido eludir las órdenes que se le habian dado, y á pesar de que ya estaban listos los diez mil tarascos con mucho trabajo por parte de Calzontzin, el pérfido Guzman lo sentenció á muerte y confiscó todos sus tesoros. ¡Se horroriza la pluma de escribir atentados tan enormes! La noticia de este delito voló hasta el trono del monarca español, quien en cédula fecha en Barcelona 20 de Abril de 1533, le dice á Nuño de Guzman: "ya sabeis como por un capítulo de carta que se os escribió de Ocaña en 25 de Enero del año de 1531 se vos mandó que en el primer navío enviásedes ante el nuestro consejo de las indias un traslado autorizado del proceso que hicisteis contra D. Francisco Calzontzin que justiciasteis, con la relacion larga de los bienes que le tomasteis, por virtud de la condenacion á muerte, y que hasta ahora no lo habeis enviado, etc."

Ya se deja ver por estas providencias lo que he dicho de la buena fé de los reyes de España, con respecto á la perfidia de los conquistadores: lo cierto es que pereció el rey de Michoacan, úl-

timo varon que gobernaba uno de los Estados del Occidente de México, pues los de Tonalan y Jalisco eran regidos al tiempo de la conquista por reinas viudas sujetas á las deliberaciones de muchos que á la vez se hallaron desconformes en sus consejos, y por esto se rindieron con más facilidad. El atentado cometido por Guzman junto con los muchos que siguió cometiendo, lo malquistaron aun con los demas conquistadores, y oscurecieron su reputacion para siempre.

Un mes despues que Guzman salió de México, ya habia engrosado su ejército con los diez mil hombres que sacó de Michoacan, y determinó pasar revista de ellos en Conguripo, de donde salió á principios de Diciembre. Este fué el ejército mayor, más lucido y más bien formado que se vió por primera vez en nuestro suelo: los veinte mil indios se dejaron ver en columnas cerradas adornados de plumeros de distintos colores y armados de carcaces y flechas, macanas y chuzos, guiados por los cabos españoles que se les habian puesto: en el centro marchaban los jefes principales, y á la retaguardia trescientos artilleros y quinientos caballos con ocho pedreros y sus respectivas municiones: los españoles iban armados de todas armas, rodelas, cotas, yelmos y cueras.

El dia 8 de Diciembre se hallaron en el paso del rio de Lerma, y allí dijeron misa los capellanes: el mismo dia hizo Guzman junta de guerra con sus capitanes para tratar sobre el rumbo que debia seguirse. Segun las propuestas del general debia ser la marcha para el Norte: otros opinaron de diverso modo; y divididos los pareceros, Guzman disolvió la junta y se quedó en observacion de la opinion comun. Bien sabia el astuto jefe cuál debia ser su direccion; pero queria que lo comprometieran los capitanes y no comprometerse él con alguna resolucion, que si tenia màl resultado se le habia de atribuir á él solo. Volvió despues á reunir la junta y se resolvió en ella recorrer algunas grandes poblaciones que estaban á la vista, y de allí dirigirse á los reinos de Tonalan y Jalisco. Invadió luego la mayor parte de lo que ahora llamamos el Bajío, entrando por Guanajuato, Comanja, Pénjamo y los Ayos hasta tocar con el valle de Coynan cerca de Cuiseo.—José Villaseñor hizó presente á Guzman no podia atribuirse la conquista de estos pueblos, por estar encomendados á él desde que D. Francisco Calzontzin se los habia cedido en encomienda à Fernando Cortés; pero haciendo Guzman poco aprecio de la reconvencion, trató de agregarlos à su conquista, que al fin se declaró perteneciente á la N. España, con

todo lo que correspondia al antiguo reino de Michoacan.

Trató Guzman de mandar sus emisarios al cacique del valle de Coynan con la embajada que despues fué la que de estilo mandó á los demas Estados que invadió, y era la siguiente: que su entrada era pacífica, que el fin no era otro que sacar á los indios de sus errores, dándoles á conocer al verdadero Dios: que era enviado por el mayor monarca del mundo, quien condolido de los engaños en que tenia á aquellos pueblos el demonio, queria à costa de su hacienda y trabajos de sus vasallos procurar la salvacion de las almas: que no se ignoraría la potencia del Imperio mexicano, y que con ser tan pocos los castellanos que lo invadieron, triunfaron más con el convencimiento de las verdades que proponian que con las armas: que aun los tarascos de Michoacan siendo tan valerosos como los tenian experimentados en las continuas guerras que tenian con ellos, convencidos de las mismas verdades, los acompañaban en gran número: por todo lo que esperaba que con buen ánimo le permitiesen entrar á sus tierras, bajo la fé y palabra de que en su monarca hallarian proteccion y se acabarian sus guerras, y gozarian en paz de todos los bienes.

Hizo poca impresion en el cacique de Coynan la embajada de Guzman, y más bien lo movian los discursos de los indios intérpretes que le hacian presente el valor de los castellanos, la ventaja de sus armas, los extragos que habian causado en México y la reciente muerte atroz del rey Calzontzin. Con esto no le quedó al jefe de Coynan arbitrio para la resistencia y suplicó se difiriese la entrada de los españoles hasta que pudiese dar aviso á sus aliados de Cuiseo. Pidió esto porque no lo tuvieran á mal los suyos y los aliados limítrofes, y para ver si unidas todas las fuerzas podian resistir la dominacion española. Bien se conoció ser éstas sus intenciones, cuando con un ejército de sesenta mil indios opuso la mayor resistencia al tránsito de la division que el primer virey D. Antonio Mendoza condujo años despues á pacificar á los zacatecas sublevados en los fuertes de Nochistlan y Mixton. Los embajadores contestaron que el ejército estaba muy cerca y no admitia demora la respuesta. Entónces el cacique, màs entonado é incómodo, les dijo: á vosotros no os toca òtra cosa que llevar mi respuesta, y los despidió, y aun en presencia de ellos dió órdenes á algunos de los que le hacian corte para que fuesen á Cuiseo á dar parte al jefe de aquellos pueblos de la embajada

que acababa de recibir. Yo no sé como algunos españoles quisieron asemejar á los indios á las bestias á vista de estos y otros rasgos de genio; pero dejemos á la historia la ponderacion digna de estos hechos y veamos lo que sucedió.

El jefe español, conociendo cuàles podian ser los resultados, determinó sorprender al jefe de Coynan ántes de que pudiese haber una coalicion, y avanzó con su ejército inmediatamente sobre dicho Estado: el cacique preparó á sus guerreros y muchos bastimentos para uno de dos extremos en que se hallaba, ó socorrer á sus aliados, si habia ocasion de hacerlo, ú obsequiar á los castellanos, si como sucedió entraban primero á sus pueblos.

Sin otra embajada se dejó ver en Coynan y cerca de la capital el ejército español el dia 18 de Diciembre: el cacique no tuvo que hacer otra cosa que salirle al encuentro con demostraciones de paz y algunos regalos: á diez pasos de distancia se pararon los dos jefes, y el cacique saludó á Guzman hincando una rodilla en señal de obediencia, y al llegar Nuño á abrazarlo le hechó una sarta de codornices al cuello en demostracion de aprecio. A todo correspondió el conquistador con la mayor urbanidad, y exhortó á los auxiliares, principalmente á los taras-

cos, que solian tener guerras con estas naciones, á que guardasen el órden y moderacion, conminándolos con penas graves y severas.

Determinó Guzman mandar su embajada de costumbre á Cuiseo, y en vista de lo sucedido con el cacique de Coynan, le hizo reflexionar Cristobal de Oñate: que Cortés no hubiera hecho las conquistas que hizo, si hubiera tenido con los jefes de los indios esas consideraciones; que era preciso hacer las embajadas á las puertas de los pueblos para sorprenderlos. Aunque no recibió Guzman con tanto agrado el modelo que le proponia Oñate, porque detestaba á Fernando Cortés, tomó el consejo y mandó mover el campo hácia Cuiseo, dejando á Pedro Almendez Chirinos en Coynan con un trozo de tropa y órden de que allí se estuviese hasta nueva resolucion. Habiendo llegado el ejército á Zula la vieja, hoy la Piedad, no hallaron en el pueblo jente alguna, y subiendo al alto cerro que lo dominaba, vieron muchos pueblos grandes, y en ellos algunas pirámides bien formadas y elevadas que con la hermosa arboleda que las rodeaba presentaban una vista muy agradable. Se dejó ver allí mismo el gran lago de Chapala, ó mar chapàlico; y todo esto les dió un aliento y esfuerzo extraordinario para su proyectada conquista.

En la confluencia de los rios de Lerma y de Coynan, vieron un trozo como de dos mil indios, que adornados al estilo de guerra, y bien armados, venian sobre ellos; esta reunion la hizo precipitadamente el cacique de Cuiseo, de los muchos y hermosos pueblos que hoy comprende el partido de la Barca, y el cerro es el mismo en que despues de algunos años aquellos patriotas indígenas hicieron una reunion de 60 mil guerreros, para contener la marcha del virey D. Antonio de Mendoza á las fortalezas de Nochistlan y del Mixton.

Llegaron á ponerse los dos ejércitos á tiro de fusil; y hecho alto por los indios, salió uno de los capitanes indígenas á hablar con los españoles: Guzman por su parte, mandó uno de los subalternos con intéprete, para que trajese las proposiciones del indio: este en voz alta y con el mayor desembarazo dijo: bien sabemos que los castellanos son hombres como nosotros; pero usan armas que no conocemos, sus lanzas son mayores y más cortantes, sus ropajes embarazan que les ofendamos con nuestras flechas; nosotros estamos desnudos y quisiéramos pelear con ellos con iguales armas y de uno á uno: en este caso tenemos experimentado, que solamente vence el que tiene justicia en la causa que defiende; nos-

otros la tenemos, porque estando pacíficos en nuestras casas y nuestras tierras, vosotros habeis venido á quitárnoslas, y por esto es preciso que nosotros venzamos.

Ya se deja entender cuàl seria la exaltacion de los españoles con reproche tan vergonzoso: viendo abatido su orgullo, todos querian á competencia aceptar el partido; pero Guzman no lo permitió sino á uno solo, como por entretenimiento; éste fué un portugués llamado Juan Michel, quien con valor se arrojó sobre el indio, y no pudiéndose matar, ni aun herirse uno á otro, despues de haberse golpeado mucho se retiraron sin conciliacion.

El cacique con los suyos se retiró y se emboscaron todos en el paso del rio para embarazar el tránsito á los españoles, y lo verificaron con tanto valor y decision que en un dia no pudieron ser vencidos. Al dia siguiente se empeñó una accion en que se vieron los indígenas en precision de ceder el paso con muerte de muchos de ambas partes. En ésta como en las demás acciones que tuvieron los indìgenas con los españoles, morian uno ú otro de los cabos que dirigian à los auxiliares, que siempre estaban á la vanguardia y de los que morian muchos. Todo era ganancia para los conquistadores, como lo fué

tambien en la guerra de independencia el que murieran tantos americanos.

Vencidos los indios y libre el paso del rio, entraron los españoles á Cuiseo y pueblos de su demarcacion: los encontraron solos, porque sus habitantes huyeron precipitadamente y dejaron todos los víveres, de que se aprovecharon los vencedores. Cuando aún recojian su botin, se dejaron ver algunos indios enviados de los caciques de Cuiseo para que pidiesen audiencia al general á su nombre, y concedida vinieron varios jefes indígenas á tratar de paz: se les otorgó y les diò Guzman órden para que viniesen á sus pueblos los que los habian abandonado, y tambien las mujeres y niños, porque hacian falta al ejército, para que les fabricasen el bastimento necesario para entrar al reino de Tonalan.

Se entretuvo el ejército español cerca de un mes en reconocer este ameno y hermoso país. De Ocotlan siguió lo conquista é invasion de todos los pueblos que á su ribera tiene la feracísima laguna de Chapala: són más de veinte los que participan de este precioso tesoro de la naturaleza. Tiene el lago de 35 á 40 leguas de largo del E. al O. y desde 3 hasta 10 de ancho: hay en él dos islotes, uno mayor que otro, el primero se llama de Mezcala, en que el departamento de Jalisco tiene hoy un fuerte presidio para

que los reos compurguen sus delitos. En la guerra de independencia se hizo inexpugnable al ejército realista, hasta que los independientes lo entregaron en capitulacion por faltarles los víveres. Las aguas de la laguna son dulces y saludables; sus arenas limpias y libres de todo cieno, sus playas en partes dilatadas y en partes dominan los peñascos á las aguas. Lo más particular de esta laguna, es que tiene flujo y reflujo como el mar, despide multitud de conchas y caracoles, produce innumerables peces de todas clases; y aunque pudiera recibir peces marinos, lo impiden varias cascadas que el rio de Santiago que la atraviesa tiene hasta la desembocadura al mar Pacífico. Este rio es el mismo de Lerma que entra á la laguna por el N. E., y al salir ya con el nombre de Santiago ó Tololotlan dá algunas vueltas, en que se le reune la mayor parte de las aguas que corren de los Estados del Norte, entra en la costa y desemboca en el Pacìfico. Todas sus riberas y las de la laguna están pobladas y producen las más exquisitas frutas: puede decirse que son una huerta continuada y natural de naranjos, limones, aguacates, chirimoyas, ciruelas, guamúchiles, limas, plátanos, melones, sandias, trigo, maiz, frijol y varias especies de chile ó picante. La laguna no se hizo propiedad particular en tiempo de la domina-

cion española, á pesar de haberse solicitado, y solamente se daban en arrendamiento sus playas para la pesca.

El arte particular de conservar vivo el suficiente pescado para próveer á los comerciantes, que lo conducen á más de 100 leguas de distancia aún fresco, es conservarlo los pescadores en viveros que forman muy grandes á la orilla y dentro de las aguas. El pescado blanco que es el más exquisito y delicado, se muere al salir de la canoa, y éste se vende de un dia á otro, ó se sala para que pueda caminar: el bagre se vende tan fresco como sale en muy remotas distancias, pues si se cuida de mojarlo todas las noches y dejarlo al sereno, dura mucho tiempo.

De todos estos primores de la naturaleza gozaron los conquistadores, y algunos querian no abandonar tan delicioso país; pero tenian á la vista un reino entónces floreciente y que pudiera írseles de las manos si no activaban su reduccion. Para precaverse Guzman del golpe que podia recibir, trató de llamar la atencion de las naciones del Norte, que tal vez pudieran hacer una reunion para embarazarle sus proezas, y al efecto mandó órden á Pedro Almendez Chirinos, que como dije quedó á la retaguardia en Coynan, para que entrase descubriendo tierras al Noroeste,

y que despues tratase de juntarse con él en Jalisco que ya tenia por conquistado.

Así lo verificó el capitan Chirinos, y recorriendo algunos de los pueblos ya invadidos, como Pénjamo y otros, se dirigió por el cerro Gordo al de Acatic, en donde hizo cuartel mientras Guzman conquistó todo el reino de Tonalan, y de allí salió, como diré en otro lugar, para Zacatecas.

Conquista del reino de Tonalan.

Recorrió Guzman con su ejército los pueblos inmediatos á la laguna y se dirigió à Tlajomulco por Istlahuacan, Cajititlan y Coscomatitlan, dando lugar á que los caciques y pueblos del hermoso valle de Atemajac se manifestasen del modo que les conviniera en las circunstancias. Los caciques de Tlajomulco y Atemajac, que eran los principales, se decidieron por los españoles; pero otros preparaban sus inútiles esfuerzos para resistir la dominacion extranjera.

Tonalan era gobernado entónces por una viuda que se hallaba en igual situacion á la de la reina de Jalisco en tiempo de su conquista por Francisco Cortés; pero ésta tenia ménos ascendiente entre los suyos, porque era más austera de genio y ciegamente seguia los consejos de su

hijo, que ya era varon, pero de pocas esperanzas. El senado con quien la reina consultaba los asuntos de interès, se le retiró à Tetlan disidente ya en el punto principal de recibir de paz al ejército español que habia invadido parte del territorio: aislada la reina y sin fuerza moral ni física, se decidió no solamente à sujetarse, sino aun á cooperar activamente á la conquísta, y se ocupó de prepararse para recibir de paz á los españoles contra la voluntad del senado.

Sabedor el conquistador de las disensiones que habia entre los principales del reino y su señora, trató de entrar á la capital: al efecto mandó cus embajadores, segun el nuevo estilo que adoptó desde Cuiseo. Al dia siguiente marchò de Tlajomulco para Tonalan, y sabedor de la buena disposicion de la reina, determinó se hiciese una entrada lucida al pueblo. En el dilatado valle de San Martin se formó el ejército y la reina salió á un cuarto de legua de la capital á recibirlo: los auxiliares, divididos en dos columnas y adornados de penachos y adargas de plumas de colores, presentaban la vista más agradable; seguian á éstos los españoles con su artillería, caballería é infantería bien ordenadas, y observando que de lo alto en donde está el pueblo de Tonalan salia mucha gente, y sabedores

de que allí venia la señora del reino á recibirlos, le hicieron repetidas salvas de cañon y fusiles: ella sin sobresaltarse y con una sonrisa irónica, dijo à los suyos: "ahí teneis á los castellanos, pensad si os hallais con ánimo de resistirlos:" los indios encogian los hombros y le contestaron, que aquello aún era más de lo que ellos sabian.

Hicieron alto los conquistadores à la falda de la loma en que se halla el pueblo, y allí recibieron un mensaje de la reina y convite general de las tropas para obsequiarlos: al dia siguiente, que fué el 25 de Marzo de 1530, luego que amaneció, se dispuso el recibimiento con tres mil doncellas y jóvenes que adornados de fiesta y baile, salieron danzando al son de las marimbas: la señora luego qué vió al general se fué á él con su acompañamiento, y poniendo en la cabeza del conquistador una guirnalda de flores y un cetro de súchiles en sus manos, le ofreció la obediencia y consideraciones más respetuosas: lo mismo hicieron los principales y adictos con los jefes subalternos; y contestados los obsequios se dió alojamiento á los huéspedes.

Se habian preparado en la plaza y calles del pueblo enramadas para el recibimiento, y debajo de ellas se dispusieron las mantas y mesas para comer; habia allí un repuesto extraordinario

de varias clases de animales asados, de tamales y otras viandas sencillas, pero suficientes para manifestar el contento y alegría á que indiferentemente todos se entregaron. No se habia percibido por ninguno la conspiracion atrevida que algunos del senado fraguaron precipitadamente en Tetlan. Decididos algunos de los indios mal contentos á morir ó vencer, á sus enemigos, pensaron sorprender á los españoles cuando por estar entregados á los regocijos públicos en Tonalan, los suponian en disposicion de ser atacados y derrotados fácilmente.

No se puede negar que los proyectos de los indios en esta y otras ocasiones que pensaron acabar con los españoles, eran bien calculados, pero no contaban estos infelices con las ventajas del armamento y sobre todo con la division de ánimos en que ellos estaban. Este es un mal necesario para los que no consultan la opinion general y se dejan llevar del espíritu de partido: los que lo fomentan, como no pueden disimular la pasion que los domina, la dan á conocer á muchos que adictos á ellos por otras relaciones, no se atreven á emitir sus opiniones temerosos de los efectos de la exaltacion; de aquí es que los cabezas de partido se persuaden estar hecho todo lo que desean, cuando entre los que invitan

no encuentran oposicion á sus proyectos. Así les sucedió á los conspiradores de Tetlan; persuadidos de que todo estaba á su favor, prescindieron de la paz y amistad que habian prometido los caciques de Chapala, de Tlajomulco, de Atemajac y otros, y se precipitaron á dar un asalto á los españoles cuando comia todo el ejército en Tonalan y cuando en él no habia uno solo que sospechara un acontecimiento tan extraordinario.

Comian todos y bebian descuidados, cuando se oyó un gran ruido de gente que subia para el pueblo: era el ejército de indios disidentes que se habian reunido en Tetlan, y tumultuariamente y sin órden venian á desalojar de Tonalan á los españoles. Estos se enfurecieron, y tirando las mesas, tomaron las armas y trataron de arrollar con cuanto encontraban: Guzman, que estaba cerca de la reina, dijo con indignacion "¡al fin mujer!" ella, sin entender eli dioma, respondió: "sosegaos yo soy mujer y contendré este desórden, ¿cuánto mejor lo puedes hacer tú con tan lucido ejército? Yo haré que sean castigados los que faltándome al respeto, han cometido sin mis órdenes este atentado." Se aplacó el general con estas razones, porque se persuadió que no estaria de acuerdo la reina con los sublevados, y ya no se trató sino de escarmentarlos. La

destruccion de aquel grupo de inexpertos, que solamente llegaba á tres mil guerreros, se verificó en moméntos, porque saliendo en forma el ejército, los fué retirando con mucha pérdida: ya habia dado órdenes la señora del reino á los que tenia en el pueblo para que saliesen à castigar à los rebeldes, pero Guzman les dijo: "eso no: si vosotros no teneis parte en el hecho, no os movais, solamente dad órden á todos que me den obediencia, de que dejen las armas, y que desde ahorá al indio que se viere con ellas, se le quitará la vida."

La reunion se habia hecho de las naciones de los tepehues y cocos, que tenian sus pueblos al Oriente de Tonalan, y de otras que habitaban en las barrancas. Desde entónces no se perdió de vista Tetlan, y se destacó allì de guarnicion un cuerpo de tropa respetable á las órdenes de Cristobal Oñate: se mandó ahorcar á muchos indios que se hubieron á las manos, como cómplices de la conspiracion, y despues de arreglar el gobierno de Tonalan determinó Guzman seguir la conquista de todo el reino. La buena acogida que tuvieron allí los españoles, la feracidad y amenidad de la tierra, junto con otros elementos que la hacen apreciable para vivir, llamaron la atencion de los conquistadores y quisieron co-

lonizarla inmediatamente, lo que habiran verificado á no tener todovía algunos compromisos de importancia que los llamaban á otros puntos.

Hacer una descripcion de las producciones de este precioso país, debe ser asunto separado cuando se trate de los elementos de prosperidad y riqueza que ofrece á la sociedad la ciudad de Guadalajara, la que despues de haberse fundado en Nochistlan y valle de Tlacotan, por último se trasladó el valle de Atemajac, á tres leguas de Tonalan. Baste decir por ahora que á más de la multitud de pueblos de indígenas que habia, y de otros que nuevamente se fundaron, á más de las muchas, muy saludables y diferentes aguas que corren por el valle, fertilizando un gran número de prados y huertas, todo el país produce barro de diferentes clases que proporciona á los pueblos un considerable comercio de loza en todos los Estados limítrofes. El barro más particular es el de Tonalan, principalmente para fabricar tinajas, cántaros, jarros y otras piezas propias para servir y guardar el agua: ellas le dan un sabor y un olor tan particular, que arrebata el gusto y excita aun á comer el barro de que están formadas las basijas, especialmente á las mujeres. Por esto desde entónces hasta nuestros dias se ha hecho un comercio tan grande en Tonalan de ese

barro precioso, que aun en polvo se lleva no solamente à todos los Estados de la República, sino aun á Europa.

Resultado de tres divisiones que se hicieron del ejército conquistador.

Viendo Nuño de Guzman los grandes progresos de su conquista y suponiendo que Almendez Chirinos habria recorrido las provincias del Norte, y obedeciendo sus órdenes debia tocar pronto à Jalisco, determinó en junta de guerra que Cristobal Oñate invadiera el territorio medio entre Zacatecas y Tonalan. Al efecto le puso á sus órdenes 30 caballos, 50 infantes y mil indios auxilares, y le dió las mismas órdenes que á Chirinos, con el objeto de juntar las tres divisiones en Jalisco para invadir todo el reino.

Guzman salió de Tonalan para Tlajomulco en donde su cacique lo esperaba y aun deseaba con ansia. Este se llamaba Coyolt, y habia tenido la fortuna que ántes de invadir á Tonalan le dejasen los conquistadores uno de los discípulos del V. Gante pará que lo instruyera en los principios de la religion: bien instruido ya y deseoso de recibir el bautismo, todo estaba dispuesto, y queria que Guzman fuese su padrino. Despues de haber recorrido el ejército la laguna de Caji-

titlan y pueblos adyacentes, fué recibido por Coyolt y demás caciques, con las demostraciones consiguientes á la alianza que habian contraido.

Se bautizó Coyolt, tomando el nombre de Pedro, y Guzman le dió su apellido: tambien se bautizaron los caciques Pitaloi, Copaya y Filili, que dominaban sobre otros pueblos. Con estos progresos, la fuerza militar que dejaba Guzman en las capitales y el empeño de los catequistas y misioneros en dar la religion á los indios, se hizo en ménos de un año la conquista de todo el reino.

Salió el ejército para Ezatlan por Mazatepec, recorrió libremente los pueblos sin oposicion alguna y llegó á Tala. Aquí encontró muchas ruinas de pueblos y edificios bien formados que habian sido destruidos muchos años ántes sin saber á qué atribuir tanta desolacion: las relaciones de los indios eran varias, unos lo atribuian á guerras con los gigantes que aparecieron por aquellas costas en tiempos muy remotos, otros à guerras y disensiones domésticas que habrian tenido aquellos pueblos entre sí mismos, y los más á las últimas invasiones de los tarascos que acabaron con los habitantes del país á fuego y sangre segun hacian memoria.

Llegó el ejército á Ezatlan, y llevando Guz-

man intencion de demorarse allí, procuró disponer un cuartel para la tropa. Como la gente era ya conocida de los españoles, pudierou proporcionarse habitaciones cómodas para algunos meses. Uno de los pràcticos en aquel pueblo fué Juan de Escareña, el mismo à quien Francisco Cortés habia dado este partido en encomienda: este astuto conquistador, sabiendo que él y Cortés perdian el derecho á las tierras invadidas por éllos, si no dejaban en los pueblos ministros de la religion como estaba mandado por los soberanos de España, habia remitido por la costa de Colima algunos misioneros al reino de Jalisco. Guzman ignoraba esto, y encontrándose en Etzatlan á los dos religiosos P. Fr. Francisco Lorenzo y Fr. Andrés de Córdova, se enojó mucho é hizo cuanto pudo para impedir se tuviese por ajena la conquista que él se habia apropiado: disimuló por entónces sus inquietudes y esperaba el resultado de las expediciones de Cristobal Oñate y Almendez Chirinos; éste como ya dije, recibió órdenes para internarse en las provincias del Norte despues de concluida la invasion del reino de Tonalan, y supo conciliarse tanto el aprecio del cacique de Acatic y otros circunvecinos, que se comprometieron à acompañarle en su expedicion y abastecerlo de cuantos víveres

necesitara. No se puede negar que este hecho y otros que se refieren en la historia persuaden que los indios sabian distinguir entre los conquistadores, a aquellos cuya moderacion y política los recomendaba en sus expediciones, por lo que vuelvo á decir no eràn tan ignorantes como quieren suponer algunos, en lo concerniente, al trato social y derecho de las naciones.

Salió Chirinos con el cacique de Acatic, que llevaba algunos de sus indios cargados de bastimentos, y serian màs de doscientos hombres: en el camino, que fué por toda la vega de rio Verde, encontrò mucha poblacion hasta Zacatecas: acariciaba y regalaba á los indios que salian á ver el ejército, con lo que llamamos avalorio: esto es, cuántas de vidrio y de piedra, con espejos y otras cosas de poco valor, que apreciaban mucho los indígenas para adornarse: llegó al pié de la llamada Bufa de Zacatecas, y los indios que la poblaban manifestaron tanto denuedo y valor que ni aun se sobresaltaron: no hubo uno que le ofreciese algo de dones, como en otros pueblos, de suerte que si no hubiera llevado bastimentos, se hubiera visto en la necesidad de pedírselos ó quitárselos. Conocia y sabia bien el cacique de Acatic, la opinion de los zacatecas, y prudentemente trató de embarazar un rompimiento llevando bastimentos para el viaje.

Tres dias se mantuvo Chirinos con los suyos en el real que formó al pié de la Bufa: los indios en este intermedio comenzaron á bajar poco á poco, para conocer á los españoles, y observando en todos benevolencia y afabilidad, se ofrecieron á acompañarlos luego que salieran de allí, hasta donde les pareciese. No se descuidó Chirinos de comunicarles el objeto de su mision, que era darles religion y civilizacion, con lo demas que de estilo intimaban à los pueblos invadidos, y les dijo que aunque se veia en la precision de dejarlos, pronto vendrian á sus tierras otros españoles á cumplir con lo prometido. El cacique de Acatic se volvió de este punto con los suyos, dejando al conquistador bien recomendado con los zacatecanos para que lo condujeran por el rumbo que determinara seguir. Salieron, pues, doscientos indios á guiar el ejército; pero observando que se dirigia al S. O. hàcia la sierra del Nayarit, dijeron á Chirinos que no podian internarse á causa de ser enemigos de los guachichiles que poblaban aquel territorio, y se despidieron, dejándolo cerca de la sierra, en donde encontró algunos indios amigos que atravesando una parte de la misma sierra de Nayarit, lo sacaron para el pueblo que hoy se llama de San Pedro Analco. Se juntó Chirinos con Guzman en la raya del rei-

no de Jalisco y dió cuenta de cuanto habia pasado, junto con un mapa de todo el territorio que habia invadido sin novedad alguna. Viendo Guzman el acierto con que Chirinos desempeñaba sus órdenes, lo destinó para la expedicion de Sinaloa y Sonora, à que el mismo Guzman trataba de ir en persona.

No fué tan feliz Oñate como Chirinos en su comision: pensó atravesar la barranca de Güentitan para ver si podia juntarse con Chirinos en algun punto; al efecto, informado del paso del rio y con algunos indios de guias, se acercó á Güentitan: allí lo esperaba el resto de los indios sublevados en Tetlan con otros que se les habian juntado de las inmediatas poblaciones: ciegos estos valientes en defender sus derechos y su libertad, sin duda se habian decidido á morir ò vencer, pues tan poco escarmiento tenian viendo morir á la multitud de sus hermanos que quedaron tendidos en el campo de batalla de Tonalan. Era indudable la victoria de los españoles por su pericia y ventajas de armamento, y era preciso que en esta ocasion dispersaran á los indios con mucha pérdida. como sucedió: pero como no era sola esta division la que trató de embarazarles el paso, tuvieron todavia que combatir con un cuerpo de 400 guerreros de Teponahuasco, que fue-

ron derrotados completamente. De este suceso tuvo orígen un fuerte ó cerrillo de tierra que aún subsiste hecho á mano en medio del extendido valle, y que para la defensa del camino se formó en este tiempo.—Entró el ejército de Oñate á Cuquío é hizo ir allí á los caciques de Mañalisco, Contla, Yahualica, Mesticacan y otros, à que le rindieran obediencia como lo verificaron: luego pasó à Teocaltiche, en donde fué bien recibido, y todo este territorio se dió en encomienda à Miguel Ibarra, quien recorrió todos los pueblos adyacentes sin embarazo ninguno, haciéndose muy recomendable por su buena política y la afabilidad con que trataba á los indígenas.

Aunque Oñate quisiera seguir al Norte, no se lo permitieron los movimientos que aún hacian algunos pueblos, como Juchipila y otros, y trató de reducirlos primero para obrar despues con libertad. Avanzó á Nochistlan, reconoció el Peñol, hoy cerro de San Miguel, en donde se habia dicho estaban algunos sublevados: no los encontró y determinó demorarse allí algun tiempo, para esperar órdenes de Guzman, á quien habia participado cuanto le habia sucedido hasta entónces. La respuesta fuè mandarle con Juan de Oñate, hermano suyo, algunas familias

de varios pueblos y órden de que fundase una villa en aquel punto para que sirviese de cuartel é impusiese respeto á los indios de aquel territorio: verificó, pues, la fundacion en el pueblo de Nochistlan, dàndole el título de villa del Espíritu Santo, que despues en obsequio del jefe conquistador se mudó en el de Guadalajara, por ser Nuño de Guzman natural de Guadalajara de Castilla. Quedó Juan de Oñate de jefe de aquel vecindario el año de 1530 y salió Cristóbal su hermano á concluir con su mision por el rumbo de Juchipila.

Se acercaba el ejército al Peñolete, donde estaba fundado àntes el pueblo, y se observaron movimientos hostiles: los indios en gran número estaban hechos fuertes tras de una gruesa albarrada ó potrero, impidiendo el paso á los españoles. Hechas las intimaciones de estilo y no habiendo surtido efecto, mandó Oñate á los suyos que avanzaran. Venia en la caballería un italiano llamado José Lipar, muy atrevido y valiente, que habia enseñado á su caballo á brincar las alturas y barrancas, y luego que oyó la voz de avance, saltó la albarrada: ocupados los indios en atacarlo, acudieron Fernando Flores y otros y abrieron muy pronto la brecha necesaria para que entrasen los demas caballos à de-

fender à Lipàr, quien milagrosamente escapó la vida con dos heridas que recibió por su temeridad. Con muerte de muchos indios tomaron el Peñolete los españoles, entraron al pueblo, y á solicitud de algunos auxiliares volvieron los indios principales que habian huido y todos rindieron la obediencia.

El pueblo de Juchipila se dió en encomienda á Fernando Flores, quien despues de pacificada la provincia, vivio en él y dejó en su muerte numerosa familia de la que hasta el dia se conservan algunos descendientes. Uno de sus hijos casó con una hija del segundo gobernador de la N· Galicia, Diego de la Torre, y tratando de dar mayor nobleza á su familia, hizo que sus hijos se apellidasen Flores de la Torre, de donde descienden los Flores Alatorre, uno de los cuales fué el conquistador del Nayarit, como se verá en su lugar.

Satisfecho Oñate de dejar pacífica la tierra, dirigió sus marchas para el valle del Tevul: su cacique fué decidido amigo de los españoles y les hizo un gran pasaje, en que resarcieron el mal trato y trabajos que habian padecido por los lugares ya invadidos y disidentes: visitó igualmente á los pueblos de Tlaltenango, Tepechitlan, Atolinga y otros que ya habia invadido Chirinos,

y pasando el rio de Santiago en balsas, como era de costumbre por falta de canoas, entró por Copala, Manatepec, Ameca y Etzatlan, en donde se juntò con el ejército principal de Guzman.

Por los informes verbales de Cristobal Oñate, no le pareció á Guzman muy segura la fundacion de Guadalajara, y como al mismo tiempo de invadir el territorio se iban repartiendo las tierras entre los jefes y sus subalternos, trató de hacer un viaje con sola una escolta para ver por sí lo que mejor convendría, y para adjudicarse él mismo la mejor parte de lo que debia repartirse. Salió de Etzatlan, y por Mazatepec, Tlajomulco y Tluentitan entrò à Tlacotan y llegó á la nueva villa de Guadalajara.

Desaprobó todo lo hecho porque la nueva colonia quedaba en medio de los pueblos disidentes y no podia recibir auxilio sino de lejos, y dió órden para que se abandonase el punto, dejando á la eleccion de los nuevos vecinos otro lugar más á propósito para la fundacion. Unos fueron de opinion con Guzman que se fundase la villa en Tlacotan, y otros con Juan de Oñate quisieron fuese en Tonalan; en estas diferencias los dejó Guzman y se volvió á la raya de Jalisco: ya se habia repartido alguna gente de la nueva villa entre Tonalan y Tetlan, y se ha-

bia quedado otra parte en Tlacotan, y así mandó el jefe conquistador á Cristobal Oñate que la fundacion se hiciese precisamente en el valle de Tlacotan, porque él se adjudicaba á Tonalan para titular sobre aquella capital. Todo se verificó como Guzman lo determinaba: se habia fundado la villa en Nochistlan en 16 de Marzo de 1532, y habiendo durado solamente un año y dos meses, se estableció de nuevo en Tlacotan el 24 de Mayo de 1533. El primer alcalde mayor fué Juan de Oñate, los alcaldes ordinarios Santos Ortiz de Zúñiga y Miguel Ibarra, los regidores Juan Alverno, Francisco Barron, Alvaro Pérez, procurador Santiago Aguirre, alguacil mayor Cristobal Romero, mayordomo Diego Segura y escribano Sancho Gutierrez. Ya se dirà despues con mayor órden cuanto toca al gobierno eclesiástico y conquista de las almas de estos Estados.

Nueva conquista de Jalisco y los demás reinos.

Le restaba á Guzman conquistar la mayor parte de estos Estados, y aún no podia desprenderse de màs de 15 mil auxiliares mexicanos, tlascaltecos y tarascos que le acompañaban. Como para sostener tanta gente le era preciso oprimir á los pueblos subyngados, estaban éstos impa-

cientes con el yugo. Unos pensaban sublevarse para destruir si pudiesen á los españoles, ó morir en la demanda para no padecer tanto; y otros tomaron el partido de huir y remontarse en las sierras con sus familias: de aquí resultó el abandono de innumerables pueblos, de los que muy pocos se volvieron á reponer, y esto más bien por los indios auxiliares y sus familias que trajeron despues de la pacificacion, que por sus señores naturales que hacian un papel insignificante.

Antes que acabaran de esa suerte los pueblos de Jalisco determinó Guzman realizar la conquista de todo el reino, que en la mayor parte habia sido ocupado por Francisco Cortés; pero como no habia dejado el primer conquistador los misioneros que mandaba la real órden, para poder adjudicarse la conquista, y los que vinieron lo hicieron despues de algun tiempo de verificada, no tuvo Guzman embarazo en contar por suyo el derecho de lo que descubria. Ya Juan Escareña habia representado en México los derechos de Cortés] y el desentendimiento de Guzman, y de cuanto sucedia dió cuenta al gobierno superior, por lo que tuvo Guzman las gravísimas resultas que dirán despues.

Salió con su ejército por Mascota con direccion á Jalisco, halló muchos pueblos abandona-

dos, y aun en la capital del reino no encontró sino muy pocos habitantes: no halló ya el templo de que tenia noticia, porque lo habian destruido los indios, quizá por consejo de los catequistas que habian entrado; no halló tampoco á la reina ni al senado, todo lo cual encontró tres años ántes Francisco Cortés. Probablemente habiendo recibido la religion los principales, serian llevados por los pocos misioneros que vinieron con Cortés para otras partes, ó tal vez huyeron de las vejaciones del ejército de Guzman, que estaba muy desordenado, principalmente á causa de los indios auxiliares.

Estos indios, ya instruidos en el manejo de las armas por los españoles, algo ilustrados en otras materias y en tierras tan distantes de las suyas, y más pobres, era preciso que cometieran grandes excesos, y que los que temian su dominacion huyeran de semejante plaga. Por esos desórdenes ya habia ahorcado Guzman para entónces más de treinta auxiliares con todo el aparato de la justicia; pero no valian éstos y otros castigos para contenerlos. No obstante esto, se vió Guzman en la precision de llevarlos en el ejército hasta concluir sus descubrimientos.

Siguió invadiendo todo el territorio de Tepic, é inclinándose al Mediodia tocó en los llanos de

Santispac, en donde habia muchos pueblos, llegó á la costa que solo dista dos leguas del pueblo que es el principal, allí se encontró un tesoro con la pesca del camaron, con la que desde entónces se abastece toda la República: de aquí, volviendo por la costa al Norte, entró á las provincias de Sinaloa y Sonora, despues de haberse detenido algun tiempo en la raya para fundar la villa de Chametla, en que estuvo hasta que concluyó la espantosa peste que en estos años mandó Dios á estos Estados, y de la que se hará mencion varias veces en esta historia.

Se acompañó este azote de Dios con siete dias de aguas continuas que inundaron toda la tierra, la llenaron de lagos é hicieron crecer los rios de un modo extraordinario. Habiendo bajado las aguas, produjo la tierra infinidad de culebras, sapos, ranas y toda clase de sabandijas, que en muchos dias fueron el ùnico alimento que tuvieron los soldados. De resultas de estas desgracias murieron muchos españoles y màs de siete mil indios auxiliares: se perdió toda la pólvora, se tomaron de moho las armas y muchas se perdieron, y se quedaron casi desnudos todos los soldados.

Acordó Guzman mandar al capitan Juan Sánchez á los pueblos ya conquistados á pedir so-

corros y que pasando á México trajese el repuesto de armas, vestidos y municiones que le faltaban. Efectivamente salieron con víveres de Tonalan, Tlajomulco y Sayula tres mil y quinientos indios cargados de frijol, maiz y otras semillas para Chametla, y con ésto socorrieron sus necesidades los conquistadores: Juan Sánchez volvió de México despues de algun tiempo con armas y municiones, y pasados algunos dias salió el ejército para Sinaloa.

Se dá nueva forma política á todo lo conquistado, y algunos sucesos notables.

Aunque le llamaban la atencion á Guzman los asuntos consiguientes á la conquista de Tonalan y Jalisco, determinó avanzar con todo su ejército á Sinaloa, por si acaso no lo pudiera verificar desques: llegó felizmente á Culiacan que luego declaró villa con la advocacion de San Miguel, hizo tres divisiones de su ejército y puso una á las órdenes dé Pedro Chirinos, y las otras á las de Cristobál Oñate y José Angulo: al primero le dió órden de que invadiera la Sonora internàndose hasta donde pudiera al Norte; y á los segundos mandó qué atravesando la sierra, conquistaran lo restante, debiendo reconocer por el Mediodia á Guadalajara. Con él resto de la

tropa contramarchó Guzman por Acaponeta para Tepic y Jalisco, en donde puso su cuartel general.

Aquí ya consideró de necesidad dar cuenta por sí mismo al rey de España de toda su conquista, ántes que sus rivales de México la dieran con ménos recomendacion de lo que él quisiera. Le hizo presente á Cárlos V, quien ya gobernaba el reino, que á pesar de que los primeros indios guias que sacó de México lo habian engañado, suponiéndole haber al Norte de esta América septentrional una provincia muy rica y fértil, llamada de las Amazonas, le fué preciso dirigir su expedicion militar sobre las partes occidentales: que habia ya invadido á nombre de S. M. otras provincias independientes del Imperio mexicano y que de todo habia tomado posesion para aumento de su monarquía y gloria de la Nacion española: que à su conquista le habia dado el título de Nueva Castilla de la mejor España, y que al reino de Jalisco, por ser parecido su territorio á las costas de Galicia, le habia titulado Nueva Galicia. Pedia en su representacion que confirmase su magestad lo hecho, y las encomiendas que habia repartido entre los conquistadores á su real nombre; que se le permitiese hacer esclavos á los indios rebeldes á su dominacion,

para lo cual alegaba no haber potreado aún los asnos y caballos que trajo, ni tener las mulas suficientes para las conducciones de cargas, y que para éste y otros trabajos enormes, no habia de quien valerse: por este estilo pidió Guzman al rey otras cosas, que ponian de manifiesto cuál era su carácter y el poco aprecio que hacia de los indìgenas.

Casualmente no estaba Cárlos V. en España, porque se habia ido para Alemania, y la representacion la recibió la reina. Esta consultó al consejo y resolvió que se negase la solicitud de esclavizar los indios: que reprobado el título de *N. Castilla de la mejor España,* solamente se titulase lo conquistado reino de la N. Galicia: que la confirmacion de las encomiendas se reservase al señor emperador: que se fundase en donde mejor pareciera al conquistador una ciudad por capital del reino, que se llamase Compostela; y que se le concediesen todas las gracias y privilegios que tenia la ciudad de Compostela de Galicia.

No quedó muy contento Guzman con lo resuelto; pero procedió á la fundacion de la ciudad en donde hoy se halla. Para elegir el sitio pulsó las conveniencias de tener cerca la costa para poder abrir el comercio con los demas reinos y

provincias del mar pacífico. La ciudad se fundó con las principales familias de los conquistadores y las de algunos indios errantes que por la conquista habian dejado sus hogares: esto fué el año de 1535, y como al mismo tiempo se le daba facultad al conquistador para fundar las villas y pueblos que juzgase necesarios para la con servacion de lo conquistado, dió comision à Juan de Hijar para que fundase con otras familias la villa de la Purificacion, y porque se eligió al efecto un sitio que pertenecia al reino de Colima, conquistado por Fernando Cortés, hubo grandes debates entre Hijar y el alcalde mayor de Colima.

Esto y el haberse adjudicado Guzman la conquista de Jalisco, agravó los resentimientos de Cortés y preparó la ruina del nuevo conquistador. Ya por este tiempo, que fué el año de 1535, habian vuelto de su expedicion los éncargados de invadir la Sinaloa, Sonora y sierra de Topia, y muchos de los soldados, en atencion al poco fruto que habian sacado de sus tareas, pues no hicieron cosa particular, como se dirá despues trataron de volverse á Méxicc Como hasta entónces aún no se habia hecho en la N. Galicia descubrimiento de minas, fueron muchos los que abandonaron á Guzman, retirándose con algunos

auxiliares, y entre ellos uno de los principales jefes, que fué Pedro Chirinos.

A esto se agregó para desgracia de la conquista, la lamentable pérdida de muchos españoles de buenos sentimientos, en la desoladora peste que habia precedido en todo el reino, con lo que los pocos que habian quedado no podian llevar todos los trabajos que se les esperaban.

Los indígenas, por las mismas causas y la dispersion general que les ocasionaron la conquista y guerras consiguientes, estaban tan exaltados que proyectaban con el sacrificio de sus vidas hacer una sublevacion general para deshacerse, si pudieran, de los que tantos daños les habian causado; pero lo que decidió la infeliz suerte de Guzman, fué la queja que hizo ante el soberano contra él el marqués del Valle: se le hizo presente al rey que habia gastado grandes sumas del erario, sin haber compensado los gastos nada de lo conquistado por él: que se habia adjudicado todo el territorio de Jalisco, conquistado ántes por Francisco Cortés: que habia provocado guerras injustas entre los indios y habia escandalizado todo el reino con el asesinato de D. Francisco Calzontzin.

El soberano proveyó se restituyese al marqués del Valle el derecho de su conquista, y otras

cosas que [illegible] la Audiencia se realizasen si no era mandado un comisionado al efecto. Este fué Luis de Castilla, à quien se le hacia gobernador de los pueblos que fuese quitando de la jurisdiccion de Guzman y sus subalternos. Dar esta comision en aquellas circunstancias á un hombre desprovisto de fuerza, era sacrificarlo á los resentimientos de un desesperado, como sucedió. Guzman, que tenia agentes en México, recibió aviso de haber salido Luis de Castilla con 100 hombres á ejecutar las órdenes del soberano, y juntando á los suyos les hizo ver la injusticia de lo resuelto por el rey, y con la mayor energía los predispuso contra el comisionado y comision, de modo que cuando éste se acercó à Compostela, ya se habia determinado prenderlo à su llegada.

Avisó Castilla de su arribo y comision á Guzman, éste le contestó en los términos más comedidos y haciéndole grandes ofertas para el dia siguiente: alucinado Castilla con respuesta tan favorable, despreció algunas sospechas que tuvieron los suyos de un mal recibimiento, y se quedó á dormir sin cuidado á una legua de distancia de Compostela. El capitan Juan de Oñate, que habia sido relevado con su hermano Cristóbal, de la jefatura de Tlacotan ó Guadalajara,

se encargò de la prision de Castilla, y al efecto le dió asalto á media noche en su campamento, en donde dormian todos sus compañeros sin cuidado. Derepente se oyó el estruendo de los caballos y al mismo tiempo una voz general de *viva el rey y su gobernador Nuño de Guzman.* Cuál fuese la sorpresa de Castilla y sus compañeros, que los más estaban desnudos, ya se deja entender. Nadie se mueva, prosiguió Oñate, pena de la vida. Castilla, que no estaba léjos, preguntó: *¿quién con tanto atrevimiento me aprehende?* y Oñate le respondió: *es un indio que tiene las narices tan grandes como las suyas,* y al mismo tiempo fueron todos desarmados. Los condujeron presos á la ciudad y se les dió cuartel y alimento miéntras Guzman juntaba los principales para determinar lo que debia hacerse. Se juntó el consejo á que asistió Luis de Castilla, y preguntado de su comision, presentó los testimonios y documentos que llevaba: se leyeron todos, se protestó contra las órdenes dadas y se determinó representar de nuevo al soberano. El auto proveido concluyó dando órden pena de la vida á Luis de Castilla y los suyos, para que en el término de cuatro horas saliesen para México, desarmados hasta donde determinase el jefe que los condujera: salieron aquella misma tarde

escoltados de 500 hombres, y en Ezatlan se les entregaron las armas para que siguiesen su camino.

Luego que los agentes de Guzman en México vieron que se agravaban cada dia más las causas de su cliente, lo estimularon para que proyectase modo de defenderse por sí mismo, advirtiéndole que las acusaciones que contra él se hacian eran las siguientes: que habia asesinado injustamente al rey de Michoacan: que lo habia despojado de sus tesoros, de los cuales no habia dado cuentas ningunas: que le habia usurpado el marqués del Valle el derecho de lo conquistado por su sobrino Francisco Cortés: que temeroso de la residencia que se le debia tomar del tiempo que fué presidente de la real Audiencia, habia salido á la conquista de las supuetas provincias de las Amazonas: que al efecto habia sacado con violencia de la real caja nueve mil pesos, y éstos no se habian repuesto: que habia quitado las encomiendas y preso á algunos que las poseian por derecho adquirido en la conquista del marques del Valle: que habia puesto presos á los oidores de la Audiencia de México; y remitídolos à España sin haber comparecido él, como se le habia mandado, y últimamente, el atentado que habia cometido contra Castilla.

Aunque el proceso se perdió con la nao que lo llevaba, se formó otro de nuevo y llegó á manos del rey. Este dió el gobierno de la N. Galicia á Diego Pérez de la Torre, y al mismo tiempo comision para hacer la residencia de Nuño de Guzman: se embarcó luego el comisionado con su familia, y llegó en breves dias á Veracruz. Cuando esto sucedia Nuño de Guzman proyectó su viaje tambien para España á dar por sì mismo los descargos á los capítulos del proceso: algunos aseguran que trató de huir á Génova, en donde tenia un hermano empleado; lo cierto es que dejando á Cristobal de Oñate de gobernador interino de N. Galicia, salió con treinta hombres de sus màs adictos para Pánuco à recojer los bienes que allí tenia desde que habia sido alcalde mayor de aquel punto, y le acompañaron algunos jefes, como Juan de Oñate y otros que no volvieron más á la N. Galicia.

A un mismo tiempo llegaron á México Nuño de Guzman y Diego Pérez de la Torre, y en el palacio del primer virey de México recien venido de España, le intimó prision el nuevo gobernador y juez de residencia: su sorpresa fué extraordinaria al ver abatido su orgullo y despreciado su mérito, que en su opinion era relevante.

No debia extrañar este infeliz un trato que habia sido recíproco entre todos los conquistadores, que se arrebataban la presa unos á otros, como leones, para devorarla. Tuvo valor este tirano para deprimir cuanto pudo al principal conquistador Cortés y para dar garrote á un rey de Michoacan, ¿y ahora queria que se le tuviera consideracion despues de averiguados sus crímenes?

Intimada la prision, entraron Guzman y Pérez de la Torre á presencia del virey D. Antonio Mendoza, y á pesar de los discursos que mediaron y elocuencia del conquistador de Jalisco, no pudo mènos el virey que dar auxilio á Torre para la ejecucion de las órdenes del soberano. Quedó preso Guzman en el mismo palacio y á poco tiempo salió para Veracruz y de allí á España. Dios quiso que este infeliz no fuese á la otra vida sin pagar en ésta algo de los atentados que habia cometido: las demoras precisas para que Pérez Torre se recibiese del gobierno de la N. Galicia, las que demandaba el reunir los informes conque se debia instruir el juicio y otros embarazos, prolongaron las penas del infeliz Guzman: luego que llegó á España fué mandado preso á Torrejon de Velasco, ocho leguas distante de la corte, y se llegó a ver allí en tal miseria, que solo de hambre iba á morir

ên ocasion que se hallaba en Madrid Fernando Cortés, quien à pesar de su rivalidad lo socorrió con limosnas para que no pereciese. Por último murió Guzman en la prision el año de 1540.

Era Nuño Beltran de Guzman natural de Guadalajara en Castilla la Nueva: pasó à la N. España de gobernador de Pánuco de Tampico, fué juez de residencia de Fernando Cortés y primer presidente de la real audiencia de México: era de mediana estatura, muy elocuente, y sobre todo un gran jurisconsulto: habiéndosele encargado por la Audieneia de México la conquista de los Estados independientes del Imperio, encontraron sus enemigos motivos para perderlo. Sus adictos y cómplices de sus delitos, los màs se extraviaron y huyeron: Juan de Oñate se fué al Perú, en donde murió miserablemente.

LIBRO TERCERO.

Se establece el órden en la N. Galicia.—Muerte de Pedro de Alvarado y algunos sucesos adversos.—Destruccion de las fortalezas de los indios sublevados.—Fundacion de pueblos, villas y ciudades.—Nueva forma del gobierno de N. Galicia.

Se establece el órden de la N. Galicia y suceden algunos casos desgraciados.

Se acercaba á los diez años la conquista de estos Estados y aún no se veia el horizonte de la paz, y sobre la dispersion general que causó aquel suceso, hubo una peste desoladora que en opinion de algunos escritores contemporáneos, dejó solamente una de las cinco partes de la poblacion. La causa que pudo producir un efecto tan desgraciado fué la guerra de la conquista, pues quedando innumerables cadàveres insepultos, era preciso que se inficionara la atmósfera;

pero sobre todo, la peste fué efecto, segun la opinion de los historiadores, de la cercanía de un cometa de extraordinario tamaño y figura,que apareció en aquel tiempo, y era tan grande y luminoso que à su vista no lucian las estrellas. La influencia de un cuerpo ígneo tan cerca de la tierra, no podia dejar de producir una excitacion del calòrico en gran manera nociva á los vivientes. Solamente el verlo causaba tanta impresion en los indios, que corrian á encerrarse en sus casillas y cuevas luego que aparecia.

Para entónces habian entrado por fortuna de los indígenas, ó sea providencia del Altísimo, doce eclesiásticos que como los apóstoles trabajaron con el mayor celo y la más grande actividad en bautizar á los innumerables que perecian: á su tiempo y en particular, diré algo de mérito que estos eclesiásticos contrajeron en medio de tantos trabajos. Pudiera en este tiempo haberse hecho mucho á favor de la civilizacion de estas naciones; pero se ocuparon los principales conquistadores en invadir inmensos territorios para salir de ellos sin más fruto que haberse dado à conocer de los pueblos que invadian. En tal estado se hallaba la N. Galicia cuando arribó á ella Diego Pérez de la Torre: llegó à Tonalan, en donde recibió la vara y gobierno de Cristobal Oñate, que vino con el cabildo de la

ciudad de Guadalajara situada aún en Tlacotan: presentados los despachos del nuevo gobernador, luego fueron obedecidos: dió comisiones para los informes sobre la residencia de Guzman, secuestró sus bienes, se estableció por entónces en el mismo Tonalan y despachó á Oñate y al cabildo á la ciudad.

Comenzó y prosiguió su Gobierno Torre con la mayor rectitud, practicando las órdenes que habia recibido de Cárlos V: contentó á los españoles por los medios más prudentes y á los indios los consolaba como padre: emprendió hacer al efecto una visita general, y en ella repartió las encomiendas del modo más justo, de suerte que algunos españoles que ántes querian abandonar el país, se quedaron contentos. Contuvo la licencia de hacer esclavos á los indios, por lo que muchos que se habian retirado con sus familias á habitar las sierras, volvieron, y con ellos y los demas dispersos formó varios pueblos; pero desgraciadamente duró poco tiempo este buen español en la N. Galicia: los resentimientos anteriores de los indios predispusieron á muchos para que comenzasen sus inútiles esfuerzos á fin de sacudir el yugo español: se formó un ejército de sublevados entre Hostotipaquillo y el pueblo llamado hoy de la Magdalena; el jefe de los in-

dios era intrépido y avanzó hostilizando algunos pueblos hasta los cerros de Tequila: se ignora si aún existia el célebre Huajicar.

En este conflicto Torre hizo junta de guerra y resolvió salir en persona con alguna tropa española y auxiliares de los pocos que habian quedado del ejército de Guzman y otros de Tlajomulco y Tonalan. Los sublevados se hicieron fuertes en uno de los cerros: llegando el ejército de Torre, les hizo las intimaciones de estilo, y habiéndolas despreciado los indios, les echaron los españoles un cerco por todas partes: pelearon los sitiados con desesperacion, y quedando muchos cadàveres en el campo, se dispersaron los demas. Los conquistadores no pudieron haber tenido mayor pérdida de la que tuvieron, porque desbocado el caballo que montaba el gobernador, lo precipitó de una altura, se le echó encima y lo dejó moribundo. En este estado fué conducido al pueblo de Tetlan, en donde á la vez se fundaba el primer convento que los religiosos franciscanos tuvieron en la N. Galicia. Allí se dispuso el gobernador á morir cristianamente: vino Oñate con los principales de Guadalajara ó Tlacotan, recibió el enfermo los sacramentos, hizo testamento, declarando quedar Oñate con el gobierno interino del reino, y murió llorado de

todos los buenos: se enterró en Tetlan, de allí fué trasladado algun tiempo despues al convento principal de San José de Analco, y últimamente á la iglesia actual de San Francisco de Guadalajara. Oñate quedó encargado de su haber y de dos hijas que casaron con Fernando Flores y Jacinto Pineda. Fué este suceso desgraciado en el año de 1538.

Dióse cuenta al virey de lo sucedido y confirió el gobierno de la N. Galicia à Francisco Vasquez Coronado: aprobó el nombramiento el rey cuando estaba aquel tirano destrozando y acabando á los indios de Sonora á fuego y sangre, en busca de unos cerros de oro y plata que se le dijo habia en la costa del mar pacífico. Este hombre lleno de delitos, enfermo y abatido de la fortuna, pasó solamente por Jalisco con direccion á México, de donde no volvió jamás, quedando tercera vez de gobernador interino Cristóbal Oñate.

Por ese tiempo ya se comenzaron á sentir algunos movimientos que hacian los indios para formar una conspiracion general contra los españoles. Las primeras providencias del gobernador interino fueron fundar algunas villas y pueblos con familias que no fuesen de los indios del país, para que en clase de presidios tuvieran en

sujecion á los indígenas. Así se fundaron Santa María de los Lagos, Ahualulco y otros presidios, que despues fueron villas por el gobierno político que se les puso, habiendo sido en su orígen puestos puramente militares.

Se agravaban más los cuidados con las noticias que sucesivamente recibia el gobernador interino Cristóbal Oñate del descontento de los indígenas: se le dió aviso de que los indios de Guaintimota habian asesinado á su encomendero Juan de Arce, que los indios de Hostotipaquillo en grandes trozos salian à hostilizar por Compostela y otros pueblos, y que los cascanes del Norte formaban un fuerte no léjos de Juchipila en el cerro llamado del Mixton, para salir de allí á invadir la ciudad de Guadalajara. Esta última noticia exaltó más á los españoles por tener más cerca al enemigo: luego determinó Oñate destacar sobre los cascanes un trozo de veinticinco españoles y trescientos auxiliares de Tonalan y Tlajomulco á las órdenes de Miguel Ibarra, que puestos en órden marcharon, y llegando al rio de Juchipila encontraron los pueblos solos y abandonados, porque los indios se habian reunido todos con los disidentes del Mixton. Es este un cerro muy alto y quebrado, tanto que lo hacen inaccesible las grandes peñas de que se

forma; por esto se llamó del Mixton, que en el idioma del país quiere decir *gato*. En la cima tiene una llanada capaz de un fuerte de bastante extension.

Allí se hallaban los indios en gran número el sàbado de ramos del año de 1541: se acercaron los españoles lo suficiente para intimarles rendicion: no obedecieron ellos, y solamente respondieron que al dia siguiente contestarian. Los españoles no estuvieron tan listos que se pudieran escapar de un asalto á la madrugada, que vulgarmente llamamos albazo: les acometieron los indios con tal furor por todas partes, que los pusieron en la más vergonzosa dispersion; cada uno de los soldados huyó por donde pudo y no se juntaron hasta cerca de Tlacotan. A la vez salia Oñate con refuerzo de la ciudad, por aviso de los primeros indios que llegaron diciéndole habia acabado toda la division. Ibarra escapó con solos catorce españoles, y de los indios auxiliares de Tonalan y Tlajomulco murieron 150. El jefe derrotado le instó à Oñate no pasase adelante y que solo se tratase de resguardar la ciudad: así se hizo, luego salieron extraordinarios pidiendo auxilio á todos los pueblos amigos y aun á Compostela y México. Francisco Vasquez Coronado traia lo mejor del ejército con-

quistador por Sonora, y á más se le negaron à Oñate de todas partes, porque solamente consultaban los nuevos establecimientos su seguridad particular. Diego Vasquez que fué á pedir el auxilio á México, consiguió del virey D. Antonio Mendoza, que miéntras juntaba un ejército capaz de asegurar para siempre la paz deseada en los reinos nuevamente conquistados, se pusiese un expreso à Pedro de Alvarado que debia hallarse en las costas de Colima con la armada que habia sacado de Guatemala con destino á las Californias, para que diese pronto auxilio al gobernador de la N. Galicia, àntes que los indios sublevados acabasen con todos los españoles y destruyesen los nuevos establecimientos. Al mismo tiempo, estrechándose las necesidades de Oñate, determinò por sí mismo pedir à Pedro de Alvarado el auxilio, y al efecto mandó á Juan de Villareal para que imponiéndolo de la necesidad extrema en que se hallaban, lo comprometiese á venir á la defensa.

Con tan fundadas esperanzas de un pronto auxilio no se descuidó Oñate de mandar algunas descubiertas de la poca tropa que le habia quedado, para que los indios se entretuvieran. Salió con este objeto Miguel Ibarra para Teocaltiche, encontró solos los pueblos, y sabedor de que

estaban reunidos les sublevados en el Peñol de Nochistlan, temerariamente se dirijió al fuerte, en donde ya habia una multitud de guerreros dispuestos à pelear como en el Mixton. Prevalido de la autoridad que podia tener sobre algunos de los que allí se hallaban, por ser encomendero de Teocaltiche, solicitó hablarles, disimulándoles la falta que habian cometido; les habló efectivamente, con cariño, y les pidió de comer; ellos le respondieron que si queria comer que trabajase ò lo fuese á pedir al Mixton: solo quiero vuestra amistad, les replicó Ibarra, y los exhortaba à la paz y á que bajasen del fuerte à sus pueblos. Convencidos los indios de que los compañeros de Ibarra eran pocos y que ellos ya eran muchos, descargaron sobre él una tempestad de flechas y piedras; mas el español con serenidad se retirò al pueblo. Allí pudo hablar con un cacique amigo que se empeñó en disuadir à Ibarra de la empresa que habia tomado, porque en su opinion perecerian pronto todos los españoles: le hizo ver que se trataba de hacer reuniones de valientes en varios puntos, porque los naturales estaban decididos á morir àntes que rendirse al yugo de una dominacion extranjera, y tenian por jefe à D. Diego Zacatecas, general muy valiente y experto.

Esto determinó à Ibarra á solicitar una entre-

vista con dicho jefe, y llamado al intento por el cacique amigo, salió D. Diego persuadido de que se trataria de hacerle algunas proposiciones; pero viendo que solo se trataba de que se rindiesen, se irritó tanto que allí mismo dió la voz de alarma. Ibarra huyó con los suyos precipitadamente; y lo habrian seguido los indios hasta la ciudad, si no hubieran desaparecido los españoles por la velocidad de los caballos. En la ciudad no fué tanta la sorpresa que causó este suceso, á virtud del socorro de Pedro de Alvarado que esperaban pronto, y que ya venia á marchas dobles.

Siguen los sucesos adversos en la Nueva Galicia Muerte de Pedro de Alvarado y traslacion de la ciudad de Guadalajara.

Habia tocado Pedro de Alvarado con su armada que iba destinada á Californias en el llamado hoy puerto de Navidad: allí Juan de Híjar, que se hallaba en su nueva villa de la Purificacion, le dió parte de las noticias adversas que despues recibió ya mas detalladas en Zapotlan, de Juan de Villareal, el enviado de Oñate. Real dió el parte y Alvarado tuvo á fortuna haber llegado á aquellas costas en tiempo en que podia recomendarse más y proveerse de cuanto necesitase para hacer más descansada su nave-

gacion con los despojos de los pueblos rebeldes: hizo junta de guerra con su oficialidad y resolvió distribuir más de mil hombres que traia, en varios puntos de importancia, para imponer respeto á los indios, miéntras destruia sus fortalezas. Con 500 hombres puso el cuartel general en Autlan, 25 puso en Etzatlan, 50 en Zapotlan, 25 en Chapala, 25 en Tonalan, 300 dejó guardando en el puerto la armada, y con los ciento restantes avanzó á la ciudad de Guadalajara. Por los pueblos del tránsito lo recibian los indios pacíficos con celebridad y regocijos públicos, dándose los parabienes principalmente los españoles, de que viniese á la pacificacion del reino un sujeto de tanto nombre en todas las Américas.

Pasó Alvarado el rio por la barranca sin novedad, y luego salió Oñate con su gente y el Ayuntamiento de la ciudad á recibirlo; se le hicieron los honores de general y se le dispuso el alojamiento que merecia. Trató luego con el gobernador del principal asunto que lo habia conducido allí. A mí me parece, dijo Alvarado á Oñate, que no se debe dilatar el castigo de estos indios. *Vergüenza es que esos gatillos hayan dado tanto cuidado á V. S. y hayan hecho tanto ruido: con ménos gente que la que traigo sobra pa-*

ra sujetarlos: no hay qué esperar más. Esto decia Alvarado con relacion al auxilio que se le habia pedido al virey y habia ya prometido. Como este jefe tenia probado su valor en las campañas que tuvo con los indios de México, Goatemala y otras partes, le pareció que llegando el socorro de México, se le privaba á él de la gloria de vencedor de Nochistlan y del Mixton.—Se sonrojó Oñate de que Alvarado atribuyese á poca resolucion y valor no haber destruido las fortalezas de los indígenas, y con alguna incomodidad, le respondiò: *"No háy que tocar eso, Señor Adelantado, todos hemos hecho nuestro deber; yo he cumplido con el mio y he conocido por más de diez años de experiencia que mayor dificultad es conservar lo ganado, que descubrir y conquistar nuevas tierras. En la N. España donde V. S. ha estado, habia ciudades y pueblos grandes de indios ricos, que tenian mucho que defender; y por lo mismo se paraban á sostener los ataques en que por la debilidad de su armamento era preciso que fueran derrotados; pero en la N. Galicia, aunque haya muchos pueblos, son ménos que en la N. España, y los indios no tan ricos que les embarace la defensa de sus bienes para andar como gatillos, que si de una montaña los bajamos, se suben luego á otra sin haber perdi-*

do nada. Entre tanto nos dejan estropeados y sin haber hecho presa alguna. Las familias las esconden en las quebradas de los cerros y solamente brincando como gatos, se les pueden encontrar: y despues de otras varias reflexiones, prosiguiò Oñate: *"V. S. desea la brevedad, tambien yo la deseo; pero hay que advertir que el tiempo en que nos hallamos no es á propósito para la guerra, porque se forman en estos valles con las aguas grandes ciénegas que embarazan las marchas y maniobras de guerra, principalmente á la caballería. Así es, que me parece mejor que descanse V. S. y aguardemos tiempo oportuno, porque solamente con su presencia estamos favorecidos."* Alvarado con resolucion replicó: que él habia de ir con su gente al Peñol de Nochistlan aunque no lo acompañase soldado alguno de la ciudad; que en cuatro dias queria pacificar la tierra, por convenirle así para seguir su viaje á las Californias. Esto averhonzó demasiado al gobernador Oñate, y despues de grandes debates entre los jefes y las tropas, se resolvió que el gobernador se quedase guardando la ciudad con su gente, y que el Adelantado con la suya fuese á atacar la fortaleza del Peñol de Nochistlan. Ya al salir Alvarado, oyó decir á Oñate: *¡Cuánto temo suceda una des-*

gracia ó desastre por no aguardar mejor tiempo! y ya impaciente contestó hablando á sus soldados: *la suerte está echada: á marchar, amigos; cada uno haga su deber, pues á esto venimos.* Oñate hizo las protestas correspondientes sobre una resolucion tan violenta y dispuso á sus soldados para el socorro que tenia por indefectible se habia de ver en la necesidad de dar.

La vanidad arrogante de Alvarado lo precipitó à buscar su última ruina; y aunque no le vino inmediatamente del combate que tuvo con los indígenas, ignorando los caminos y los peligros que se encuentran en las travesías, fueron éstos suficientes para humilarlo: salió Alvarado y su corta division para Nochistlan, en donde entónces estaba la mayor reunion de los indios; llegó y reconóció con la mayor atencion el fuerte, lo encontró amurallado y defendido con siete albarradas ó potreros, y acercàndose á ellos desmontó del caballo y dijo: *esto ha de ser así,* y comenzó a quitar piedras para abrir brecha. Los demás soldados lo siguieron haciendo lo mismo: los indios no les dieron lugar para tanto como deseaban y vinieron sabre ellos. A pesar de que los españoles los atacaran con rodela y espada en mano y con el fuego competente para rechazarlos, fué tanta la piedra manual que les dis-

paraban con las hondas, que á no retirarse Alvarado quedara cubierto con toda su gente, pues solo con la primera descarga destruyeron la primera albarrada. Mientras unos indios les disparaban una nube de piedras y de flechas, otros bajaban del Peñol á cortarles la retirada.

Puestos los indígenas á proporcionadas distancias formaron una media luna en que ya tenian envueltos á sus enemigos; pero Alvarado, desesperado en el peligro, rompió el sitio y dió órden de retirada. Cada paso que daban los castellanos era un riesgo, porque ayudados los indios de las quiebras del terreno, ciénegas y montes de nopales y magueyes, envolvieron á algunos españoles que murieron desastrosamente. Alvarado con los demás escapó solamente á favor de la velocidad de los caballos. Esta fuga precipitada hecha con bastante pérdida, fué el resultado de la temeridad de Alvarado en atacar con tan poca gente y en tiempo inoportuno á una reunion formidable de guerreros decididos á vencer ó morir. Pero ya se acercaba su última ruina.

Los indios, viendo á los españoles acobardados, los siguieron, aunque con la cautela que exijia el armamento tan ventajoso que aquellos tenian. El Adelantado pié á tierra hacia frente al enemigo

mientras avanzaban los demas, que á su vez hacian lo mismo para que él pudiera reunirse à los otros. Con este órden se hacia la retirada, cuando llegaron los españoles á una quiebra que hace la sierra á tres leguas de Nochistlan, que hoy llamamos las Huertas, y al subir la cuesta para Yahualica sucedió la catástrofe fatal con que el cielo quiso humillar al coloso. Caminaba Alvarado tras de un soldado llamado Baltasár Montoya, éste picaba demasiado al caballo porque le parecia que lo alcanzaban los indios: le hacia instancia Alvarado á que se sosegase y anduviese despacio; pero como el miedo no permitia á Montoya detenerse, siguió como ántes, y yéndosele los pies al caballo por la cuesta, ya rodando solamente el bruto, se llevó consigo à Pedro de Alvarado, dándole tantos golpes hasta el plano de la cuesta, que lo dejó sin movimiento. Volvieron los soldados españoles á su socorro y lo creyeron muerto; pero despues de algunas diligencias conocieron que solo estaba desmayado. Volvió del letargo y les dijo que tomase uno su casaca y baston para imponer respeto á los enemigos que aún no dejaban de seguir el alcance; pero siendo éstos ya pocos en número, se retiraron con los demas à celebrar, como era regular hacerlo, el triunfo conseguido.

Luego dispusieron los españoles un pavez ó parihuela para conducir en hombros á su jefe, que preguntado ¿qué le dolia? respondió: "*el alma: llevadme á donde la cure con la penitencia: lo sucedido ya no tiene remedio, esto merece quien se junta con tales hombres como Montoya.*" Lo condujeron luego al pueblo de Atenguillo y reconocieron habérsele quebrado algunos huesos, por lo que luego se creyó incurable su mal. Oñate, que temeroso del fatal resultado en la accion con los indios, habia salido con algunos de los soldados de la ciudad, habia observado desde un montecillo qué domina al pueblo de Yahualica, la retirada de los españoles, y sabedor de la desgracia de Alvarado, se apresuró á llegar al pueblo de Atenguillo: su sorpresa fué extraordinaria al saber que habian muerto más de treinta españoles y que el general no tenia remedio, que moriria sin duda alguna. Puesto en su presencia se vieron ambos sin poder hablar una palabra, sofocados del dolor: Oñate le echó los brazos y Alvarado prorrumpió: *¿Qué remedio hay amigos? Curar el alma es lo que conviene. Yo tuve la culpa en no creer á quien conocia mejor que yo la gente y el terreno. Yo me siento muy malo y pido por Dios me lleven á la ciudad para disponerme á morir.*

La contestacion de Oñate fué igualmente tierna, ofreciéndole cuanto valia para consolarlo, y se adelantó á la ciudad á disponer lo necesario para la curacion y consuelo del enfermo, despues de haber dado las órdenes convenientes para su conduccion. Encontró ya saliendo de la ciudad al Br. D. Bartolo Estrada, que le iba á administrar los auxilios espirituales, y solamente le encargó Oñate la brevedad; pero como los conductores de Alvarado violentaron lo posible la marcha, lo encontró el padre en un monte de pinos que hasta hoy se ve una legua ántes de llegar à Tlacotan, y allí mismo lo confesó.

Luego que llegó á la ciudad el Adelantado, hizo testamento mandando entre otras cosas que su cuerpo fuese trasladado á Goatemala, donde quedaba su mujer; y al fin, despues de diez dias de mortales dolores, murió el 4 de Julio de 1541. Los jefes de los destacamentos que dejó en varios puntos de la N. Galicia, se quedaron á las órdenes del gobernador, y la armada se volvió con poca tripulacion á Goatemala. Celebren otros historiadores la memoria de éste y otros conquistadores, miéntras yo los compadezco, porque ignoro si los excesos que cometieron en la conquista de estos Estados, podrán hacer contraste seguro para sus almas con el bien que trajeron á

los indígenas con la religion verdadera, no como objeto principal de sus expediciones, sino solamente porque ellos eran católicos.

Lá impresion que causó la muerte de Alvarado en México y en los pueblos conquistados de N. Galicia fué extraordinaria; pero no por eso se contuvieron los demas conquistadores en provocar la venganza de los indios, y enfurecidos los bandos de una y otra parte, se empeoraron las cosas de la N. Galicia. Las fortalezas que los indios habian levantado en varios puntos se cubrieron con un número grande de guerreros de los muchos pueblos que se levantaron, dando muerte à los encargados de las encomiendas y aun á algunos misioneros. Oñate trató de fortificar la ciudad mientras venia el socorro, que con más empeño pidió á México, y solamente destacaba una ú otra partida de descubierta para observar los movimientos del enemigo. Entre tanto que esto sucedia, llegó de México à resulta de la desgraciada muerte de Alvarado, que Oñate comunicó al virey, el capitan Juan de Monzivais con cincuenta soldados de caballería. Con ésto y las noticias de estar formando Mendoza un ejército para salir por sí mismo á destruir las fortalezas de los indìgenas sublevados en la N. Galicia, se alentaron las esperanzas de

los pueblos pacíficos, que ya desfallecian y trataban de desamparar sus hogares.

Era el 4 de Setiembre del mismo año cuando vieron en Guadalajara acercarse como cien indios armados; Oñate, que no dormia, mandó luego á Francisco Delgadillo con un trozo de tropa á reconocerlos: luego que se acercaron se reconocieron como amigos, y uno de los indios expuso á Delgadillo cómo el cacique de Atemajac mandaba presos con ellos unos treinta indígenas que habian ido á seducirlo á nombre de los caciques que se fortalecian en Nochistlan y el Mixton, para que se fuese con ellos si queria defenderse de los males que le esperaban con la dominacion española. Oido esto por Delgadillo, acarició à los conductores, é incorporado con ellos condujeron à la presencia de Oñate á los reos. Esta division de ánimos que presenta el caso prueba con evidencia la debilidad humana y el carácter servil de algunos indígenas que cooperaron tanto como las armas españolas á su conquista.

A los dos dias mandó ahorcar Oñate à todos los reos y dió las gracias como merecia al cacique de Atemajac, por su celo y buena disposicion hácia los españoles. No podia dejar de irritar los ánimos de los indígenas disidentes este suceso; y el 27 del mismo mes se dejaron ver los

valles de Tlacotan y Mascuala llenos de guerreros que venian á tomar venganza de tantos agravios. Bien prevenidos los españoles para defenderse, salieron de la ciudad á recibirlos y este movimiento impelió á aquellos valientes á echarse ciegos sobre las trincheras. Fueron recibidos con una descarga general de cañon y fusiles, y ya se deja entender cuál seria el resultado. El autor de la historia inédita que tengo presente dice: que llegó á correr la sangre de los indígenas por las calles de la ciudad; que llegó á tanto la temeridad de algunos indios, que sin órden ni combinacion alguna asaltaban la plaza y eran así víctimas de su arrojo inconsideradó. Alguno de éstos murió á manos de una mujer que como otras, armada de puñal defendia la puerta de su casa.

Resistido vigorosamente el asalto y muertos cuantos se acercaron ó entraron á la ciudad, salió por todas direcciones la caballería haciendo mayores destrozos, hasta que se retiraron los indios; pero como prometieron volver y habian muerto algunos españoles, y á más demoraba el auxilio de México, quedó la ciudad en la mayor consternacion.

El siguiente dia del ataque fué el 28 de Setiembre, y á propuesta de Oñate y por unanimi-

dad de votos del Ayuntamiento y vecinos se juró por patron de la ciudad al Sr. San Miguel. Bajo sus auspicios se resolvió tambien trasladar la ciudad tercera vez al valle de Atemajac al punto ya de antemano reconocido, y aprobado por todos al efecto, pór su amenidad y hallarse en medio de todos los pueblos más amigos y decididos por los castellanos. El mismo dia comenzaron los vecinos á trasladarse al llamado pueblo de Analco, dejando en Tlacotan solo la guarnicion competente para contener à los indios y observar sus movimientos.

Destruccion de las fortalezas de los indios. se decide su suerte para siempre.

Activó cuanto pudo el virey D. Antonio Mendoza las providencias necesarias para formar un ejército capaz de contenér la sublevación general que en el Norte de N. Galicia habian promovido los cascanes y otras naciones. Salió en persona á fines del año de 1541 mandando el ejército que fué de treinta mil hombres; los màs eran auxiliares mexicanos, tlascaltecas y tarascos, solo mil eran españoles, los más de caballería y los ménos de infantería y artillerìa: los víveres y municiones eran correspondientes á tan formidable ejército.

Sin el menor embarazo atravesó los territorios de México y Michoacan en sus límites, y al entrar á la N. Galicia por Coynan, que así se llamaba lo que ahora forma los partidos de la Piedad y de la Barca, encontró á los indios hechos fuertes en el cerro alto llamado Pajacuaran, que estaba cortado en varias partes con fuertes albarradas de piedra. Aquí se habian propuesto los valientes de Coynan y Cuiseo embarazar el paso al ejército mexicano; y si les fuera posible destruirlo. Les intimó el virey que se rindiesen y les perdonaria para que se retirasen à sus pueblos; su contestacion fué, la de que estaban resueltos á morir ó vencer.

Como á la vez se observase que no tenian agua en el fuerte, y que á horas excusadas bajaban varias partidas á subirla en cántaros de los bajos y del rio, se les fraguó por medio de los indios auxiliares la traicion más vil que se podia imaginar. A horas incómodas prepararon los sitiadores iguales partidas de indios con cántaros de agua del mismo rio que proveia á los del fuerte: ellos tuvieron aquellas tropas por suyas, y cuando ménos lo pensaron se encontraron dentro del fuerte con sus enemigos, estando ellos desprevenidos. Los auxiliares tirando los cántaros y armados de puñales, hicieron en sus

mismos hermanos la carnicería más hôrrenda. No hubo necesidad de más para vencer à aquellos valientes, porque conocido el engaño entró con ellos el furor y la desesperacion más inaudita y cruel. Por no rendirse se mataban unos á otros, algunos se colgaban de los árboles y se echaban para abajo de los crestones y quiebras del cerro, y hasta las mujeres y niños los precipitaban consigo. Las tropas españolas más bien subieron á contener la mortandad que á pelear, y libertaron cosa de dos mil indios de doce mil que eran los sublevados. El asesor de la guerra, que debia ser un tigre, consultó la pena de muerte para los dos mil cautivos; pero Mendoza, satisfecho con la sangre que se habia derramado, los dió por libres, mandándoles se fuesen á sus pueblos. ¡Lastimoso espectàculo por cierto, el que presentó el cerro despues de la accion; pero incapaz de mover los corazones de los que se deleitaban en contar las víctimas de su ambicion!

Despues que dió Mendoza algun descanso á su ejército, siguió su marcha por el cerro Gordo para Acatic, cuyo cacique y habitantes eran decididamente afectos á los españoles. La conducta poco patriótica que éste y otros jefes de los indios observaron, fué efecto de su ignorancia y

de los partidos en que encontraron los españoles dividida á la nacion.

Dió aviso el virey á Oñate de lo sucedido y de su aproximacion, salió el gabernador de Tlacotan con cincuenta hombres á recibirlo, llegó á su presencia y recibió las mayores demostraciones de aprecio del jefe de la N. España. Entraron en materia sobre los fuertes del Peñol de Nochistlan y del Mixton. *Yo y los mios,* dijo *Mendoza, venimos a militar bajo las órdenes de V., no sea que nos suceda lo que al Adelantado por haberse separado de las instrucciones de V.* No le vino mal esta expresion á la vanidad de Oñate, que en el acto expuso al jefe la necesidad que habia de sujetar más a los indios de lo que prescribian los decretos de los reyes de España. Le dijo que las libertades tenian insolentados á los indios, y que lo primero que se habia de hacer, era declararlos indistintamente esclavos: le hizo presente la urgencia de atacar lo más pronto posible las fortalezas de Nochistlan y del Mixton. *Estos indios, decia, cuantos más mueren, se multiplican mas: en doce años de conquista habremos matado en la N. Galicia quince mil hombres, y ahora tenemos mas de sesenta mil solamente en el Peñol de Nochistlan.* Cuando decia ésto Oñate no advertia que por las crueldades

que cometian los jefes y los encomenderos se habian decidido los indígenos à preferir la muerte á la más ominosa esclavitud, despues de haber sido privados de sus señores naturales, sus propiedades y posesiones.

Despues de algunos dias salió el ejército del virey para Nochistlan por Temacapulin y Mesticacan, haciendo alto en donde le parecia conveniente al jefe. Encontràronse los pueblos abandonados, pero con algunos depósitos de provisiones y víveres: se dió vista al Peñol, que por la multitud de los combatientes adornados de adargas y penachos de plumas de colores parecia un ramillete. A cuatro leguas se oyó la voceria y alaridos con que los indios acostumbraban, como lo hacen tambien hasta ahora, excitar su valor. Distribuyó Mendoza su ejército bajo la mejor disciplina, y asentó su real como convenia: mandó à Ibarra intimar rendicion à los indios del fuerte, solicitó el enviado al jefe, que ya he dicho era D. Diego Zacatecas, conocido tambien en la historia con el nombre de Tenamastle. *Yo os intimo*, les dijo Ibarra, *á nombre de nuestro rey, que bajeis del Peñol de paz, y os retireis á vuestros pueblos.* Tenamastle le respondió con intrepidez: *Yo tambien os requiero á nombre de los valientes que mando, para que os vayais en paz á*

Castilla. Nosotros estamos en nuestras tierras, y habeis venido de muy léjos á destruirnos. Ibarra le contestó que el virey de México era el que lo mandaba con aquella embajada, que allí estaba á la cabeza del ejército, y que tuviera entendido que si no se rendian, los hacian esclavos. Esto irritó demasiado los ánimos del jefe y subalternos que estaban presentes, y dijo D. Diego: *debeis estar locos, pues por solo vuestro querer habeis venido á provocarnos cuando estamos decididos á morir ó vencer en defensa de nuestras propiedades.*

Despues, haciéndoles cargo de la sangre que se derramase, rompió el fuerte el ataque, haciendo Tenamastle una seña á sus soldados para que avanzasen sobre el parlamentario; éste huyó precipitadamente, como ya lo habia hecho del mismo lugar otra ocasion, y fué tanta la vocería y ruido de las descargas de piedras, que se extremecieron los valles.

Despues de otras embajadas despachadas como la primera, determinò Mendoza á los tres dias romper el fuego sobre la fortaleza. Quince dias continuos defendieron sus libertades y las de toda la Nacion en este punto los indígenas, con tanto valor y esfuerzo, que decia Mendoza: *vergüenza es nos hayan tenido tanto tiempo en*

continua accion sin desalojarlos de su puesto, y creo que ántes de vencerlos han de mudar el cerro de su lugar á nuestro campo. Y era así, porque de tantas piedras que despedian, formaban sus trincheras, y ganando terreno desalojaron al virey del punto que tenia.

Por último, estos impertérritos defensores de su patria se rindieron porque les faltó el agua de un pequeño manantial que habia en el fuerte, y por la defeccion de uno de los principales caciques, que á horas excusadas se salió de la fortaleza con dos mil indios y sus respectivas familias.

Murieron en el sitio, que duró veinte dias, seis mil guerreros, se dispersaron algunos y otros fueron á engrosar las filas de los defensores de la fortaleza del Mixton. Quedaron solo mil prisioneros encargados á la guarda de Miguel de Ibarra: éste se desentendió de los infelices y les dió libertad, por cuyo hecho fué acusado de traicion ante el virey; pero se disimuló éste de la acusacion: tal vez habian procedido de acuerdo para poner en libertad á los prisioneros por no tener con que mantenerlos.

Temiendo justamente los españoles que por el refuerzo que recibian los sublevados del Mixton con los dispersos de Nochistlan se aventura-

se el buen éxito de la accion que meditaban sobre aquel punto, inmediatamente movieron el campo. Ya los aposentadores habian provisto de víveres y forrajes los puntos intermedios, y el ejército llegó en tres dias al frente del Mixton, que está cerca de Juchipila. Aquí le ocurrió à Mendoza el escrúpulo más raro que podia tener un conquistador, y juntando á sus subalternos les consultó: *¿si seria justo hacer aquella guerra á los indios?* A pesar de ser tan imprudente la consulta, no fué tan unánime la contestacion, por lo que se observó y se dirà despues.

Comenzó el ataque de la fortaleza, en la que habia más de cien mil combatientes. Esta extraordinaria multitud fué una de las causas que cotribuyeron á acelerar la conclusion del sitio, porque no habia los bastimentos necesarios para tanta gente. Fué tal la desesperacion con que allí pelearon los indios, que se bajaban precipitadamente y se metian hasta clavarse en las puntas de las espadas y lanzas de los españoles por medio del cuerpo y caian muertos á sus pies.

Los indígenas del Tevul cometieron entónces la más vil traicion que se pudo imaginar contra sus hermanos y compañeros de armas. Es el caso que convocados á la defensa de la patria, se mostraron primero indiferentes; viendo los genera-

les indígenas su desentendimiento, les mandaron una embajada como merecian, amenazándolos para despues de la accion y prodigándoles algunas injurias: el resultado fué ir los tevultecos á la reunion del Mixton en número de mil; pero ántes de esto se pusieron de acuerdo con los jefes españoles para hacer traicion. Llegaron al frente diciendo á los sublevados que los venian á enseñar á pelear. Al comenzar el ataque bajaron á la vanguardia, y tirando ellos al aire y correspondiendo lo mismo los castellanos, vinieron á su defensa los demas indios en gran número, que fueron luego víctimas del fuego del cañon y fusil que les dispararon los enemigos. Pronto se decidió la accion por los españoles, murieron en este sitio más indios que en las batallas anteriores, y probablemente allí acabaron su carrera los màs valerosos jefes, porque despues no se supo más de ellos.

La historia de Mota Padilla que tengo á la vista, dice, que Santiago se apareció en el Mixton matando indios. No es la primera vez que los conquistadores ocurren á la intervencion de los santos para cohonestar y autorizar sus crímenes. ¿Qué tenia que hacer Santiago con los inocentes indígenas, que solamente se defendian de una agresion injusta? ¿Serán más indulgen-

tes los hombres que los santos, como lo vemos en los privilegios que las leyes les conceden à los neófitos, aun en delitos enormes y en la excepcion de ciertos deberes comunes á los demas hombres? No es mi intento hacer una apología de los defectos en que pueden haber incurrido los indígenas aún despues de haber recibido muchos de ellos la religion; pero debemos confesar que el mayor milagro qué hizo Dios con los indios, fué que recibieran con tanto gusto y aficion una religion que los españoles les trajeron en la punta de la espada y en la boca del cañon.

Concluida aquella accion que remachó para siempre los grillos ó la esclavitud de los indios, aún se habian quedado ocultos en una quiebra del cerro más de seis mil, sin duda resueltos à morir de hambre àntes que entregarse á sus enemigos. Sabedor de esto el virey, trató de que entrasen los soldados sobre ellos á acabarlos á fuego y sangre, y oida semejante resolucion por los misioneros que con otros capellanes estaban en el ejército, se fué al virey con la mayor intrepidez el P. Fr. Antonio Segovia, y le dijo: *Basta ya, señor, de justicia, dése lugar á la misericordia. Yo me obligo á subir al cerro y me prometo con el auxilio de Dios reducir á esos infelices y traerlos á pedir la paz.* Suspendió el

virey la respuesta sorprendido del valor del padre, pues le parecia que no debia exponer su vida á la venganza de los indios; pero el celoso ministro lo decidió diciéndole que contaba con Dios, á quien dejaba de fiador de su vida. Aceptó al fin Mendoza la propuesta, y tomando dicho padre por compañero al P. Fr. Miguel de Bolonia, sin más armas que el Breviario, una imágen de Cristo y otra de la expectacion de María Santísima, que cargaba en un nicho pequeño, y es la misma que hoy se venera bajo la advocacion de Nuestra Señora de Zapopan, subió al cerro del Mixton: á las 36 horas salieron con los PP. más de seis mil indios de paz, y cumpliendo su palabra el virey, fundaron nuevamente con ellos los mismos misioneros el pueblo de Juchipila en el lugar en donde hoy se halla.

Algunos de los dispersos proyectaron hacer el último esfuerzo en el paso del rio por donde el virey salia para Etzatlan y otros puntos que determinó visitar. Esto lo hicieron bajo la direccion de un español llamado Cristóbal Romero, que ó compadecido de los indios ó agraviado de los suyos, dirijia la maniobra; pero frustradas por las providencias militares del virey, fueron todos aprehendidos y sentenciado á muerte Cristóbal Romero. Pidieron los oficiales subalter-

nos con mucho empeño el indulto de la vida del reo principal, se les concedió, y los indios fueron conducidos á México y declarados esclavos se repartieron entre los oficiales del ejército. Al paso del rio se le dió el nombre de San Cristóbal por la defeccion de Cristóbal Romero.

Pasó D. Antonio Mendoza con sus tropas el rio de Tololotlan ó Santiago con direccion á Etzatlan: pensaba visitar todo lo conquistado por Guzman; pero los españoles y mexicanos, tratando de descansar de una jornada tan penosa, le instaron por su pronto regreso á México. Oñate y los demas jefes de la N. Galicia apoyaron la solicitud por haberse pacificado completamente el país, y así, recorriendo solo algunos pueblos y la laguna de Chapala, atravesó el virey el reino de Michoacan y llegó á México, en donde fué recibido, como era de esperarse, con los honores del triunfo que habia conseguido.

No regresaron muchos de los que habian salido con Mendoza, porque en las batallas murieron algunos y otros se quedaron establecidos en la N. Galicia. Lo mismo sucedio con muchos de los soldados de Alvarado, y ya no se trató despues de otra cosa sino de colonizar y reponer los pueblos que quedaron destruidos con la guerra.

Desde ese tiempo comenzaron los indios á hacer incursiones y avances sobre los españoles, bajando de las sierras adonde se habian ido muchos, y esto estimulò á los gobiernos á poner puntos militares llamados presidios, para ocurrir á la defensa de las poblaciones. Estos puestos se fueron retirando sucesivamente conforme crecia la colonizacion, hasta los puntos en que hoy se hayan.

Fundacion de pueblos, villas y ciudades, y otros sucesos notables.

Como en los tres meses que duró el sitio de las fortalezas de los indígenas, nada se pudo hacer sobre la fundacion de Guadalajara que de antemano se habia determinado, luego que se vieron las autoridades libres de los cuidados de la guerra, se comenzaron á juntar para realizarla los vecinos ántes reunidos de Tlacotan, que se hallaban unos en Tonalan, otros en Tlajomulco y otros en Tetan. Aquí habian establecido tambien los misioneros su principal residencia ó convento; pero en virtud de la resolucion de mudar la capital, se pasaron al lugar designado para la nueva fundacion. En Tetan se publicó el bando de reunion de los que quisieran poblar, y todos se hallaron juntos en el punto en que hoy es-

tá la ciudad de Guadalajara, el dia cinco de Febrero de mil quinientos cuarenta y dos.

Fueron criados por el gobernador Cristóbal Oñate dos alcaldes y tres regidores, á saber: Fernando Flores, Pedro Placencia, Miguel Ibarra, Diego Orozco y Juan Zuvía: para párroco quedó nombrado el primer capellan que entrò con Nuño de Guzman, que fué el Br. D. Bartolomé Estrada, y para vicario suyo el Br. D. Alonso Gutierrez María. La doctrina de los misioneros se puso en San José de Analco y este fué el segundo convento de los PP. de San Francisco y el primer custodio de toda la mision fué el P. Fr. Antonio Segovia.

Si dijéramos que á estos pádres se les debió la pacificacion de estos Estados, la civilizacion y los demas incrementos que tuvieron, no debia tenerse por hipérbole. Fué el más prodigioso contraste para la felicidad de estos pueblos, el que formaban por una parte el orgullo, la austeridad y tiranía de los conquistadores y encomenderos, pues los màs no pensaban sino en destruir y aniquilar á los indios para enriquecerse á sí mismos, y por otra el celo por el bien de las almas y el interés en propagar la religion, artes, industria y civilizacion con que se distinguian los misioneros.

Hasta el año de 1542 en que les dieron solar para su primer convento en el pueblo de Tetan, su vida fué verdaderamente apostólica. En los 12 años de su primera entrada con Nuño de Guzman y Francisco Cortés, anduvieron por lo comun à pié mendigando el sustento de los mismos gentiles, porque sin temor ninguno andaban separados de los ejércitos, y solos por los pueblos catequizando y bautizando á los que estaban moribundos. A esto les ayudaron mucho los neófitos que bien, instruidos por el V. P. Fr. Pedro Gante, sacaron al efecto de México.

La cosecha que hicieron para el cielo estos PP. en la gran peste que sobrevino al aparecimiento del cometa de 1531 fué tanta, que segun la historia que sigo, solo quedó de la poblacion de estos Estados la quinta parte, y los más de los indios murieron bautizados. Hubo entónces misionero que administraba cinco cabeceras de partido que comprendian muchos pueblos, y recorriéndolos como una exhalacion, apenas se le murió alguno sin los auxilios espirituales.

El hecho de recibir los indios la religion que se les predicaba, al mismo tiempo que se les imponia por los conquistadores el yugo de una dominacion extranjera, es prueba evidente de que los indígenas jamàs fueron enemigos del cristia-

nismo; pero aunque lo recibieron con tanto amor y sucumbieron à la agresion injusta de los españoles, nunca reconocieron lo primero ni lo segundo como un tìtulo para ser dominados y quedar privados para siempre de su libertad, posesiones, reyes, reinos y señoríos.

El carácter suave, dulce y dócil de los indígenas, alentò tanto á los misioneros, que no tuvieron el menor embarazo para colonizar de nuevo el Estado despues de las guerras y formar los pueblos á su arbitrio. Los indios de Tetan, luego que vieron que los padres mudaban su convento á San José de Analco, abandonaron voluntariamente su pueblo y lo trasladaron al mismo punto donde se fundó el convento, y le dieron el nombre de *Analco,* que en su idioma quiere decir, *del otro lado del rio.*

Los muchos mexicanos dispersos que ya no volvieron á sus tierras, pidieron pueblo y se les fundó al Sur de la ciudad el llamado pueblo de Mexicalzingo. Con los dispersos de los mismos pueblos de los Estados recien conquistados, que ya no quisieron volver á ellos temerosos de las justas reconvenciones de sus caciques, se fundaron otros de nuevo y algunos se repusieron de sus pérdidas. A Tonalan y Tlajomulco vinieron los de Juchipila: á Santa Anita, San Agus-

tin, Santa María y Toluquilla, los de Aposol, Jalpa y otros: à Zoquipa los de Tlaltenango y à Zapopan los de Jalostotitlan: y así de unos pueblos se fundaron otros muchos. Los que tenián mucha poblacion y eran de mayor antigüedad en tiempo del gentilismo, fueron Tonalan, Tlajomulco, Atemajac, Chapala, Coscomatitlan y Tlaquepaque, hoy San Pedro, que tenia más de seis mil familias.

A Zapopan vino el P. Fr. Antonio Segova,i como dije, con los indios de Jalostotitlan, en donde puso su última residencia y doctrina; y colocó en su iglesia la portentosa imágen de Nuestra Señora de la Expectacion que trajo de su convento de la provincia de la Concepcion de Castilla la nueva. Era entónces la imágen de medio cuerpo, la conducia consigo mismo en un pequeño nicho, y fué su compañera en todas sus penosas peregrinaciones: se le formó el medio cuerpo que le faltaba y es la misma que ahora venera la N. Galicia, como primera imágen de María Santísima que fué conocida y venerada por los indios; que concurrió con su proteccion á la pacificacion del reino; y que desde entónces es el comun asilo en todas las necesidades pùblicas y particulares.

En medio de la exaltacion de pasiones exci-

tadas por las guerras que provocó la conquista y de la disolucion causada por la horrible peste que sobrevino, hicieron los misioneros en los pueblos iglesias provisionales, que despues de la pacificacion se edificaron con la suntuosidad con que en el dia las vemos. Imitando lo que estableció en Michoacan el P. Fr. Martin de Jesus, dedicaron los misioneros de la N. Galicia iglesias y casas para hospitales; no solamente para recojer los enfermos de los campos y de las barrancas, sino aun para proporcionar posadas á los peregrinos. Aún se ven en toda la N. Galicia estos establecimientos y los indios los conservan con el mayor respeto. Tanto las parroquias como los hospitales estaban dotados con los fondos que se llamaban de cofradías, que los misioneros fundaron y enseñaron á conservar.

Ninguno de estos establecimientos ha merecido la aprobacion de los amantes de la humanidad del siglo diez y nueve, porque el gobierno patriarcal de los misioneros que los fundaron y conservaron con tanto trabajo para explendor del culto y gastos municipales de los pueblos, no tenia la virtud de hacer de una hora á otra que un hombre sin calzones ni camisa fuese dueño de un caudal cuantioso, sin más título que el de hacer un denuncio, resolviéndose al hacerlo

á dejar sü religion, sus principios, su educacion y aun la vergüenza para recomendarse.

La destruccion de los fondos de piedad que en más de 300 años han moderado los trabajos de los indígenas, consuma en nuestros dias su desgracia. Cuado pudiera mejorar su suerte política, solamente se dictan providencias para precisarlos á entregarse à la inmoralidad y el desórden, y así es que despues de tantos bienes que se les han prometido y se han quedado en pomposas palabras, ni han salido ni saldrán de la esclavitud de hecho á que los redujeron los conquistadores, y en que ahora los mantienen sus descendientes, sin más diferencia que el que aquellos los herraban como animales de servicio y éstos los burlan dispensándoles el título de ciudadanos.

La conducta bárbara de hacer esclavos á los indios en la conquista se autorizó y generalizò tanto, que sorprendido el soberano español de los informes de los jefes, llegó á determinar por cédula que se declarasen esclavos solamente los indios rebeldes á su servicio, y que los sellos con que se marcaban estuviesen en una caja con llave, y que ésta la guardase el justicia mayor. Digo que el monarca fué sorprendido, porque el espíritu de los primeros reyes fué dejar en su li-

bertad natural á los indígenas, como consta de otra cédula dada por Carlos V, en que mandó que ninguna persona osase tomar en guerra, aunque fuese justa, ni por rescate, ni por compra, ni por otro título ni causa, á ningun indio por esclavo, pena de pérdida de todos su bienes. El emperador y rey no solo trató de la libertad de los indios, sino que aun dió providencias para que se llavasen á España algunos jóvenes para que se instruyesen y fuesen capaces de venir á gobernar á los suyos, y fué tanto su empeño en el particular, que mandó títulos de alcaldes y regidores en blanco, para que se diesen dichos empleos á los indios que fuesen capaces de desempeñarlos.

Los que ésto lean con sana crítica, no dejarán de formar el concepto que merecen los primeros soberanos españoles que gobernaron las Américas. respecto de los posteriores. Yo solamente diré, que si á los primeros les pudo indemnizar su conciencia la buena intencion y la ignorancia del comportamiento de los conquistadores, à los que despues les sucedieron y que llegaron á imponerse perfectamente de la injusta extincion de las dinastías de los reyes naturales del pais y de los agravios é injurias que les infirieron los jefes de los conquistadores, sin haberles indemni-

zado jamàs de tantos males, se les debió preparar el más severo juicio en los ojos de Dios.

La conducta de los Pontífices romanos con los indios no ha sido tan equívoca como la de los reyes, porque desde el principio han favorecido la civilizacion y reduccion de estas infelices naciones á la fé católica con el mayor empeño y las más amplias facultades y privilegios. La iglesia americana ha sido para el padre universal la hija menor y predilecta entre la gran familia, sin que hayan desmentido de su conducta primera hasta nuestros dias. El mérito que se hace de la resolucion de Alejandro VI, sobre cesion de las Américas á los reyes de España, es el mismo que sobre otras cuestiones de gran momento se ha hecho en otros tiempos, y tiene una explicacion obvia para quien se rige por la sana razon y no por las preocupaciones. Hasta la evidencia demuestra el P. Lascasas que de las palabras de la bula de Alejandro solamente se infiere haberles concedido el Papa à los reyes españoles el derecho general de proteccion, y añade: "No permita Dios que se diga haber dado la silla apostólica en propiedad á los reyes lo que por derecho natural pertenecia á los indios." Digo ántes que con igual mérito habia dictado la silla apostólica resoluciones sobre otros nego-

cios de grande importancia, pues no fué la posesion de las Américas el único en que para evitar grandes trastornos políticos ocurrieron los reyes á la decision del Sumo Pontífice como á la de un tercero en discordia, fuese considerándolo como padre universal de la iglesia, ó como un soberano temporal à quien se le daba el derecho de intervencion para cortar las diferencias suscitadas entre los hijos de la iglesia. A estas reflexiones que vindican la memoria de los Sumos Pontífices, debo agregar como un testimonio irrefragable de su buena disposicion hácia los indios, que habiendo llegado á noticia de Pablo III que algunos conquistadores les negaban la racionalidad, para autorizar los atentados que cometian contra ellos, expidió en 10 de Junio de 1537 un breve por el que declara errónea la opinion que el enemigo del género humano habia inspirado á los españoles para publicar que los indios no eran hombres. "*Pero Nos,* (dice) *que aunque indignos en la tierra, tenemos la autoridad de Jesucristo para el bien de las almas, declaramos que los indios, como verdaderos hombres, no solo son capaces de la fé católica, pero aun estamos informados que la apetecen con mucho deseo, y determinamos que los dichos indios y demás gentes que de aquí adelante llegaren á*

noticia de los cristianos, aunque estén fuera de la fé católica, que en ninguna manera han de ser privados de su libertad y del dominio de sus bienes, y que de ningun modo se pueden hacer esclavos; y si lo contrario se hiciere, sea de ningun valor ni efecto."

Por la prohibicion de hacer esclavos sustituyeron los españoles el llamado derecho de tributo y lo exigieron generalmente de todos los indígenas hasta nuestros dias, en que felizmente se reunieron tan poderosa scircunstancias, que hicieron declarar á los indios exentos de esa ominosa contribucion y de otras que los habian reducido á vivir en la mayor miseria. La introduccion de los negros de Africa se permitiò para subrogar la esclavitud extinguida de los indígenas; pero fué fuera de tiempo, porque habian muerto ya y se habian consumido los infelices indios en los fuertes trabajos á que los aplicaron los españoles y tambien por la extraccion que de ellos se hacia, sacándolos en los barcos á vender á las islas, de donde no volvian más á sus tierras. Así consta haberlo hecho Nuño de Guzman por las costas del Pànuco de Tampico. De la introduccion de los negros vino la division odiosa de castas que fomentaba el fanatismo político y que justamente han abolido nues-

tras leyes, porque siempre será verdad lo que se refiere en una anécdota de la vida del gran pontífice Pio VI, que decia: ni hay esclavo que deje de descender de algun rey, ni rey que deje de descender de algun esclavo.

Forma que recibió el gobierno de la N. Galicia.

Pacificada en lo posible la tierra del modo ya expresado, se pensó más despacio en la colonizacion y arreglo de la Nueva Galicia. Á más de los muchos europeos que como encomenderos ó como colonos se hallaban dispersos por todos estos reinos, los que poblaron la capital fueron veintidos estremeños, nueve montañeses, nueve andaluces, nueve portugueses, seis castellanos y seis vizcainos. Los más se casaron legal y religiosamente con las indias principales, de donde comenzó á progresar la poblacion de los llamados criollos, y despues españoles americanos. Por las mezclas de españoles, indios y negros, se distinguieron y subdividieron hasta veintidos castas que se tenian muy presentes, pues se reputaba infamante el descender por alguna línea de los negros. Los que nacian en aquel tiempo de ilicito Ayuntamiento, se llamaron montañeses, y estaban privados de optar empleos públicos.

Todo el país de Jalisco, con poca diferencia, es de un mismo temperamento: sus costas al mar pacífico son sanas, aunque muy calientes, y sus producciones exquisitas: en el partido de Autlan se cosecha la cochinilla con abundancia; en el mismo partido y los limítrofes hay superior cacao no desemejante al de Soconusco. Este ramo de agricultura que se ha desatendido por la apatía de los propietarios de las tierras, actualmente tiene algunos empresarios. Los lagos de Colima, Atoyca y Zapotillo son un manantial de riqueza por la buena sal que producen: la costa de Sentispac ofrece una inmensa cosecha de camaron, robalo, mero, ostion y otros mariscos, con cuya pesca y expendio á las más remotas distancias se han formado no pocos caudales en las poblaciones inmediatas. En la costa de Navidad se cría una ostra pequeña que trae en sus entrañas el encarnado màs fino que se ha conocido, porque jamás desmerece. El volcan de Colima, aunque ha causado algunos terremotos muy perjudiciales de tiempo en tiempo con sus horrorosas erupciones de fuego, por la nieve que se deposita en su cima mitiga los ardores del verano y ministra un material inmenso para la nieve artificial. Sobre, todo hay variedad de aguas y todas muy saludables para be-

ber, sin que falten en algunos puntos las termales para la curacion de varias enfermedades.

La nueva poblacion, la industria y el comercio han hecho que tan feraces tierras hayan proporcionado á sus colonos la abundancia, abasteciéndolos de los granos que forman el elemento principal de su subsistencia y el patrimonio de sus hijos. Es corriente allí que el trigo produzca cuarenta por uno y el maiz doscientos. En tiempo de la conquista valia solo un real una fanega de maiz, un carnero dos reales, ocho gallinas un real y así lo demás proporcionalmente: despues se han alterado los precios equilibrándose segun las necesidades y conveniencias del comercio y la mayor ó menor abundancia de las cosechas.

Los indios no han sido ménos dedicados que los criollos y europeos á la agricultura, la industria y el comercio, porque los misioneros, al mismo tiempo que les dieron religion, los enseñaron à trabajar, y para que hubiese órden y una igualdad proporcional en los diversos ramos de comercio, dedicaron exclusivamente á un ingenio particular á cada pueblo. Así es, que unos fabrican loza fina y olorosa, como Tonalan y Santa Cruz; otros loza ordinaria, como San Pedro y San Martin; otros zapatos, otros cedazos

y otros equipales, petates y otras cosas necesarias á la conservacion y comodidad de la vida. El primer misionero que estableció este equilibrio ingenioso en el reino de Michoacan, fué el P. Fr. Martin de Jesus, el mismo autor que fué de la instalacion de los hospitales. Algunos se lo atribuyen el señor obispo de Michoacan D. Vasco de Quiroga; pero este señor aún era oidor en México cuando ya se habian establecido los hospitales en ambos reinos.

Sobre cuanto he expuesto es recomendable en la N. Galicia la memoria de la primera mina que se descubrió en todo el reino y que duró más de dos siglos en bonanza. El caso es que habia muerto en Compostela en 1542 el capitan D. Pedro Ruiz de Haro, y habiendo dejado en suma pobreza á su esposa Doña Leonor de Arias con tres hijas, se retiró ésta señora à vivir á una labor que tenia y se llamaba Miravalles. Como era india no le faltaba que comer en aquel retiro, por los paisanos y parientes que la socorrian. Estando un dia sentada en el portalillo de su casa, llegó un indio suplicándole le diera de comer; lo verificó graciosamente, y á los tres dias volvió el mismo diciéndole que le venia á pagar los buenos oficios que hacia con él, y le dió una piedra que lo más era plata vír-

gen; al mismo tiempo le dijo que le daba tambien la mina, que estaba en el cerro de Tolotlan, que buscara gente que la trabajara, y esperaba en Dios que habia de sacar tanta plata que en atajos la habian de conducir. La mina se llamó del Espíritu Santo, y se cumplieron los deseos del buen indio; Doña Leonor tituló à su hija mayor marquesa de Miravalles, y de ella descienden los que aún subsisten de su familia con el mismo título.

A poco tiempo se descubrieron los minerales de Guachinango, de San Sebastian, de Ahualulco y el de Zacatecas, y se siguieron descubriendo otros no solamente de oro y de plata, sino tambien de estaño, azogue, fierro, cobre y otros metales. Estos descubrimientos llamaron la atencion a muchos que vinieron de México y aun de España á colonizar la N. Galicia. La prosperidad de los particulares llegó á tanto, que Cristóbal Oñate que se avecindó últimamente en Zacatecas, llegó á poner mesa comun, á que se llamaba con campana á cuantos quisieran ir á comer; no es, pues, de extrañar que aún subsista una porcion considerable de su grande caudal en uno de los extinguidos mayorazgos de Guadalajara. Este y otros caudales, que por la mayor parte acumularon los europeos, no se han

echado ménos en la N. Galiciaen los trescientos años de la dominacion española: pero los más han tenido la desgracia de caer al fin en las manos disipadoras de algunos herederos que sin dedicarse á trabajar, supieron gastarlos, no dejando á sus hijos otra cosa que la historia de sus escándalos y los tìtulos inùtiles de su nobleza.

LIBRO CUARTO.

Conquista de Sinaloa y Sonora.—La de Zacatecaz.—La de Durango y Chihuahua.—La de Coahuila y Tejas.—La de N. Leon y Tamaulipas.—La de N. Méxrico.—La de Californias. —La del Nayarit.

Jornadas de los conquistadores de Sinaloa y Sonora.

Siguiendo el órden de los tiempos en que invadieron los conquistadores españoles los reinos independientes del Imperio mexicano, debo seguir con las noticias que hay de la conquista de Sinaloa y Sonora, hecha por los mismos que invadieron los reinos de Tonalan y Jalisco. Están esos departamentos al Noroeste de Jalisco: por el Oriente tienen las altísimas y ricas sierras de Topia, que van declinando al Norte: por el Occidente las costas del golfo de Californias y el rio colorado: por el Norte se extienden las innu-

merables naciones de indios bàrbaros, que en gran parte son desconocidas y cuyo territorio no ha sido invadido hasta ahora, por cuya causa se ignoran sus verdaderos límites. En la costa Occidental están situados los puertos de Mazatlan y Guaymas, que sirven de escala para la navegacion de Californias. No gozan los habitantes de esos departamentos de toda la prosperidad que deberian proporcionarles los elementos que poseen, à causa de las irrupciones frecuentes de los bárbaros desde el tiempo de la conquista. El temperamento es caliente á pesar de estar entre los grados 27 y 32 de latitud N. La mayor parte del territorio es llana hasta la sierra, de donde descienden muchos y caudalosos rios que lo riegan y fertilizan: es muy célebre el Colorado que divide la Sonora de la Alta California, sus arenas son un rico placer de oro, y de que no se disfruta por estar pobladas sus márgenes de naciones bàrbaras. Los montes abrigan fieras de todas clases y forman selvas espesas de maderas exquisitas, como brasil, ébano, palo-fierro y otras.

Por las noticias que habia en México de la prosperidad de las costas occidentales del continente, habia procurado Fernando Cortés descubrirlas y conquistarlas; al efecto habia mandado

por Acapulco algunos barcos expedicionarios, de los que no volvió á tener noticia por haber naufragado y perecido su tripulacion en la costa, como se verá despues y aunque Nuño de Guzman estaba ya persuadido de haberse desgraciado aquella expedicion, aún temia que otro le quitase la gloria de conquistar y descubrir dichas costas: así es que despues que en los reinos de Jalisco y Tonalan no hacian otra cosa ya sus tropas que acabar de asolarlos y destruirlos, determinó internarse á descubrir las tierras y costas que buscaba, dejando competentes guarniciones en varios puntos. Era el invierno del año de 1530, y llevando consigo á los mejores capitanes, dirigió sus marchas por la llamada provincia de Acaponeta: allí arregló los cuerpos de tropa, y habiendo salido despues de algunos dias para Sinaloa y Sonora, llegó á un puerto que por su amenidad le pareció muy á propósito para formar una villa, lo que verificó dándole el nombre de Chamela.

Aquí se vió precisado à demorarse mucho, á causa de dos fenómenos raros de la naturaleza que sobrevinieron en ese tiempo: uno fué el gran cometa de que he hablado ya en el libro anterior y que causó en el ejército los mayores estragos por la peste desoladora que con más fu-

ror que en otras partes cundió entre la tropa y se llevó la mayor parte de los auxiliares que habian venido de México y Valladolid; el otro fué una inundacion en que se perdieron no solo los bastimentos, sino tambien las municiones y vestidos militares. En tal conflicto determinó Guzman pedir auxilio á los jefes que presidian los reinos conquistados y á México tambien, porque consideró insuficientes los que le mandarian sus subalternos; y tuvo la fortuna de que Juan Sanchez, encargado de este negocio, volviese bien despachado de México, trayendo nuevas municiones, vestidos y más de tres mil indios de Colima, Sayula, Tonalan y Jalisco, cargados con víveres.

Con tan considerable refuerzo emprendió la invasion de todo el territorio de Sinaloa y Sonora: llegó á Culiacan, allí le pareció conveniente fundar una villa dedicada á Sr. San Miguel, y al efecto hizo creacion de alcaldes y regidores y designó los soldados que debian quedarse à colonizar tan importante punto. Estuvo en Culiacan más de un año, y no pudiendo alejarse tanto de los reinos de Jalisco, de donde continuamente ocurrian á el sus subalternos con diversos negocios, resolvió formar tres trozos de la gente que le acompañaba, para que siguiesen la con-

quista del interior, y volverse él á Jalisco, en donde consideraba muy necesaria su presencia.

Una de las divisiones expedicionarias se puso á las órdenes de Pedro Almendez Chirinos, para que invadiese todas las poblaciones que hubiese por todo el rio de Petatlan y provincia de Sinaloa; la segunda, á las órdenes de José de Angulo, para que invadiera lás costas del golfo de California; y la tercera, á las órdenes de Cristóbal Oñate, para que entrase por el Hostial y Capirato. Nuño de Guzman ejecutó felizmente su salida de Culiacan y su arribo á Jalisco, en donde tenia su cuartel general.

El resultado de las expediciones conquistadoras fué vario y no surtió los efectos que se habian propuesto los jefes. El territorio era muy dilatado y sus límites desconocidos, las naciones que lo ocupaban muchas y no tan dóciles como las de Jalisco, los soldados españoles pocos y los auxiliares muy viciosos é insubordinados. El primero que salió, que fué Chirinos, llegó al rio y valle de Petatlan, valle feracísimo en que se producen con abundancia toda clase de semillas y se crian aves y cuadrúpedos de todas especies, principalmente los más útiles para alimento y regalo del hombre. Antes de llegar á las principales poblaciones contuvo su marcha un escua-

dron bien ordenado de indios de guerra que le intimaron retrocediese y se volviese á sus tierras, porque si otra cosa intentaba pereceria él y todos sus soldados. Capitaneaba el escuadron un indio cubierto de una tilma bordada de perlas rústicamente dispuestas: éste es adorno comun de los jefes de aquellas naciones que por la inmediacion á las costas del golfo de Californias tienen abundante pesca de perlas y otras preciosidades de que abundan aquellos mares. A la intimacion de los guerreros contestaron los españoles con los requerimientos de estilo, y no obedecidos como era regular, comenzó la batalla, cuyo campo quedó por los conquistadores con muerte de muchos indígenas. Lo más singular de esta accion fué haber encontrado entre los despojos de los indios espadas españolas, cuchillos, ropa y otros utensilios que manifestaban haber entrado al país alguna gente europea de que no habia noticia alguna. Luego que entró el ejército á la primera poblacion, en que se encontró alguna gente, se hizo la averiguacion del motivo de hallarse en aquellos pueblos aquella clase de armamento, y se supo ser de algunos españoles que años àntes habian venido á las órdenes de D. Diego Hurtado de Mendoza al descubrimiento de las Californias por órdenes de

Fernando Cortés, y que habiendo naufragado en aquella costa y escapado los más de la muerte por entónces, perecieron todos despues á manos de los indios.

Siguió Chirinos descubriendo tierras hasta el Yaqui, y como en el territorio intermedio no se encontrasen suficientes víveres ni agua potable, entró peste entre los auxiliares y murieron múchos, sin que el daño se pudiera remediar sino contramarchando á las tierras más pobladas. En uno de aquellos pueblos encontraron los españoles noticia de haber no lejos de allí al Norte, alguna gente europea que de algun tiempo ántes se mantenia entre los indios, y á pesar de que Chirinos trataba ya de volverse á Jalisco por lo mucho que habiá padecido sin fruto alguno, despues de tantos trabajos y pérdidas, le alentó demasiado la esperanza de encontrar á sus paisanos que suponia le ayudarian mucho en su expedicion. Efectivamente, caminando con direccion al Norte, observó un dia que la vanguardia de su ejército se sorprendia por algun motivo extraño, y fué por haber encontrado con una partida de indios en que uno de los que allí venian dijo en alta voz, *gracias á Dios.* Hicieron alto todos hasta que llegó el ejército, y luego se reconoció que venian entre los indios algunos españoles: con el mayor

placer se saludaron todos, y preguntados los aventureros quiénes eran, respondieron ser seis soldados extraviados de la armada de Pánfilo de Narvaez, que desembarcó en la Florida, y que milagrosamente habian encontrado hospitalidad entre aquellos bárbaros que los acompañaban: que eran Juan Núñez, Dorames, Cabeza de Baca, Castillo, Maldonado y el negro Estebanillo: que á causa de haber curado con feliz éxito á los indios que los cautivaron, en una epidemia que habian sufrido, los dieron por libres; que en tal situacion se determinaron á catequizar en la religion á aquellos indígenas: que deseando el feliz momento de encontrar con sus compañeros, habian conseguido salir con los que les acompañaban á reconocer la tierra: que despues de atravesar grandes territorios y sierras altísimas, les habia concedido el Señor llegar al felicísimo deseado término de unirse con los suyos.

Sorprendió á todo el ejército una relacion tan peregrina en las circunstancias, y dándoles à los recien venidos los correspondientes plàcemes, los incorporó Chirinos al ejército. De allí retrocedió toda la expedicion, y no lejos de Culiacan se fundaron dos pueblos con los indios de la Florida y otros que en la peregrinacion habian sido adictos á los españoles y los habian acompañado

hasta aquel punto. Se les dió á los pueblos el nombre de Apucha y Popochi. Pedro Almendez Chirinos, habiendo regresado á Jalisco, encontró los ánimos de los conquistadores muy desavenidos, y esto, junto con haber recibido los despachos de factor de tabacos de la ciudad de México, lo decidió á separarse de las tropas conquistadoras, y concluyó su vida en dicho empleo.

Angulo y Oñate, aunque anduvieron mucho tiempo separados invadiendo el gran territorio de Sonora, por último se juntaron, y atravesando la sierra de Topia sin haber hecho cosa de más importancia que darse á conocer de innumerables naciones que encontraron en su expedicion, pasaron por las provincias de Guadiana, Zacatecas y Juchipila, para llegar como lo verificaron á su cuartel general despues de algunos años de ausencia.

Los dispersos de la Florida que pasaron con Chirinos à México y dieron noticia al virey de cuanto habia pasado, lo persuadieron de la necesidad de descubrir ciertas tierras y provincias, que segun informes constantes de las naciones conque trataron en su peregrinacion, habia al Noroeste de México y á muy remota distancia, pobladas de gentes cultas, y á más una sierra muy rica de oro ó plata, tanto que estos metales

se dejaban ver aun en su estado natural sobre la superficie de la tierra. Como para los conquistadores todo era indiferente, ménos lo que sonaba á oro y plata, no tuvo el virey duda sobre la verdad de la relacion de los aventureros. Eran ya los años de 1540 y se habia dado el gobierno de la N. Galicia á Francisco Vasquez Coronado, por ausencia de Nuño de Guzman, y se determinó que aquel jefe acreditado de eficaz y váliente, procediese al descubrimiento de tan importante territorio. Se puso á sus órdenes una seccion de 500 caballos y mil infantes indígenas con seis pedreros y las respectivas municiones y víveres. Con esta fuerza entró Coronado por Sinaloa, y desde Chametla encontró sublevadas algunas naciones, las cuales habian dado muerte á muchos de los colonos que quedaron entre ellas desde la primera conquista de Nuño de Guzman. Nada de esto arredró al conquistador Coronado, y aprovechó gustoso la ocasion que se le presentaba de batirse con las naciones que trataban de impedirle el paso. Jamás dió este jefe cuartel á los indios, y á cuantos habia á las manos los pasaba á cuchillo y dejaba colgados los cadáveres en los montes.

Luego que el ejército llegó á Culiacan, trató de reforzarlo, y al efecto mandó tropa al pueblo

de San Sebastian de Coras, y habiéndola recibido los indios de paz, solamente por el dicho de uno de los mal contentos con sus jefes, que le dijo trataban de resistir á sus órdenes, los mandó llamar. Se presentaron 150 indios de dicho pueblo sin armas, creyendo se les iba á hacer algun regalo; y luego que los vió Coronado, sin averiguacion alguna ni otra formalidad los mandó degollar. De esta suerte y con la misma conducta fué invadiendo lo más de la Sonora, y en el invierno de 1540 fundó la llamada villa de los Corazones.

Por diversas declaraciones que recibiò el conquistador Coronado de los capitanes expedicio narios que destinó de allí para varios puntos, se determinò á internarse con todo el ejército al descubrimiento de las provincias civilizadas y sierras de oro y plata que buscaba, tomando para guia un indizuelo llamado el Tigre, que le dijo saber cuál era la sierra que intentaba descubrir. Bien caro le costó á este infeliz su destino, pues á pesar del servicio que ofreció y desempeñó cuanto pudo, un dia que se persuadió Coronado que lo engañaba, le mandó matar, lo que se verificó no obstante el amor que todo el ejército habia cobrado á aquel jòven por su buena índole y circunstancias.

Tócó el ejército á unos pueblos grandes y casas bien formadas en que las habitaciones eran redondas, pero que ya estaban abandonadas, y este descubrimiento diò ocasion á los españoles para creer en la fàbula de las siete ciudades, que en ese tiempo publicaron como cosa prodigiosa y extraordinaria Esto no podia ser extraño en tierras colonizadas por tan diversas naciones, que entrando como se ha hicho en otro lugar, por el Noroeste del gran territorio, formaban sus habitaciones segun sus diversas costumbres, habitudes y talentos, y que perseguidas de otras, emigraban cuando les convenia para otras partes abandonando cuanto habian trabajado para establecerse en aquel punto.

No lejos de aquellos pueblos abandonados llegó la expedicion á uno en que azorados los indios de ver los caballos que á la vez llevaban à la agua, por ser muy pocos los conductores se atrevieron á matar 40 animales. Fué tanto el furor de Coronado en esta vez, que por solo aquel delito mandó ahorcar 130 indios de aquel pueblo. El ejecutor de esta injusticia, que fué un oficial llamado García López, en el juicio de residencia del tirano Coronado, fué condenado á prision y privacion de un mayorazgo que poseia en la Metrópoli.

Otro pueblo, sabedor de lo que habia sucedido con sus infelices vecinos, se alarmò para esperar al ejército conquistador: éste trató de acabar con los que se le oponian, pero ellos se encerraron entre sus casas fortificándose con una trinchera de piedra y de madera. El asedio duró dos meses, perdió Coronado algunos soldados españoles y muchos indios auxiliares, y últimamente rompieron el sitio los valerosos indìgenas y dejaron burlados à los conquistadores. A pesar de que los demas pueblos que encontraba el ejército los hallaba amurallados y en actitud de defenderse, no desistió Coronado de seguir el rumbo por donde se habia formado concepto que estaban las provincias civilizadas y cerros de oro y plata: llegó por último á la Quivira, y aunque sus habitantes no eran tan bruscos como los de otros pueblos, reconoció que no podria ya entrar en guerra con ellos sino exponiéndose á ser envuelto de tantas naciones que habia invadido y dejado muy agraviadas. Se contentó, pues, con haber entrado hasta allí y tomado posesion á nombre del rey de tan gran territorio, haciendo en todos los pueblos los requerimientos de estilo para adquirir el derecho de propiedad.

Aunque Guzman, Chirinos, Angulo, Oñate y y este tirano dieron ó causaron en la invasion

edestas dilatadas provincias la muerte á tantos infelices indígenas, debo advertir que los más murieron despues de haber recibido el santo bautismo de mano de los sacerdotes que entraron con las diversas expediciones. Primero estuvieron como misioneros en algunos pueblos el P. Fr. Juan Padilla y dos sacerdotes seculares, y sucesivamente fueron el P. Fr Luis Ojeda y Fr. Juan de la Cruz, los cuales últimamente murieron á manos de los bárbaros despues de haber salvado las almas de innumerables de sus hermanos.

Se volvió Coronado à Jalisco, y como era consiguiente á su residencia, renunció el gobierno y las conquistas, se retiró y no se sabe más de su paradero. No es extraño inferir que las crueldades de Coronado en Sonora y la poca política de los demás conquistadores, han embarazado la reduccion de aquellas provincias hasta el dia, en que aún se hallan casi en el mismo estado en que estaban al tiempo de la primera entrada de los españoles.

Conquista de Zacatecas.

Ya vimos como al mismo tiempo que invadia Nuño de Guzman el reino de Jalisco, mandó una seccion de su ejército à descubrir las tier-

ras del Norte al mando de Pedro Almendez Chirinos. La division descubridora tocó efectivamente en Zacatecas, como diré màs adelante; pero hasta algunos años despues no se hizo allí colonizacion alguna.

Es la provincia de Zacatecas famosa por su mineral, confina por el Oriente con la de San Luis Potosí, por el Poniente con la sierra del Nayarit, por el Norte con las provincias de Durango, Coahuila y Nuevo-Leon, y por el Mediodia con la de Jalisco: está bajo el trópico de Cáncer, á los 23 grados y medio de latitud Norte, su temperamento es frio y seco, el terreno prominente, áspero y montuoso, pero abundante de ricos metales. En la parte oriental es ménos áspero el terreno y el temperamento más templado. Los pastos son muy sólidos y los mas á propósito de todo el continente para la cria y engorda de ganados de lana y pelo; abunda en montes de mezquite y no hacen falta grandes llanadas, ni tierras las más feraces para el cultivo de toda clase de semillas. En otro tiempo los lagos de sal de que abunda el país fueron propiedad de la minería, pero habiéndoselos adjudicado el soberano, se vendieron algunos á particulares con perjuicio de los intereses públicos.

Todos los partidos situados al Norte de la ca-

pital son minerales, y con poca diferencia gozan de las mismas ventajas: los del Sur y Oriente son más feraces y à propósito para la agricultura. Hay un número considerable de montes de gobernadora y ojasen de que podria sacarse mucho provecho para alivio de la humanidad doliente; y tambien otros frutos que han corrido la suerte de no ser conocidos, como innumerables de los que produce el continente mexicano.

A esta provincia fué destinado el trozo del ejército conquistador de Nuño de Guzman á las órdenes de Chirinos el año de 1530. Como el principal jefe invadia dos reinos en que habia gobiernos reglamentados, que pudieran haber hecho liga con las tribus más ó ménos civilizadas del Norte, le fué preciso proceder con todo el tiento y moderacion posibles para que cada tribu indígena, contrayéndose solo al cuidado de sus propios hogares, se desentendiese por entónces de los peligros que amagaban à otros pueblos.

En el valle de Coynan se dividió Chirinos de Guzman, y recorriendo á retaguardia del ejército, por Pénjamo y Comanja, reunió los indios que lo quisieron seguir como auxiliares y tocó en Acatic, pueblo entònces de importancia y cuyo cacique se habia decidido á favor de los es-

pañóles. En aquel punto aguardó Chirinos las órdenes de Guzman, que á la sazon se ocupaba de invadir los señoríos de Cuiseo, de Chapala y reino de Tonalan, lo que se verificó en breves dias: luego que supo tan feliz resultado, salió de Acatic con un refuerzo competente de auxiliares, y doscientos indios cargados de víveres con direccion al Norte por toda la vega del rio Verde conocido hoy con varios nombres, y llegó en pocos dias de camino á la sierra de Zacatecas, habiendo observado al paso mucha poblacion, pero de indios muy pobres y más salvajes que los de otras partes. Unos se acercaban á los españoles á reconocerlos con valor, y otros hacian fuga á los cerros.

Tres dias se estuvo Pedro Chirinos acampado con su ejército y auxiliares al pié del cerro de la Bufa. El cacique de Acatic que hasta allí lo habia acompañado, contramarchó con su gente, porque habia ido solo con el objeto de recomendarlo con las naciones del tránsito que quisieran impedirle el paso. Los indígenas zacatecanos, aunque algunos se escondieron a la llegada de los españoles, fueron presentàndoss sucesivamente en gran número, principalmente los caciques ó jefes principales: Chirinos los regalaba y acariciaba, y les dijo que por entònces no

habia venido sino á reconocer sus tierras, que despues vendria á tratar despacio con ellos de su reduccion á la fé católica y colonizacion de un país tan hermoso y feraz, y concluyó pidiéndoles gente que lo guiara con sus soldados por el rumbo del Nayarit á Jalisco, para reunirse con sus compañeros que allí lo esperaban. No muy contentos con sus huéspedes los zacatecanos, destinaron trescientos hombres que los acompañaran hasta la frontera del Nayarit, como se verificò, y no pasaron de allí por estar, como se lo expusieron á Chirinos, en guerra con los guachichiles que poblaban aquella sierra. Esta declaracion confirma el cálculo histórico que expuse en el libro primero sobre la destruccion del templo de que aún se ven las ruinas en el partido de Villanueva, y las desastrosas y sangrientas guerras que hubo en el país ántes de la conquista. Hoy son conocidos los guachichiles con el nombre de güicholes ó nayaritas.

Salió Chirinos de la sierra en donde solamente encontró algunos grupos de indios huyendo del ejército por San Pedro Analco: allí se quedaron los más de los auxiliares que le acompañaban en la marcha, formando pueblo, y Chirinos con los soldados y el escaso resto de los indios que le habia quedado, se incorporó en Etza-

tlan con Nuño de Guzman, que lo esperaba para invadir el reino de Jalisco.

Como se supiese que los más de los valientes que atacaron al ejército de Guzman en Tonalan el dia de su entrada al pueblo, eran de los habitantes de los pueblos adyacentes á la Barranca, determinó el conquistador hacer otra seccion militar que los invadiera: y reconociendo las provincias intermedias entre el reino de Tonalan y Zacatecas, volviese à reunírsele del mismo modo que Chirinos en Etzatlan, que se habia declarado cuartel general. El encargado de la expedicion fué Cristóbal Oñate, que con 80 soldados y 1000 auxiliares llegó á la orilla de la Barranca y la encontró defendida de multitud de combatientes: fueron éstos luego desalojados del paso y entró la division por el estrecho camino que proporcionaba la cuesta. Encontró en el paso del rio 300 indios decididos á vencer ó morir; lo segundo debia suceder naturalmente por lo ventajoso del armamento de los españoles: así fué que todos quedaron muertos, como ya en el libro segundo dejamos referido. De allí siguió el ejército con direccion al Poniente, atravesando las provincias de Juchipila y del Tevul. El cacique ó jefe de los tevultecos se aficionó más que otros á los españoles, y se comprometió con

Oñate á recibirlos de paz siempre que volvieran, y aun ayudarles en su conquista. Salió Oñate por el que hoy se llama paso de San Cristóbal y alcanzó á Guzman en Ameca, de donde pasaron juntos á Etzatlan como ya tambien se ha referido con otras particularidades de esta marcha.

Se pasaron como quince años sin que se pensase en colonizar à Zacatecas, por estar ocupados los conquistadores en apaciguar á las naciones sublevadas, principalmente las del Norte, que hechas fuertes en varias alturas, como se dijo en el libro tercero, trataban de destruir á osl españoles. Vencidos estos poderosos obstáculos, y hallándose Cristóbal Oñate de gobernador de la N. Galicia, trató de que se poblase el mineral de Zacatecas, de que se tenian muy recomendables noticias, á màs de las que el mismo gobernador habia adquirido desde que pasó por allí cuando regresaba de Sonora: y como el mismo Oñate no pudiese desprenderse del gobierno, hizo compromiso de la empresa con otros capitanes amigos para que realizasen la conquista y colonizacion de punto tan interesante. Al efecto dieron el gobernador y real Audiencia despachos de conquistador á Juan de Tolosa, quien salió de Guadalajara con un cuerpo regular de tropa compuesta de españoles y muchos indios

auxiliares de Tonalan Juchipila y aun de México, de los que habian salido con Guzman y el virey D. Antonio Mendoza à la conquista y pacificacion de la N. Galicia.

Emprendieron su marcha para el llamado cañon de Juchipila y llegaron á Zacatecas el dia 8 de Setiembre de 1546. Luego que los vieron los indios que poblaban la cañada en que hoy está la ciudad, huyeron amedrentados á los cerros, persuadiéndose que los españoles tratarian de castigarlos por la sublevacion general de las provincias del Norte á que habian cooperado directamente con el principal jefe de la insurreccion. Algunos huyeron muy lejos y no volvieron más á sus hogares: otros se quedaron por Sain y Sombrerete y otros se exparcieron por varias partes; pero los más se quedaron esperando el resultado, fuese adverso ó favorable.

Sentó Juan de Tolosa su real al pié del cerro llamado de la Bufa y llamó cariñosamente á los indios que se habian quedado inmediatos: bajaron algunos, y por los intérpretes les hizo ver el fin con que venia, que era darles religion y civilizacion, diciéndoles que trataba de cumplir la palabra que en otro tiempo les dió otro jefe español, que fué Pedro Almendez Chirinos: que despues de la pacificacion de la provincia de Ju-

chipila, no habia que acordarse de otra cosa que de formar pueblos y procurar ordenarlos para que disfrutasen todos los bienes que ya disfrutaban otras naciones. A esto se siguiò regalarlos y acariciarlos de modo que tuviesen confianza para volver á sus casas que habian abandonado.

Efectivamente, fueron bajando poco á poco de los cerros, y en breves dias perdieron el miedo que tenian á los españoles. Los indígenas de Juchipila que venian de auxiliares, más instruidos que otros en el idioma de los cascanes que poblaban la sierra, los aseguraron de la verdad del buen trato que daban los conquistadores á los que sucumbian à su dominacion. Ni en los manuscritos auténticos sacados de los informes que daban los misioneros de sus empresas apostólicas, testigos de vista de casi todos los sucesos, ni en los archivos de la Audiencia de Guadalajara, tiene apoyo ninguno la vulgaridad de que hubo guerra en Zacatecas á la entrada de los conquistadores; ni ménos consta el milagro de que una imàgen de María Santísima cegase con tierra á los indios: los que en las guerras del Mixton y Nochistlan detestaban la dominacion española, han dado la más evidente prueba de su decision y gusto por la religion católica, en la facilidad con que en todas partes la recibian.

En recompensa de un tratamiento que no se prometian los indígenas zacatecanos de sus conquistadores, y sabiendo el mucho aprecio que hacian del oro y plata, comenzaron á ponerles á la vista metales de buena ley. Tolosa, que se admiró de las riquezas que ofrecia Zacatecas, dió noticia de todo lo acaecido á Cristóbal Oñate, y éste, desprendido ya del gobierno de la N. Galicia, en que trabajó más que otros jefes, se puso de acuerdo con Diego de Ibarra y Baltasar Treviño de Bañuelos, y se decidieron á venir juntos á Zacatecas. Llegaron al punto donde ahora está la capital, el 20 de Enero de 1548, trayendo sus familias y otras gentes que quisieron seguirlos, y en breves dias comenzaron á trabajar en la mejor forma posible las minas que se descubrian. La poblacion se fuè extendiendo por toda la cañada llamada de Bracho, en donde los españoles tuvieron su parroquia, dejando la parte oriental para los pueblos de los indios patricios, y otros que es formaron con los auxiliares que trajo Tolosa. Los misioneros hicieron grandes progresos en las almas, catequizando y bautizando á cuantos indios habia, y desempeñaron por más de un siglo el oficio de doctrineros de todos los pueblos que se formaban, hasta que el año de 1550 vino para los es-

pañoles un párroco secular, que con el mejor celo desempeñó su deber en favor de las almas.

En más de cinco años que tuvo Juan de Tolosa el mando de la provincia, visitó los pueblos de los indios y las rancherías que habia por todos rumbos. La escasez de agua y las desastrosas guerras que hubo en el territorio àntes y despues de la conquista de México, no permitieron que hubiese en la provincia la poblacion que en otras partes; pero habia la suficiente para dividir su gobierno del de Jalisco, como se verificó.

Aunque el descubrimiento del mineral atrajo mucha gente à Zacatecas, no hubo formalidad de bonanza hasta el año de 1548. El 1º de Marzo de ese año se descubriò la bonanza de la Albarrada; el 11 de Junio la de San Bernabé; y el 1º de Noviembre las minas del Pánuco. Sucesivamente se fueron descubriendo otras minas muy ricas, y que han dado grandes caudales al soberano y à los particulares.

El año de 1553 recibió la minería de Zacatecas un ser considerable con la instalacion de la primera diputacion de minería. Esta promovió con empeño tan interesante ramo, y se le cedieron en el mismo año las salinas que habia descubiertas en toda la provincia, que eran ocho la-

gunas. Con la nóticia de la riqueza del mineral, concurrió á avecindarse en él mucha gente de todo el reino, y así pronto se aumentò la poblacion considerablemente.

Con motivo de haber traido de España D. Alonzo Guerrero Villaseca dos imágenes de nuestro Señor Jesucristo crucificado, y de haber colocado una en la hacienda de campo que conserva su nombre, y la otra en una capilla de su hacienda de beneficio de platas, que estaba entre los pueblos de los indios, y á causa de tenerle todos los habitantes gran devocion á esta última por los favores que les dispensaba, se fué poco á poco viniendo la poblacion de españoles cerca de dicha capilla, y de esta suerte llegó à trasladarse la ciudad al local donde hoy está, á pesar de la incomodidad que ofrece lo estrecho de la cañada.

A los diez años de la conquista de Zacatecas, por disposicion de la audiencia de la N. Galicia salió de la capital una expedicion militar al mando de Martin Pérez, al descubrimiento de otros minerales, y se descubrieron los del Fresnillo, San Martin, Sombrerete y Nieves; pero costó mucho trabajo conservar estos puntos, porque los dispersos del Mixton y Zacatecas se establecieron en los cerros, de donde bajaban algunas

veces y cometian las más sangrientas hostilidades en los caminantes.

Más favorecidos fueron los establecimientos al Oriente y mediodia de Zacatecas, como sierra de Pinos y Asientos de Ibarra, porque eran protegidos de las haciendas que luego se comenzaron á poblar. Aguascalientes, la Villanueva y otros pueblos del departamento fueron muy posteriores al tiempo de la conquista. Jerez se fundó con el mismo nombre de Jerez de la frontera de España, porque así como aquella poblacion contenia las irrupciones de los moros que entraban por Gibraltar, así ésta las incursiones de los Nayaritas hasta el año de 1716 en que se verificó su reduccion.

Los demas pueblos se colonizaron con gentes que vinieron de México y Jalisco, y con los indios errantes que recogian los misioneros que no descansaban en el ejercicio de su ministerio. Con estos indios y algunas familias que se trajeron de los pueblos de la laguna de Lagos, se fundó el de San José de la Isla por el año de 1712 en que se acabó de despoblar el monte grande, en donde se pensó fundar la capital de la provincia' porque desde dicho punto comienza à correr el agua que dá su orígen al llamado Rioverde. Si se hubiera llevado adelante este proyecto, no

fueran tantas las penurias de los que viven sepultados en una cañada tan fragosa como Zacatecas. Siempre será digna de la más severa crítica la conducta de los gobiernos que han permitido formarse tan grandes poblaciones entre los cerros: una sola comodidad ofrecen, que es la de poder atender al laborío de las minas y beneficio de sus frutos; pero ocasionan las privaciones más nocivas á la especie humana por la insalubridad del aire, falta de aguas corrientes para fertilizar los sembrados, los jardines y huertas, y la dificultad que por consiguiente hay para conservar el aseo tan necesario á la salud; comodidades preferibles á la abundancia de oro y plata.

Conquista de Durango y Chihuahua.

En los llanos llamados ántes de Guadiana, y despues N. Vizcaya, se comprenden los departamentos de Durango y Chihuahua. Estàn entre los 24 y 29 grados de latitud N., confinan por el Poniente con la Sonora y comprenden gran parte de la sierra de Topia llamada de las Tarahumaras, al Mediodia con el Nayarit y Zacatecas, al Oriente con Coahuila y Tejas y al Norte con N. México. Tienen estos departamentos

grandes poblaciones y buenos presidios para contener á los bárbaros: poseen muy ricos minerales, siendo los mejores los que están en la sierra; pero se trabaja en ellos á mucho costo, por la dificultad de la conduccion de los víveres y otros artículos necesarios al consumo de las minas: el temperamento es benigno y la tierra muy feraz: abundan en ganados de pelo y lana, de mulas y caballos de que abastecen á una gran parte de la República.

Se ha dicho ya cómo en la primera entrada que hizo Nuño de Guzman à Sinaloa, destacó tres divisiones desde Culiacan para que invadiesen la Sonora y sierra de Topia; que los capitanes destinados á esta empresa fueron Pedro Chirinos, José de Angulo y Cristóbal Oñate, y que estos dos últimos fueron los primeros que atravesando la sierra, invadieron los llanos de Guadiana, que hoy forman gran parte de los departamentos de Durango y Chihuahua. Enterado de todo esto el gobierno de N. Galicia y deseando extender sus conquistas, determinó el año de 1552 que Ginés Vasquez del Mercado saliese con una division competente á colonizar todo aquel territorio. Se hallaba dicho capitan pacificando á los indios de Tolotlan que se habian alborotado á causa de las extorsiones que les

causaban los muchos colonos que iban á su pueblo á buscar minas, estimulados de la riqueza que se habia descubierto en Miravalles. Alguna desazon le causó á Vasquez la órden de marcha por estar ya trabajando minas; pero despues la obedeció gustoso al saber por unos indios de la sierra de Valparaiso, con quienes se encontró casualmente, que en los llanos de Guadiana habia unos cerros de pura plata, y mucho más cuando ellos le ofrecieron servir de guias en la expedicion.

Puede ser que los indios obrasen de buena fé, persuadidos de que todo el cerro que tiene algun metal fuese de plata, y que habiendo en Durango cerros de metal desconocido para ellos, creyesen fuesen de oro y plata: lo cierto es que Mercado, ciego de avaricia, dejando las minas que ya tenia en Tolotlan, salió inmediatamente para Guadiana. Veia con desprecio los cerros minerales que encontraba por el camino, preocupado todo de la idea de los cerros de oro y plata, que desde el tránsito de los aventureros de la Florida estaban presentes en la memoria de los conquistadores de Jalisco. Despues de algunos dias llegó Mercado con su ejército á los deseados llanos de Guadiana: hizo noche no lejos de una sierra, y al amanecer supo que los

indios guias de Valparaiso se habian desaparecido; pero observando la figura y color de los cerros que tenia á la vista, dijo á los suyos: *á buen tiempo se han ido nuestros guias, cuando tenemos á la vista el país de nuestra ventura.* Todos se alegraron con esta reflexion y decian: ésta es la riqueza por cuyo descubrimiento tanto se han fatigado otros, éste es el oro y plata que á costa de tanta sangre y sacrificios mandó el virey de N. España buscar á Francisco Coronado. Llegando luego al cerro, conocieron que todo era de fierro, metal demasiado conocido de los españoles, y con chasco tan pesado perdieron los soldados la paciencia y no quisieron dar un paso adelante. Mercado cayó tambien de ánimo y resolvió volverse à Guadalajara à dar cuenta del malogro de su expedicion. Hasta el dia conserva aquel cerro el nombre de Mercado, y será un manantial de riqueza si se benefician los metales de varias clases que contiene.

Hizo la division su contramarcha, y habiendo llegado á Sain, le sucedió una aventura demasiado funesta. Cuando dormian todos los soldados profundamente, los sorprendió un grueso trozo de indios que venian asechàndolos: mataron los indios á dos soldados, hirieron á varios y entre ellos á Ginés Vasquez del Mercado. Con la he-

rida que recibió este infeliz, la confusion del mal éxito de su expedicion y las penurias de un dilatado camino, se consumió en breves dias, y ántes de llegar á la capital, murió en Juchipila. Allí se disolvió la tropa y cada uno de los españoles se fué por donde le pareció; solamente llegaron á Guadalajara los encargados por Mercado de dar cuenta al gobierno de lo sucedido.

Como ésto acaeció el año de 1558, despues de la fundacion de Zacatecas, determinó la Audiencia de Guadalajara que Martin Pérez, alcalde mayor de este departamento, fuese á descubrir minas y colonizar lo que no habia podido poblar Mercado. Felizmente descubrió Pérez los minerales del Fresnillo, San Martin, Sombrerete y Nieves, como se ha dicho en otra parte, y avisada la Audiencia del buen resultado, nombró á Diego García Celio para alcalde mayor de los nuevos establecimientos. Se le dió comision para que fundase una villa y lo verificó, dándole el título del Nombre de Dios. En ese mismo año, persuadido el virey de México D. Luis de Velasco de que los esfuerzos del gobierno de la N. Galicia eran insuficientes para concluir la conquista del inmenso territorio que se habia descubierto, puso una seccion del ejèrcito á las órdenes de Francisco Ibarra, sobrino de D. Diego

Ibarra, que ya era alcalde mayor de Zacatecas, y mandó tambien misioneros, que vinieron presididos por el P. Fr. Gerónimo Mendoza, sobrino del primer virey D. Antonio Mendozà. Este padre, con su acostumbrado celo, se habia adelantado del ejército, buscando á los indios y recorriendo sus màs remotas rancherías con tan buen éxito, que cuando Garía Celio fundó la villa del Nombre de Dios, ya tenia el padre Mendoza reunidas en el mismo punto algunas tribus de gentiles. Por este motivo se suscitó despues entre García Celio y Fracisco Ibarra una disputa tan acalorada, que su decision estuvo á punto de librarse á las armas.

Entró Ibarra recorriendo el gran territorio y tomando posesion de él á nombre del soberano español, y aunque ésto fué bajo del mismo estilo de los demás conquistadores, no tomó para sí este jefe ni un palmo de tierra de lo que descubria y colonizaba, dejándolo todo à disposicion de los reyes. Fundó á Chihuahua y dejó allí un destacamento de tropa mientras atravesaba la sierra de Topia y Tarahumaras. Mas cuando se ocupaba de este viaje sucedió que el alcalde mayor de San Martin trató de embargar los bienes de Francisco Soto y otros vecinos de la villa del Nombre de Dios, por haber sido acusado de frau-

de á las rentas públicas. Opusiéronle los agraviados la excepcion de no ser de su jurisdiccion dicha villa, sino del gobierno de Guadiana, y además ocurrieron violentamente á Francisco Ibarra implorando su proteccion. Esta clase de competencias fué muy comun entre los conquistadores, pues los vireyes, las dos Audiencias y sus respectivos agentes se consideraban todos autorizados para hacer conquistas por sí mismos independientes unos de otros, hasta que las leyes demarcaron con alguna precision las atribuciones de cada una de las autoridades. Ibarra, que andaba aún por las sierras, luego que consideró ajada su autoridad en la villa del Nombre de Dios, montó en cólera y se vino precipitadamente con 200 hombres. Todo se supo en Zacatecas, y estando allí en visita el oidor de la Audiencia de Guadalajara D. Juan de Orozco, trató de sostener con las armas la jurisdiccion sobre dicha villa por parte de la N. Galicia y su gobierno, y al efecto mandó juntar tropas y salió él mismo con 100 hombres de todas armas para San Martin.

Llegó Ibarra de la sierra, y estando ambas partes á punto de chocar con las armas, salió de Zacatecas con toda diligencia D. Diego Ibarra, tio de Francisco Ibarra y yerno del virey D.

Luis de Velasco, á aplacar los ánimos de ambos partidos. Consiguió se suspendiese la disputa hasta la decision del virey de México, el cual determinó que se tuviese por entónces la villa del Nombre de Dios por conquistada solamente del vireinato; y de este modo neutralizó una cuestion que de otra suerte hubiera tenido muy funestas consecuencias. Despues de algun tiempo perteneció aquel establecimiento á la N. Vizcaya.

Siguió Ibarra sus conquistas con feliz éxito y fundó la ciudad de Durango al otro lado del rio, en que el P. Gerónimo Mendoza tenia ya reunidos muchos indios en el pueblo llamado Analco. Se intentó luego que esta ciudad fuese la capital de toda la nueva conquista, y al efecto procuró Ibarra darle todos los incrementos que estuvieron á su alcance: pidió al virey oficiales reales y otros empleados, con lo que en pocos años pudo competir con los pueblos más adelantados de la N. España.

Siguió despues el descubrimiento de los minerales de Indé, Santa Bárbara, Cuencamé y otros, y de inmensos territorios hasta el rio de Conchos y como los descubrimientos de minas llamaban la atencion de preferencia y tenia Ibarra tan de su parte á los vireyes, fundó pre-

sidios para que contuvieran las irrupciones de los bárbaros, siendo el principal Chihuahua.

Segunda vez entró á la sierra de Topia y recorrió gran parte del territorio de Sinaloa y Sonora, que ántes habian invadido Guzman y Coronado; pero como estos habian perdido el derecho á sus conquistas por no haber dejado en los pueblos invadidos misioneros, Ibarra que llevó los suficientes, agregó á sus descubrimientos muchos pueblos de los que se tuvieion algun tiempo por del gobierno de N. Galicia.

A los primeros jefes españoles se les dificultaba la conduccion de ministros evangélicos, y así no podian avanzar tanto como los que le sucedieron. En el tiempo en que Ibarra salió para Guadiana, ya se habia sistemado la conduccion de misioneros de España, y à mas, ya habian dado muchos obreros à la viña del Señor los noviciados de la provincia de franciscanos del Santo Evangelio de México y de la custodia de Santiago de Jalisco.

Fué resolucion de los reyes, que se llevó á debido efecto, el que ningun conquistador se adjudicase los pueblos en donde no quedase despues de su conquista algun misionero que diera religion y doctrina á los indígenas; y á la verdad solamente de ese modo pudieron civilizarse estas

naciones, como la experiencia lo ha demostrado. Hablen cuanto quisieren los que se precian de filósofos, contra los frailes; pero jamás podrán con sus teorias destruir la verdad de los grandes beneficios de que la América y otras naciones son deudoras à los misioneros, primeros agentes de la civilizacion.

Como Francisco Ibarra era tan activo y tenaz, consumó mejor que otros su importante conquista; y despues de haber formado una provincia tan opulenta como la N. Vizcaya, y de haber descubierto ricos minerales, sin adjudicarse un palmo de tierra de lo que invadió, porque todo lo dejaba á disposicion del soberano, murió en edadtemprana de enfermedades contraidas en su laboriosa carrera.

Conquista de Coahuila y Tejas.

La nueva Estremadura ó provincia de Coahuila, es limítrofe á la de Tejas ó nuevas Filipinas: ambas se tuvieron por una sola, confinan por el Oriente con la costa del golfo de México y Estados-Unidos por la parte occidental de la Luisiana, por el Occidente con la N. Vizcaya y N. México, por el Mediodia con N. Leon, y por el Norte se ignoran sus límites, que pueden extenderse hasta el grado 42 de latitud boreal.

Es la tierra más fértil que posee la República Mexicana, aunque poco templada, pues prevalecen los inviernos; en la mayor parte de su extension no hay cerros; pero abunda en montes espesos de exquisitas maderas, arbustos y plantas medicinales: se reproducen allí de un modo extraordinario los ganados de toda especie: abandonadas en algunas épocas de agresiones desoladoras de los bárbaros, las manadas de caballos y mulas se han multiplicado tanto, que se encuentran atajos de mesteños en todas direcciones. Las costas que tiene al golfo son muy abiertas y acomodadas para puertós y arsenales. Solo el abandono del gobierno pudo ser causa de que se retardase la colonizacion de tan dilatadas y feraces provincias. Corren regando todo el territòrio y á las más proporcionadas distancias, de 10 ó de 15 leguas, rios caudalosos que tienen los más su orígen en las sierras occidentales: el rio Bravo del Norte es el más célebre, atraviesa por la provincia de Coahuila y despues de fertilizar más de 300 leguas entra al golfo de Matamoros.

Se habian suspendido ya las conquistas de estos Estados hechas casi todas à fuerza de armas, por los años de 1670, ciento cuarenta despues de la invasion de Jalisco por Nuño de Guzman:

aún habia muy pocos pueblos civilizados, y apenas algunos puestos militares en las fronteras inmediatas á la inmensa gentilidad que poblaba las tierras del Norte: los presidios de Chihuahua y Saltillo eran los más internos; pero no podian contener, como se deseaba, las agresiones de los bárbaros que no se querian rendir al yugo español. De éstos, unos pertenecian á las tribus errantes que salieron del centro del país huyendo de los conquistadores; y otros á pueblos que desde su orígen disfrutaban de su libertad natural.

Siendo, por lo expuesto, las provincias de que trato las más dificiles de conquistar, quiso en esta vez el Autor de las sociedades confundir el orgullo de los hombres y dispuso que la reduccion de los indios del Norte fuera obra de un solo fraile. Habia salido del pueblo de Atoyac, no léjos de Colima, en donde habia una vicaría de la provincia de San Francisco de Jalisco, el P. Fr. Juan de Larios, natural de Sayula, con direccion á la ciudad de Durango, á cierto negocio: luego que lo concluyó se regresaba a su convento, cuando á dos dias de jornada se encontró con un grupo de indios gentiles que lo contuvieron, impidiéndole con el mayor empeño que diese un paso adelante; pero la sorpresa que debió

producir en el padre este hecho y el temor de perder la vida en aquel acto, desaparecieron á vista de los ademanes de cariño y benevolencia que advirtió en los que creia enemigos. Por señas le dieron à entender que eran de tierras lejanas, que sus tribus eran muy numerosas, que todas eran mansas y adictas á los españoles y màs á los totaches ó sacerdotes, y que le suplicaban se fuese con ellos á echarles la agua santa en la cabeza. No se necesitaban más demostraciones para que el P. Larios se enterneciese y manifestara á estos predestinados la buena voluntad que tenia de seguirlos; pero les dijo que él estaba sujeto á voluntad ajena, cual era la de sus superiores, que vivian muy lejos; que andaba en asuntos á que ellos mismos lo habian destinado. Se vió, no obstante, obligado á hacer alto en aquel punto, porque los indios ya no lo dejaron pasar adelante, y por más de un dia se entretuvieron el padre y los indios en deliberaciones, de que resultó la determinacion de que sí se habia de ir de allí con ellos, y que supuesto que era preciso dar aviso á sus prelados, fuesen algunos hasta Guadalajara á dar cuenta de lo que le pasaba. Escribió el padre Larios todo lo sucedido al R. P. provincial Fr. Juan Mohedara, y se resolvió á partir con sus raptores,

entregado en manos de la Providencia, hasta donde quisieran conducirlo. Es inútil hacer las muchas reflexiones que sugiere este suceso, pues por sí mismas se están manifestando: solamente diré que de la heróica resolucion del padre Larios dependió el descubrimiento y conquista de las tres grandes provincias de Coahuila, Tejas y N. Leon..

Tomó el camino la caravana de indios con su misionero por el Nordeste, y como las primeras voces que les oyó el padre cuando lo detuvieron, fueron Coahuila, Coahuila, así se llamò hasta el dia la primera mision que se fundó y toda la provincia: llegaron felizmente despues de veinte dias, á una ranchería de indios, que con demostraciones de alegría recibieron al padre: todos, desde el jefe de la nacion hasta el último, se le echaban al cuello y le daban ósculos de paz: siguieron con las mismas demostraciones de amor y reverencia visitando las otras tribus y caciques amigos, y ninguno de aquellos felices indígenas desmintió jamás el aprecio con que eran recibidos el padre Larios y despues sus compañeros.

Comenzó el padre su mision por formar una capilla de madera y ramas: los indios trabajaron mucho en ésto y en hacerle á su misionero una habitacion, y adelantaron tanto en el catequis-

mo, que en breves dias tuvo el padre Larios más de quinientos cristianos en su compañía. Tres años dilató la fundacion en toda forma de las misiones de Coahuila, á cuyo efecto salieron de Guadalajara los padres Fr. Estéban Martinez, Fr. Manuel de la Cruz y Fr. Juan Barrero. Entre tanto le sucedió al padre Larios el caso siguiente:

Eran las tribus que habitaban en aquel país los coetzales, bausorigames, tocas y tobozos. Determinó el padre hacer una visita general á todas ellas, y se internó á larga distancia acompañado solamente de cinco indios de los coetzales, siendo el principal y cabo de la escolta un capitancillo llamado Diego Francisco. Llegaron á un punto que hoy es la mision del Nombre de Jesus, y encontraron allí como 300 indios tobozos, los cuales luego que vieron al padre y la poca gente que llevaba, se resolvieron á matarlo y hacer baile ó mitote, como ellos llaman, con su cabeza. Resistieron à todo trance los coetzales: mas viéndose perdidos por ser tan pocos, propusieron un partido à sus enemigos, y fué, que comenzase la diversion por un juego de pelota; que si ellos perdian ganaban los tobozos la cabeza del padre; y si àl contrario, los dejasen ir libremente. Aceptaron los bàrbaros tobozos el partido, y en-

tretanto metieron los coetzales al bendito padre en el hueco de un àrbol viejo que proporcionaba alguna defensa. No fué inútil la prevencion, porque por desgracia perdieron los indios cristianos el juego; pero decididos á morir en defensa de la vida de su padre y benefactor, se pusieron de espalda contra el árbol para defenderlo en todas direcciones. Nunca se viò cuadro más pequeño ni más natural de una desesperada defensa. Diego Francisco habló á sus contrarios diciéndoles: lo que fué juego ha de ser ahora veras; acometed si quereis, pero nosotros estamos decididos á morir matando. Comenzó la accion: los coetzales solamente acometian á los que se les acercaban, sin disparar sus flechas que reservaban á un tiro seguro, y los tobozos estaban confiados en la multitud, cuando reflexionaron habian perdido ya la mayor parte de sus saetas, que admirablemente se quedaban á mucha distancia del blanco de su furor. Entre tanto los defensores cristianos mataron muchos de sus enemigos, que azorados de la carnicería y desesperados de vencer por no poderse acercar sin peligro á levantar sus jaras, huyeron precipitadamente.

Entrada la noche se retiró el padre Larios con sus ínclitos defensores, y poco á poco se alejaron del puesto lo suficiente para quedar libres de

otra sorpresa de sus enemigos: llegaron con felicidad á la mision de Coahuila, y con todos los indios cristianos celebró el padre la accion de gracias al Todopoderoso por el singular beneficio que les habia hecho. Los tobozos se quedaron resentidos y siguieron haciendo hostilidades en las misiones, hasta que alcabo de muchos años acabaron con la nacion entera, que jamàs quiso reducirse, los soldados de los presidios que despues se fundaron.

A los tres años de una penosa soledad llegaron á compañía del padre Larios los tres misioneros Martinez, Cruz y Barrero, de que hablé ántes. En el mismo tiempo se fundò inmediata al presidio del Saltillo, una vicaría con algunas familias de indios tlascaltecas, que mandó la Audiencia de Guadalajara. Esta vicaría fué despues convento de donde salian los misioneros á trabajar en la reduccion de tantas tribus como habitaban el país.

Diò cuenta la Audiencia al soberano de los nuevos descubrimientos y sus progresos: el rey mandó que se hiciese una visita general del país, y se providenciase su colonizacion: se encargó de esta comision el Illmo. S. D. Manuel Fernandez Santacruz, entonces obispo de Guadalajara, con el fin de hacer al mismo tiempo la visi-

ta de su obispado, y desempeñó su deber habiendo visitado por sí mismo á los indios en las misiones y aun en sus rancherías: esto no le fué tan difícil por haber sacado la escolta necesaria de los presidios de Parras y el Saltillo, que entónces eran los fronterizos, y fundó algunas misiones en las tribus de los cartujanos, chichicales, bobolos, salineros y alazapas.

A algunas de estas misiones vinieron varias familias de tlascaltecas, que en toda la N. España y N. Galicia ayudaron á la conquista de las demás naciones. Por su carácter de conquistadores, y especialmente por ser muy laboriosos, fueron llevados tambien á otras muchas misiones para la colonizacion y fundacion de pueblos: así se establecieron algunos como el Saltillo, San Miguel de la Boca y otros que no conservan el nombre primitivo, como Candela, Santa Rosa, San Buenaventura y Nadaderos.

La capital de la provincia siempre ha sido el Saltillo, y el N. Reino de Leon, descubierto y conquistado 30 años despues de Coahuila, estuvo mucho tiempo sujeto á esta provincia. Los progresos de Monterey y todo el N. Reino de Leon que llegaron á exceder à los del Saltillo, provinieron de cierta competencia de jurisdiccion que hubo entre el virey de México y el go-

bierno y Audiencia de Guadalajara, como se dirá despues.

Al descubrimiento de Coahuila fué consiguiente el de la apreciable, dilatada y feracísima provincia de Tejas. Por el descubrimiento de la Florida, Movila y Pansacola, se suponia ser muy dilatado el territorio que mediaba entre aquellos países y los de Coahuila y N. Reino de Leon; y la Audiencia de Guadalajara con la idea de hacer esa nueva conquista, dió comision á D. Pedro Rivera, entónces corregidor de Zacatecas, para que hiciese una visita general á las provincias últimamente descubiertas, y se adelantase todo lo posible á reconocer el territorio; pero como Dios tenia reservada esta empresa para los misioneros franciscanos, no se verificó por varias causas lo que habia mandado la Audiencia. Se hallaba el año de 1688 de ministro de la mision de Candela el P. Fr. Damian Martinez, quien tuvo noticia por unos gentiles errante que llegaron á su mision, de que algunos franceses estaban poblando en la costa del golfo, no muy léjos del Rio Bravo del Norte. Comunicó el P. esta noticia al gobernador de Coahuila D. Alonso de Leon, y éste al virey de México de cuyas rêsultas recibió órdenes para que con la gente que pudiese sacar del Saltillo, y en u-

nion del P. Fr Damian, marchase inmediatamente á desalojar de la costa á cuantos hubiesen poblado que no fuesen españoles. Juntò el gobernador de varios puntos la gente necesaria para la expedicion, y acompañado del P. Martinez apresuró sus marchas á la costa: no encontró en el camino obstáculo ninguno y en breves dias llegó al punto colonizado por los franceses, qne era la llamada Bahia del Espíritu Santo, y aunque halló ser verdad lo que los gentiles habian informado al misionero, no encontró á los franceses, solo vió la fortaleza que habian hecho, y le aseguraron algunos indios que allí habia, que los nuevos pobladores habian perecido todos á manos de los carancahuases. Destruyó lo que habia quedado del fuerte. y trató de dar la vuelta para Coahuila por rumbo distinto, internàndose màs de 40 leguas al Noroeste por todo el rio de San Antonio.

Allí encontró un grupo de indígenas desconocidos, que parecian ser de lo más interior, porque los indios que iban con la expedicion no los conocieron: sorprendidos á la primera vista de los españoles, decian algunos de ellos en alta voz, Tejia, Tejia, que en su idioma quiere decir: amigo, amigo; y por eso se dió á la nueva provincia el nombre de Tejas. Viendo el padre misione-

ro la docilidad y mansedumbre de estos indios, les propuso su reduccion à la fé católica y gustosos manifestaron toda sumision à cuanto les mandase; pero que eso debia ser en sus tierras que estaban muy léjos de allí. En donde ésto sucedió es hoy el presidio de San Antonio de Véjar, capital de toda la provincia. Dejó en aquel punto D. Alonso Leon un regular destacamento y contramarchó para Coahuila, desde donde dió un exacto informe de todo lo acaecido al virye de México y Audiencia de Guadalajara. Desde el año de 1630 hasta 1719 hubo varias alternativas de rebelion y sujecion de las innumerables tribus que habitaban aquel país respecto de los colonos que de muchos puntos ocurrieron à poblar tan delicioso territorio, hasta que se preparó con más formalidad una expedicion puesta à las órdenes del marqués de San Miguel de Aguayo D. José Valdivielso, quien entrò á la provincia con bastante tropa y dos trozos de misioneros de los colegios apostólicos recien fundados, de la Santa Cruz de Querétaro y Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas. Esta expedicion invadió todo el territorio hasta el rio Cadoudachos ó de la Empalizada, y se fundaron pueblos y misiones por todo el rio de San Antonio y el país de los Aises y Adaises, hasta el

rio Rojo ó Cadoudachos, que se reconocia por límite de Tejas y la Luisiana. La provincia tuvo nuevos incrementos por una colonia que se trajo de las islas Canarias y los presidios que se fundaron.

Conquista de N. Leon y Tamaulipas.

Tamaulipas, N. Leon, Coahuila y Tejas, forman una cordillera sobre las costas del golfo mexicano desde el antiguo Pánuco al grado 22 de latitud hasta 42: gozan por el Oriente del resto de la costa de San Bernardo en el golfo mexicano, y por consiguiente de playas y bahias dispuestas al comercio extranjero en los fondeaderos, y buenos puertos que al efecto pueden habilitarse. Tamaulipas y N. Leon tienen casi los mismos elementos que las provincias del Norte y poseen algunos minerales; pero no tan pingües como los de otros departamentos: el temperamento es medio en razon de estar más australes y de formar la tierra grandes valles en medio de las sierras que los dividen: producen toda clase de semillas, aunque su cosecha es escasa por la cortedad de la poblacion; la caña de buena azúcar se dá con abundancia, y sobre todo, son prósperas las tierras para la cria de ganados y caballada.

Las circunstancias de las conquistas que he referido están demostrando la verdad de lo que asenté en el libro primero de esta historia, á saber: que hubo notable diferencia entre el carácter manso, humilde y generoso de los tultecas, primeros colonos de la América, y el de los aztecas que poblaron las tierras más septentrionales, como son los departamentos de que actúalmente trato. Esta nacion fué guerrera y contumaz para rendirse á la dominacion aun de los mismos señores de la tierra, y los esfuerzos que hicieron los españoles para dominarlos fueron insuficientes, hasta que el amor y confianza que conocieron en los misioneros los redujo á recibir la religion que les predicaban: así sucedió como se ha visto con las naciones que habitaban las provincias de Coahuila y Tejas, y lo mismo acaeció con los idígenas de N. Leon y Tamaulipas.

Al hacerse el descubrimiento de Coahuila, se habia declarado capital de las nuevas conquistas el presidio del Saltillo y se habia fundado una vicaría que despues fué convento de misioneros franciscanos, para que de allí se proveyeran las misiones que se fuesen fundando. El año de 1702 salió de dicho convento el P. Fr. Andrés de Leon, por el Oriente, á fundar mision á una de las naciones conocidas que habitaba no léjos

del presidio: llegó con los caciques que lo conducian á la falda de un gran cerro, en que un manantial muy abundante de agua tenia reunidos multitud de indígenas con sus familias; y teniendo en consideracion la calidad de la tierra, su temperamento medio, la mucha agua y la cercanía al punto militar que protejia los estableci mientos, se decidió á fundar en aquel puesto su mision. El jefe de Coahuila dió cuenta de esta fundacion al virey de México, conde de Monterey, que deseaba con ansia la ocasion de fijar los puntos de jurisdiccion que estaban pendientes entre él y la audiencia de Guadalajara, y así procuró dar à este nuevo establecimiento toda la importancia que pudo, hasta concentrar en él el gobierno general de las dos provincias, dándose á lo descubierto nuevamente y que se descubriera despues, el título de N. Reino de Leon, y á su capital el de la ciudad de Monterey, para perpetuar la memoria del P. Leon y del mismo virey sobre las analogías de la provincia española del mismo nombre y el gran cerro que domina á la poblacion. Se nombró gobernador del N. Reino á D. Diego Monte-mayor y se remitieron á la capital 34 familias de artesanos y labradores, concediéndoles grandes privilegios. Tales incrementos llamaron la atencion á muchos del inte-

rior que pasaron á ayecindarse á Monterey: se dividieron las tierras para haciendas de particulares, y otros terrenos se dejaron para fundaciones de pueblos.

Se encontraron en el territorio algunos minerales, de que han salido muchos caudales fuertes, y aunque declinó la buena ley de sus metales, no se han abandonado las poblaciones, por haberse formado en tierra abierta y capaz de labores de que se levantan cosechas de toda clase de semillas. Así sucedió en los minerales de Villaldama y Vallecillo, pero no en el de la Higuana que despues de su riqueza ha quedado desierto.

Dió nuevo fomento á estas provincias el virey conde de Revillagigedo por los años de 1746, mandando al corregidor de Querétaro D. José de Escandon con una seccion de buena tropa para que restaurara la conquista de la colonia del N. Santander, hoy Tamaulipas, que es propiamente el antiguo Pánuco conquistado por Nuño de Guzman ántes de los reinos de Tonalan y Jalisco. Entónces fundó Escandon presidios y misiones y se reconocieron los buenos puertos de Tampico, Sotolamarina y otros, que últimamente han dado un ser muy considerable á esta porcion de la República.

Despues de la reduccion de la colonia, sola-

mente quedaron algunas familias de indígenas repartidas por toda la Sierra-gorda que atraviesa la provincia de Sur á Norte desde el grado 20 al 28, y las poblaciones pudieron establecer luego la comunicacion necesaria entre sí, impedida ántes por haberse dificultado la conquista de algunos territorios intermedios á las provincias del Norte subyugadas mucho tiempo ántes.

En la demarcacion de límites de N. Leon y Tamaulipas quedaron agregados á sus gobiernos algunos establecimientos que no pertenecian á su conquista, como fué el partido de Rio-blanco, cuya reduccion fué solamente obra de los misioneros. Siendo prelado del convento de Charcas el P. Fr. Lorenzo Canter y yendo cada ocho dias à dar misa á la hacienda de Matehuala, observó que concurrian allí muchos gentiles, los fué atrayendo á la religion con dulzura y amor, y consiguiò fundarles por sí mismo una mision en donde hoy està Rio-blanco, á que se reunieron otras tribus, y quedó agregado todo el partido al gobierno de Monterey.

El gobierno eclesiástico de N. Galicia fué el que se reconoció en estas provincias por más de un siglo. Algunos prelados trabajaron por sí mismos en los nuevos establecimientos, arriesgando sus vidas, caminando grandes distancias

en medio de la gentilidad y haciendo muchas limosnas á las misiones y parroquias.

Conquista de N. México.

Se reconoce por territorio del N. México desel grado 23 de latitud boreal hasta el 45; pero rigorosamente se ignoran sus límites al Norte. Al Mediodia tiene á la provincia de Chihuahua al Oriente á la Luisiana y provincia de Tejas, y al Occidente parte de Sonora y California Alta: su temperamento es frio, pero el terreno muy fértil, por las muchas nieves que caen en invierno. Es comun que este territorio es el más parecido á la Península española por su feracidad, temperamento y producciones: es despejado y ameno, y participa de la sierra madre que se tiene por un manantial de oro y plata; y seria el país más próspero si no tuviera tan cerca la gentilidad.

La conquista de esta tierra privilegiada tuvo los mismos principios que la de la provincia de Coahuila: toda fué obra de la Providencia. Por los años de 1532 se encontró la seccion de tropa que puso Nuño de Guzman á las órdenes de Pedro Chirinos, como ya he referido en otro lugar con seis españoles que en la invasion de Pánfilo de Narvaez á la Florida se extraviaron en los

montes, y se encontraron con una nacion que á la vez padecia una epidemia que la desolaba, y habiendo aquellos españoles acertado prodigiosamente con arbitrios eficaces para su curacion, la contuvieron. Este feliz suceso los defendió de la fiereza de los bárbaros, los cuales no los dejaron salir del país por el interés de que los curaran en sus enfermedades. Ellos no perdieron la ocasion oportuna de catequizar á los indígenas que pudieron en los principios religiosos, y buscando arbitrios para salir de su cautiverio, promovieron con los indios amigos una expedicion á la parte occidental del territorio, en donde suponian poder encontrar á sus compañeros. En las dilatadas mansiones que hicieron se detuvieron mucho tiempo en N. México y de allí entraron á Sonora, en donde se reunieron à los españoles.

La fecunda semilla de religion que habian dejado en unos corazones tan bien dispuestos como los de los indios, se conservó hasta el año de 1581 en que entró al N. México el P. Fr. Agustin Ruiz, misionero franciscano. Este religioso residia en una mision del territorio de Chihuahua, y fué avisado de unos indios conchos amigos, que no lejos de allí habia muchas naciones y entre ellas algunos indígenas que ya tenian no-

ticia de la religion católica. Trató luego el P. Ruiz de buscar à estos indios con empeño, y en breves dias logró su objeto, catequizando y bautizando á aquellas afortunadas gentes: luego procuró el auxilio de algunos compañeros que felizmente se le proporcionaron de las misiones de Sonora.

Cuando el virey de México supo los nuevos descubrimientos y sus progresos, mandó à D. Antonio Espejo con alguna gente y socorros para protejer las misiones. Por algunos alborotos que se suscitaron entre las tribus inmediatas fué de necesidad que se pidiese más tropa para fundar algunos presidios, y salió de México una nueva partida á las órdenes de D. Juan de Oñate, pariente de los conquistadores de Jalisco, la cual llegó á su destino en 1595.

A los 50 años, esto es, el de 1644, hubo una sublevacion general de las naciones del territorio, en que murieron todos los misioneros, y aun el gobernador español, á manos de los bárbaros: solo escaparon muy pocos habitantes que se refugiaron en el paso del Norte. Desde allí se hicieron nuevas solicitudes al virey para que se reconquistase lo perdido, y muchos de los descendientes de los primeros defensores del país se reunieron á la gente que salió de Zacatecas y

otros puntos, á la reconquista de tan recomendables posesiones, el año de 1694 á las òrdenes de D. Diego Vargas.

Despues de muchas y sangrientas batallas entre los españoles y los bárbaros sublevados, sucumbieron éstos. Los pueblos de San Juan de los Caballeros y Pozos se habian mantenido fieles á los españoles, á pesar de estar en lo interior del país, y cooperaron eficazmente á la pacificacion general. Desde entónces, aunque no han progresado lo que pudieran aquellas colonias, por las irrupciones continuas de los bárbaros, se han puesto en estado de compensar mejor que otras provincias la proteccion que reciben del gobierno

Conquista de las Californias.

Desde que los españoles conquistaron el imperio mexicano tuvieron noticia de la península de California, como que de allí habia salido la mayor parte de las enormes cantidades de perla fina, que constituia el más rico adorno de los emperadores y señores de México, y de la que hicieron los conquistadores un vergonzoso despojo á sus legítimos dueños.

La topografia de este territorio es irregular, porque la parte que forma la península es calien-

te en exceso y de allí le viene el nombre de California, que se deriva del latino *Calida fornax.* Es muy árida y solamente se pueden aprovechar de ella las costas, por la altísima sierra que las intermedia. Corre la península desde el grado 23 en que está el cabo de San Lucas hasta el 33 de latitud Norte, y desde allí hasta el 45, en que comienzan las posesiones inglesas, se denomina la Alta California.

El célebre Cortés, y despues el primer virey de N. España D. Antonio Mendoza, aún ignorando que estuviese unido el territorio de Californias á nuestro continente, pusieron sucesivamente escuadras en el mar del Sur, con el objeto de invadirlo; pero malogrados sus esfuerzos por varios accidentes, desistieron de la empresa. En tiempos posteriores hicieron todavia los españoles una nueva tentativa que tambien se frustró. Càrlos II dió órden para que entrasen al territorio de Californias algunos misioneros jesuitas á hacer con la persuasion lo que no se podia efectuar fácilmente con las armas, y así el año de 1683 dispuso el virey marqués de la Laguna que armadas dos fragatas y una lancha á las órdenes de D. Isidoro Atondo, condujesen á los PP. Matías Gogni y Eusebio Kino á fundar misiones. Saliendo los PP. de la costa de Si-

naloa á la de California comenzaron su apostólica tarea, y cuando empezaba á fructificar la semilla evangélica entre los habitantes de la costa, vinieron otras tribus y acometieron á la nueva colonia, que precipitadamente se disolvió, regresando los misioneros à Sinaloa con grande sentimiento de todos los interesados..

El P. Juan María Salvatierra, consternado por el mal éxito de aquella primera expedicion, y sabedor de la buena disposition de algunas tribus indígenas, renovó inmediatamente los empeños anteriores y ganó la voluntad de algunos bienhechores que le ofrecieron auxilios para continuar la empresa. Uno de ellos fué el tesorero de Acapulco D. Pedro Gil, quien ofreció al P. y al virey de México sus barcos, para conducir la expedicion que se formase: se realizó èsta y salió de la costa de Sinaloa en 1697.

Habiendo tocado y reconocido la escuadrilla varios puntos, entre ellos la bahia de la Concepcion, pusieron los colonos su cuartel general en San Dionisio. A poco tiempo llegó al mismo punto en otro barco el P. Francisco Picolo, y los dos misioneros comenzaron à trabajar en la conversion de los bárbaros con grande fruto, dirigiéndose uno al Sur de la península y otro al Norte, y en pocos años fundaron cuatro misio-

nes con algunos pueblos de visita. Desde esta época no se han desamparado aquellas apreciables posesiones.

El P. Kino, que habia salido tan desairado de su empresa, alentado con la noticia de los nuevos progresos que entre los californios hacian sus hermanos, tomó el mayor empeño en unirse á ellos, y dificultàndosele barco para ir por mar, proyectó desde la Sonora en donde se hallaba, un viaje al Noroeste, con la esperanza de hallar paso por tierra ó desengañarse si la California estaba separada del continente. Caminando sin descansar este celoso ministro, afortunadamente tocó despues de muchos dias con la montaña de Santa Clara, observó luego desde la costa que las corrientes del mar no se dirigian al Norte, é infiriò justamente cuál podia ser la causa; así es que doblando sus jornadas al N. O. llegó al rio Colorado que tiene su desembocadura en la cabecera del golfo. Este descubrimiento se hizo el año de 1700.

Luego que se vió el P. del otro lado del rio, conociò estar ya en las Californias y dibujó un mapa que designaba la union de nuestro continente con aquel territorio: no tardó mucho en unirse á sus hermanos que con otros muchos colonos que siguieron entrando al territorio por el

mismo camino, formaron los pueblos y los aumentaron hasta el estado en que los hallaron despues los misioneros domínicos y franciscanos que por la extincion de la compañía de Jesus recibieron aquellas misiones.

Aun colonizada la costa oriental de la Baja California, era forzoso que la occidental tuviera mayores incrementos, por ser la más á propósito para el comercio. Por eso y el mejor temperamento de la costa septentrional, ha prosperado más la Alta California en todos los ramos de comercio, industria y agricultura, bajo la direccion de los misioneros del colegio de San Fernando de México, que recibieron las misiones desde el año de 1768.

Son innumerables las tribus indígenas de aquel territorio, y á pesar de tantos años de trabajos que han emprendido los misioneros para reducirlas y formar pueblos, aún hay mucha gentilidad. Se ha observado allí, lo mismo que entre los indios gentiles de otros países, que á pesar de confesar la santidad de la religion y utilidades que les proporciona el vivir en sociedad, por haberse criado en la holganza temen el trabajo á que se les dedica en las misiones para que adquieran el sustento, y no se reducen á las poblaciones, no obstante que desean el bautismo con ansia á la hora de la muerte.

El clima de ambas Californias es muy sano y el país abundantísimo én todo lo que hace la prosperidad de los pueblos: tienen costas abiertas al mar pacífico y puertos cómodos para el comercio, valles amenos, grandes llanos, montes espesos de exquisitas maderas y muchos rios para cuanto pueda necesitar la agricultúra; abundan en toda clase de ganados y gozan de las exquisitas producciones de la perla fina y hermosas nutrias; ni les faltan cerros que pueden contener preciosos metales.

Estos elementos de riqueza han llamado la atencion de los comerciantes y empresarios extranjeros, que se van apoderando insensiblemente de las costas del Norte, y pueden con el tiempo ocasionar grandes convulsiones polìticas en aquellas colonias. Por ésta y otras causas ya no se conservan estos establecimientos en situacion tan favorable como ántes. Las revolucionés políticas de México han paralizado sus incrementos: estando el fondo piadoso que poseen las misiones á discrecion del gobierno, por lo comun se ha empleado en robustecer el poder de los partidos que se han sucedido en el mando; y así es, que un caudal tan cuantioso casi no consiste ya sino en un crédito que es imposible cobrar para invertirlo en los objetos de su instituto.

Conquista del Nayarit.

El nuevo reino de Toledo, ó provincia del Nayarit, es toda la sierra que media entre el departamento de Zacatecas al Occidente, el de Sinaloa al Oriente, el de Jalisco al Norte, y el de Durango al Mediodia. Está bajo el trópico de Cáncer á los veintitres y medio grados de latitud N. De sus producciones no se sabe que sean otras, que las comunes y escasas qué puede dar una sierra; pero debe haber muy ricos minerales, pues el de Bolaños que es el único que se ha trabajado allí, ha sido la emulacion de Zacatecas, Guanajuato y Pachuca.

Aún ántes de la conquista de México habia grandes rivalidades entre los zacatecanos y guachichiles, llamados hoy güicholes, que son los que habitan la sierra del Nayarit; pero la reunion general de los cascanes y otras naciones para resistir á la dominacion española y el mal éxito de ella, diò motivo para que los guachichiles y los prófugos se reconciliasen, proponiéndose desde entónces vivir en la sierra, que por ser tan quebrada y fragosa, seria inaccesible á los conquistadores. De aquí resultó la dificultad que hubo por espacio de doscientos años para reducir á los nayaritas á la religion y gobierno español,

y de aquí la necesidad de conservar en la frontera de la sierra un canton respetable de tropa que contuviera las incursiones de los serranos, para lo cual se estableció un cuartel general en el pueblo de Colotlan.

La Audiencia de Guadalajara por dos veces mandó expediciones para conquistar el Nayarit, las cuales entraron por Huaynamota, y al fin se malograron. Otra vez de órden del virey de México, emprendieron la reduccion de los neyaritas tropas de Durango, que entraron por Guazamota, y tuvo el mismo resultado que las de Jalisco. No fueron pocos los esfuerzos que se hicieron por los misioneros jesuitas y fraciscanos para conseguir el deseado fin; pero habiendo perecido algunos á manos de los indios, abandonaron la empresa.

Lo que se habia logrado por la fuerza y la persuasion, se alcanzó por la justicia del cielo. Comenzaron á experimentar los rebeldes nayaritas una extraordinaria escases de lluvias que en algunos años les privó del fruto de su trabajo en las sementeras y de los ganados que les servia al manteuimiento; si alguno de ellos conseguia cosechar algo, los demás lo asaltaban para robarlo: dea quí se siguieron hostilidades recíprocas y otras grandes calamidades públicas,

como la peste que regularmente sigue al hambre y á la guerra, hasta que al fin se vieron obligados aquellos bárbaros á buscar el remedio entre sus enemigos. Para entónces ya se habia conseguido la reduccion de algunos nayaritas principales, á esfuerzos de los indígenas de San Pedro Analco, pueblo que se habia fundado por la comitiva de Pedro Chirinos en su expedicion al N. de Jalisco; y los demás, como se veian continuamente perseguidos por todas partes, trataron de hacer sus proposiciones al gobierno por medio de un amigo que en las veces que salian á comerciar habian adquirido en la villa de Jerez, cerca de Zacatecas. Este amigo fué D. Juan de la Torre Valdés y Gamboa, ciudadano honrado y recomendable por todas sus circunstancias, quien dió aviso de la solicitud de los nayaritas al corregidor de Zacatecas D. Martin Verdugo, y éste al virey de México el marqués de Velasco, en el mes de Enero de 1721. Recibió el virey con el mayor placer la noticia y luego dió á Torre el título de protector del Nayarit, le asignó sueldo y le prescribió el reglamento que habia de seguir en el desempeño de su comision.

La primera diligencia del pretector fué atraer por medio de los indios amigos al jefe principal

que era conocido con el nombre de Tonati, à lo que cooperaron con el más plausible celo algunos de los caciques que, segun dejo dicho, habian ya recibido la religion y habian ya formado pueblos en la frontera, y á quienes como era natural comunicaban los gentiles su desgraciada situacion, circunstancia de que se valieron los cristianos oportunamente para convencerlos y reducirlos. El principal colaborador fué D. Pablo Felipe, encargado por Torre de convencer al Tonati, y lo hizo venir á la presencia del protector con 50 indios, para tratar de la reduccion de todo el Nayarit.

No le fué difícil á Torre conducir á Zacatecas al Tonati y su escolta, valiéndose al efecto de halagos y promesas, y de acuerdo con el corregidor y vecindario se le hizo un recibimiento cual correspondia á tal personaje, y respecto del cual habia un interés tan conocido. Salió el corregidor fuera de la ciudad con el conde de la Laguna, oficiales reales y cuantos componian la nobleza zacatecana, en coches de gala, caballos enjaezados y un inmenso pueblo, á recibir al Tonati; se prepararon salvas y repiques, y en medio de acompañato tan respetable y lucido entró el jefe de los nayaritas con su escolta y fué alojado en el palacio del conde con tosda su gente,

Convencido dicho jefe de la utilidad de pasar á México á tratar con el virey del negocio de la colonizacion del Nayarit, se resolvió à hacer el viaje; pero los indios que le acompañaban temieron un mal resultado y se le separaron 25 de los 50 que traia. Partió D. Juan de la Torre con el Tonati y los 25 indios de su escolta para Mèxico, en donde recibió los mismos obsequios que en Zacatecas; saliendo el virey fuera de la ciudad á recibirlo y hospedándolo en su palacio. Lo visitó de general y lo agasajó á él y á sus compañeros con diversos regalos.

Comenzaron luego los tratados, y el Tonati propuso los artículos siguientes: 1. ° Que á él y à los demás caciques se les debia conservar en rango de señores de su nacion. 2. ° Que no se les habian de quitar sus tierras. 3. ° Que nunca habian de pagar tributos ni alcabalas. 4. ° Que se les habian de entregar los prisioneros que habia en Colotlan y Guadalajara. Estas propuestas fueron aprobadas en junta general de guerra celebrada en 20 de Mayo de 1721.

Regresó à pocos dias D. Juan de la Torre con el Tonati y sus compañeros á Zacatecas, y temeroso de lo que en este tiempo podia suceder entre los nayaritas, se resolvió a no entrar á la

ciudad y dirigir su marcha sin detencion á la sierra. Como el Tonati no habia consultado con los caciques el viaje á México, encontró à los más enojados, y resueltos à no sujetarse á los tratados que les hizo presentes. Para contentarlos se disculpó con la urgencia de los compromisos en que se habia hàllado: al mismo tiempo entró el general protector y encontró á los más de los pueblos levantados declarando la guerra á los españoles.

Hechas las prevenciones para la colonizacion, era imposible retrogradar de la obra comenzada; y así el virey, luego que supo la disidencia de los nayaritas, determinó que entrase Torre con tropa y batiese à los indios si no se rendian. Comprometido el protector, formó su expedicion en Zacatecas de dos compañias de á 100 hombres bien pertrechados de municiones y víveres, y avanzó sobre la sierra saliendo de Huajuquilla en 6 de Setiembre del mismo año de 1721.

Habiendo llegado á Pellotan pasó á la puerta, en donde por convenio secreto debia encontrar al Tonati. Este, enfadado de ver á los suyos obstinados en hacer la guerra á los españoles, se fué á la Mesa y dejó à los indios guerreros que hiciesen lo que les pareciese. Muy pronto se comprometió una accion en que, como era

preciso, quedaron derrotados los indios, habiendo habido algunos muertos y heridos; pero los dispersos formaron otra reunion más considerabe que la primera en el punto de Zaurite.

D. Juan de la Torre, poco acostumbrado á la milicia y trabajos de la guerra, y vivamente conmovido, por otra parte, al ver la mortandad de unos indios que amaba de corazon, y que sólo un compromiso pudo determinarlo á perseguir, se enfermò gravemente y cayó despues en una demencia tal, que lo inhabilitó para seguir la campaña. Con tal motivo fué relevado en el mando por el conde de la Laguna, mientras el gobierno resolvia lo conveniente. El virey, por los informes de la riqueza y demàs circunstancias de D. Juan Flores de la Torre, cuarto nieto del alférez de la conquista de Juchipila y encomendero del mismo pueblo Fernando Flores, le dió despachos de protector del Nayarit y de general de la expedicion militar conquistadora. Se le mandó reclutar gente al efecto: él por su parte ofreció cuanto podia ser útil de sus haciendas de Tallahua y otras que poseia, y la expedicion quedò aprestada en poco tiempo.

En 24 de Diciembre de 1721 salió Flores de Villanueva con 400 hombres de todas armas, llevando de segundo jefe à D. Francisco Escobe-

do, vecino de la misma villa. Entraron al Nayarit Flores por el Norte y Escobedo por el Oriente de la sierra con sus respectivos trozos de tropas; dieron algunas batallas en que mataron muchos indios, como era forzoso por la ventaja del armamento; protejieron al Tonati, en virtud de sus antiguos compromisos; y con él, otros caciques y señores y más de cuatro mil indios que reunieron de pronto, fundó Flores pueblos y misiones. Al efecto salieron misioneros jesuitas y franciscanos de Zacatecas, quienes con su acostumbrado celo apacentaron pacíficamente á sus ovejas hasta el tiempo de la extincion de los jesuitas en que recibieron las misiones los padres de San Francisco de la provincia de Jalisco.

El 18 de Setiembre de 1722 dejó Flores de la Torre el Nayarit. No se le cedieron tierras ningunas de las conquistadas, como se hizo en las primeras conquistas; solamente se le dieron las gracias por sus heròicos servicios, despues de haber gastado en la expedicion mucho de su caudal, y últimamente murió pobre como muchos de los conquistadores europeos.

LIBRO QUINTO.

Fundacion de la capital de N. Galicia.—Gobierno y gabelas establecidas.—Progresos en la religion.

Fundacion de la capital de N. Galicia.

Las rivalidades de los conquistadores entre sí mismos por los grandes intereses que traian entre manos, y de los que querian participar unos más que otros, al mismo tiempo que aparentaban imparcialidad y buena fè para con el soberano español, fueron causa de las perpetuas contiendas en que vivian, y cuyo resultado fué la ruina de muchos. Una de las víctimas de la envidia fué Nuño de Guzman, por haber sido juez de residencia de Fernando Cortés y no haberle hecho el favor que exigian los atentados que cometió en la conquista del Imperio Mexicano. Luego que aquel jefe realizó las conquistas de los reinos de Tonalan y Jalisco, informó

al rey de cuanto habia hecho; pero como habia cometido los mismos atentados que Cortés, tuvieron sus enemigos la más oportuna ocasion para satisfacer su venganza.

Despues de la desgracia de Guzman sobrevino la desastrosa invasion de Guadalajara que aquel habia dejado fundada en Tacotan, como ya se dijo en otra parte. La invasion fué el 28 de Setiembre de 1541, y al otro dia se trató ejecutivamente de la traslacion de Guadalajara al otro lado de la barranca y rio, por auto acordado en cabildo pleno á solicitud de todo el vecindario. Para la ejecucion de este acuerdo se propusieron varios dictámenes y prevaleció el de comisionar á Miguel Ibarra y Juan del Camino, para que buscasen un lugar el más á propósito sin tocar á Tonalan, porque aunque ya Nuño de Guzman estaba en España era preciso respetar las órdenes en que habia mandado reservar aquel valle con el objeto de titular sobre él. Los comisionados propusieron el valle de Atemajac ó el de Toloquilla, y al vecindario le pareció mejor para fundar la nueva ciudad el primero.

El 6 de Octubre salieron todos los españoles, soldados y vecinos con algunos indios amigos y sus familias para el punto elegido, á muy cortas

jornadas: llegaron al pueblo de Tetan, en donde estaba ya fundado por el P. Fr. Antonio Segovia un convento pequeño de religiosos franciscanos, que fué el primero de la actual provincia de Santiago de Jalisco, y allí hicieron alto algun tiempo mientras se disponian varias cosas para la estabilidad de la nueva fundacion. Quedó cubierto el punto de Tacotan con alguna tropa y se publicaron bandos convocando á los que quisiesen poblar la ciudad, con cuyo objeto se reunieron de varios puntos veintidos estremeños, nueve montañeses, nueve andaluces, nueve portugueses, seis castellanos y tres vizcainos, que fueron por todos 58 europeos. El primer cura fué el Br. D Bartolomé de Estrada y su vicario el Br. D. Alonso Marin. Los padres franciscanos fueron rogados para trasladar su convento, y no queriendo los indígenas del pueblo quedarse sin los padres, los más abandonaron sus hogares por seguirlos. Toda la colonia se reunió en el punto que hoy es el pueblo de Analco, y el 11 de Febrero de 1542 recibió su forma la ciudad. Despues de leidas y publicadas las cédulas reales, en que le concedia el rey el título de ciudad de Guadalajara, el escudo de armas y otros privilegios, se eligieron los primeros alcaldes, regidores y procuradores en la for-

ma que se hacia en México: se hizo repartimiento de solares y se comenzó á formar la ciudad al estilo de Europa por toda la vega del rio, que reune los muchos manantiales que corren de Sur á Norte por aquel delicioso valle, hasta su confluencia con el rio de Tololotlan ó de Santiago.

Està situada la ciudad á los 20 grados 51 minutos de latitud Norte y los 275 de longitud de Tenerife: su temperamento es caliente y seco, pero muy sano; llueve mucho, y la tierra es muy propensa á tempestades. Suele temblar aunque con ménos frecuencia que en otras partes; pero este inconveniente es soportable por la feracidad de la tierra, que prodúce todo lo que la necesidad, el gusto y aun el regalo pueden apetecer. Por las pingües haciendas y muchos pueblos que tiene la ciudad en su circunferencia, goza de un comercio diario y muy activo, y su industria y agricultura han estado siempre en el mayor auge. La poblacion que se extendió al principio por toda la vega del rio, se vió precisada á continuar los edificios al Poniente de dicha vega para tener cerca las iglesias y conventos que se pensaban construir. De esta necesidad y la buena policía de los fundadores resultó que la ciudad tirase sus calles à cordel en cuadras perfectas, y á tan hermosa simetría corresponden los suntuo-

sos edificios de la catedral, palacio del gobierno, casas consistoriales, colegios de niños de ambos sexos, hospitales y conventos de religiosos y religiosas.

A tantos establecimientos de beneficencia, que los más fueron obra del celo y piedad de los prelados de la iglesia, la policía y buen gusto de las autoridades civiles ha agregado hermosos paseos, costosos puentes para facilitar el tránsito en puntos cenegosos y pasos difíciles, y fuentes perennes que adornan las plazas y son un testimonio del empeño que ha habido en procurar el bien y comodidad de los habitantes.

La saca de aguas para las fuentes públicas la hizo un religioso lego de San Francisco, llamado Fr. Pedro Bruzeta, cuya idea prevaleció sobre los varios proyectos que se formaron para traer el agua del punto llamado Calonos, y consistió en hacer un crucero de pozos en lo más alto del valle y comunicarlos por targeas subterráneas y ademadas. Así se verificó, y el dia 13 de Junio de 1740 comenzó á echar agua la pila de la plaza de armas.

Gobierno de la N. Galicia.

La forma de gobierno de la N. Galicia fué variando desde su conquista, segun el arreglo que

le fueron dando los soberanos españoles. Se habia erigido un consejo llamado de Indias, para que entendiese en todos los asuntos de las Américas, y consultase las leyes convenientes, y de aquí dimanaron los códigos de leyes peculiares de indias que se fueron modificando conforme à los tiempos y circunstancias.

Los primeros jefes conquistadores se llamaron capitanes y se les daban los títulos de generales ó tenientes generales. Despues se dió el nombre de gobernadores á los que presidian á las provincias conquistadas, los subalternos de éstos que presidian á los partidos se llamaron alcaldes mayores, y à éstos estaban sujetos los encomenderos de los pueblos. A los gobernadores que reunian los mandos político y militar sucedieron los corregidores que solo ejercian jurisdiccion civil, á los alcaldes mayores los sub-delegados y sus tenientes à los encomenderos. Mucho tiempo despues fueron reemplazados los corregidores por intendentes de hacienda, encargados tambien del gobierno político de las provincias, de que se hizo una nueva division.

La audiencia de N. Galicia se erigió en el año de 1549, y no agradando à los oidores para su residencia la ciudad de Compostela en donde se habia instalado, se pasó con licencia del sobera-

no á la ciudad de Guadalajara à los veinte años, junto con la silla episcopal, y desde entónces fué dicha ciudad capital de todo el reino.

La primer gabela que se impuso en él fué la alcabala á razon de un dos por ciento sobre entradas y consumos, y el pretexto para imponerla fué la necesidad de sostener una armada que por las islas de Barlovento y Sotavento impidiera el comercio clandestino de otras naciones con México, para establecer el exclusivo de España, con cuya medida se afianzó el espantoso monopolio que sufrió nuestra América por tres siglos Los demas impuestos y contribuciones conocidos. bajo diversos nombres hasta el número de setenta, se fueron estableciendo sucesivamente, y llegaron á producir en todo el vireinato de México veinte millones de pesos fuertes por año. A los infelices indios, con el título de excepcionarlos de alcabalas, se les impusieron los tributos, despues se éxtendió esta misma contribucion á las castas, y todos dejaron de pagarla el año de 1810, en que se proclamó la independencia nacional. El que quiera imponerse por menor de la historia de estas gabelas, puede ocurrir á la obra que sobre ellas escribió en tres tomos el Lic. Fonseca de órden del virey conde de Revillagigedo, y permanece inédita.

El patronato de todas las iglesias de la América fué concedido á los reyes de España por el Papa Julio II con varias cargas, y en recompensa de ellas varios honores y privilegios de que gozaron en todo el territorio de México hasta el año de 1821, en que se verificó su independencia de la metrópoli. Se proveian siempre en la corte los obispados y canongías, los curatos se proveyeron tambien en España, hasta el año de 1603 en que comenzaron á proveerlos los vice-patrones.

Desde el año de 1501 se concedió á los mismos reyes por la silla apostólica disfrutar de los diezmos, á título de los gastos que debia hacer la corona en la ereccion de iglesias, congrua de misioneros, y su conduccion, dotacion de parroquias y otros que regularmente debian erogarse de los despojos de las naciones conquistadas, y despues de las contribuciones que se impusieran á los indios y colonos. Se hizo, pues, un reglamento para la distribucion de los diezmos; pero sin la proporcion correspondiente, de donde en todos tiempos han resultado grandes trastornos y debates.

Asentar que los soberanos españoles en cumplimiento de las cargas anexas al patronato que les concedió la silla apostólica, sufragaron los gastos hechos en las iglesias, es contra lo que

debe constar en los archivos de cada una de las iglesias, parroquias y conventos. Lo más se ha hecho á expensas de los pueblos, y en toda la N. Galicia las más de las parroquias son las iglesias que dejaron hechas los misioneros.

Progresos en la Religion.

Las Américas septentrional y meridional son deudoras á Dios del beneficio de que sus conquistadores y colonizadores fuesen católicos, pues aunque tuviesen por insentivo principal para la conquista los intereses temporales, siendo católicos era preciso que introdujesen en el país conquistado la religion de sus padres; y como ésta se recomienda tanto por la rectitud y dulzura de sus divinos dogmas y preceptos en todo conformes con los sentimientos de la naturaleza, fructificó admirablemente entre los indios, en virtud de la buena disposicion de sus corazones. Apénas publicaron los españoles su religion, cuando la recibieron todas las naciones americanas sin resistencia y con el mayor aprecio y fervor; pero por la ignorancia de los indígenas y su falta de civilizacion, trabajaron mucho los misioneros para reducirlos à vivir en pueblos.

A pesar de que en México se reunieron muchos eclesiásticos desde la primera entrada de los es-

pañoles, tanto clérigos como religiosos de varias órdenes, principalmente de la franciscana, no pudo Nuño de Guzman conducir todos los que quisiera á la N. Galicia y este defecto se suplió al principio con los neòfitos dicípulos de Fr. Pedro Gante.

Por primera vez entraron con Guzman dos clérigos y cinco religiosos, cuyo número se aumentó con un clérigo y dos misioneros que habian entrado con Francisco Cortés por Colima: despues, luego que venian misioneros de España, se remitian algunos á la N. Galicia. El P. Fr. Antonio Segovia, primer custodio de la provincia de Jalisco, vino con otros cuatro compañeros el año de 1535, y sucesivamente vinieron otros religiosos, hasta que la custodia llegó à tener sesenta y dos casas ó vicarías llamadas tambien doctrinas. La principal estuvo en Tetan, hasta el año de 1541 en que se trasladó con la ciudad de Guadalajara á San José de Analco.

Desde el año de 1548 se instalò el cabildo eclesiástico, que comenzò por tres dignidades, cuatro canongias y cuatro prebendas. El año de 1631 se dividió de Guadalajara el obispado de Durango, que comprende lo que se llamó N. Vizcaya, Sonora y Sinaloa y el N. México. El

obispado del N. Reino de Leon, se erigió en 1777, dividiéndose del de Guadalajara con las provincias de Coahuila y Tejas y la llamada colonia del N. Santander. El obispado de Sonora se dividió del de Durango el año de 1780, y como más bien se quiso fuese una custodia de misioneros con un prelado eclesiástico, se adjudicó el soberano los diezmos, poniendo à sueldo al obispo. Hasta ahora se conservan estas iglesias; pero las circunstancias políticas del Estado no dan esperanzas de sus progresos.

Los padres domínicos solamente fundaron en la N. Galicia los conventos de Guadalajara y Zacatecas, y otro en Durango; los agustinos tres en las mismas ciudades, los mercedarios en Guadalajara, Zacatecas, Aguascalientes y Colima; los carmelitas entraron á la América con condicion de servir misiones, y solamente han fundado el convento de Guadalajara; los jesuitas tuvieron los colegios de Guadajalara, Zacatecas, Durango, Chihuahua y Parras; los juaninos fundaron conventos en Guadalajara ,Zacatecas, Durango, Aguascalientes y Colima, y los belemitas solo en Guadalajara. Despues de los misioneres franciscanos, fundadores de las iglesias de N. Galicia, los que trabajaron más en la conversion de los indios fueron los padres agustinos, y des-

pues los de la compañía de Jesus. Los agustinos sirvieron por muchos años las doctrinas que dejaban los franciscanos para ocurrir á la gentilidad. Las más de las doctrinas se han erigido sucesivamente en curatos.

Los padres jesuitas, antes de la ereccion de sus colegios, fundaron muchas misiones, principalmente en la sierra de Topia, Sonora y California Baja. Estos padres y los agustinos merecen en la historia de las Américas la recomendacion màs sobresaliente, no ménos que la gratitud de los indígenas por los sacrificios que hicieron por su bien en lo espiritual y temporal. Justamente merecen tambien recomendarse los primeros misioneros franciscanos que entraron por Colima, y los que vinieron con Nuño de Guzman y con el virey Mendoza: ellos contuvieron en muchas ocasiones la destruccion total de los indios. La nota que se encuentra en la memoria de Chimalpain, sobre la conquista de Jalisco impresa por el Sr. Bustamante, y que trascribe el Sr. Esparza en su visita de los partidos meridionales de Zacatecas, no puede entenderse de los misioneros, que fueron los que suplicaron al virey D. Antonio Mendoza no siguiese la carnicería en los vencidos del Mixton, y sacaron de una barranca seis mil prófugos que allí se habian

retraido, con los que se fundó el pueblo de Juchipila.

A más de ésto consta que los misioneros informaban á la corte de los atentados de sus mismos paisanos, por lo que vinieron las màs severas providencias para contener el furor de algunos conquistadores. Aquellos padres sacrificaban la quietud de sus claustros y se exponian á los peligros de una larga, penosa y poco conocida navegacion, por el bien y felicidad de los indios; y cuando trabajaban en civilizarlos, les enseñaban con sus propias manos las artes y la labranza de la tierra. Ellos jamás creyeron que los indios no eran racionales, como lo decian algunos españoles: aunque pocos, respecto de la inmensa poblacion que les estaba encomendada, volaban de un pueblo á otro á consolar y socorrer á los infelices, con el amor que lo hace una madre con sus hijos, y cuanto adquirian de limosna y por la congrua que les pasaba el erario, lo invertian en el socorro de las necesidades públicas, en la construccion de las iglesias y hospitales de los pueblos: ellos, con la mayor resignacion y puntual obediencia, dejaban el fruto de tantos trabajos á la menor insinuacion de los señores obispos, para que se colocasen en los pueblos en clase de párrocos eclesiásticos seculares

por solo la opcion que estos habian adquirido à un beneficio al recibir las órdenes: ellos, por ùltimo, hicieron sin armas la conquista de las voluntades con su doctrina, con su ejemplo y con las obras de la más heroica caridad.

Acaso se extrañarà este rasgo apologético en una historia; pero como no pueden recordarse los progresos políticos y religiosos de la N. Galicia, sin pagar un tributo de gratitud á los agentes de tantos bienes, no he podido omitirlo. Por otra parte, estoy viendo la poca recomendacion con que algunos han hablado de los misioneros, y es preciso demostrar su mérito para confusion de muchos impios é ingratos, á quienes con verdad se les puede asegurar que yacerian en las tinieblas de la gentilidad y la barbarie, ó no existirian, si no hubieran hecho los misioneros tantos sacrificios á favor de sus progenitores.

Las misiones que se han fundado en tiempos posteriores á la conquista, han sido ménos felices que las primeras. Como ha sido preciso establecerlas con el auxilio de las armas, para que bajo su respeto se trabajase en la colonizacion de los pueblos, no se han encontrado muy favorables disposiciones y circunstancias. No obstante, se ha hecho mucho, aunque con trabajos y sacrificios. Así tenemos hoy en los departamen-

tos limítrofes á la gentilidad, grandes pueblos, haciendas y aun ciudades, que fueron misiones en su principio. Los misioneros de la provincia del Santo Evangelio han colonizado al N. México; la provincia de Zacatecas á los más de los pueblos de Chihuahua y Durango; la de Santiago de Jalisco y colegio de la Santa Cruz, á la Sonora, Sinaloa y Nayarit; el colegio de San Fernando à la Alta California: el colegio de Guadalupe á las Tamaulipas, Taraumaras y Tejas.

Es lamentable que tantos trabajos y costos que han tenido los misioneros y el erario en los progresos de la religion y civilizacion de los neòfitos, se hayan inutilizado por la destruccion de muchas de las misiones antiguas, causada por la sublevacion de algunas naciones infieles; pero no es imposible que vuelvan al ser que tuvieron y con mejoras, si se modifica solamente á las actuales circunstancias el método y reglamento que dirigió en tan grande empresa á los primeros gobiernos y misioneros.

No me detengo más en otras minuciosidades de la historia de los Estados independientes del imperio, porque mucho se encontrará en autores de la conquista de México; y otras noticias quedaràn ocúltas hasta que haya quien las saque á luz de los archivos particulares de los pueblos y

capitales. Me ocuparé últimamente de hacer las observaciones más conformes que me ha enseñado la experiencia, sobre la colonizacion de las tribus bárbaras del continente.

Ensayo sobre la reduccion y colonizacion de las tribus bárbaras del continente.

1. Los medios que adoptó el gobierno español para conservar en paz á las naciones indígenas de esta República despues de la conquista, surtieron su efecto en lo más del interior, ya por el convencimiento de no poderse sustraer de la dominacion extranjera, ya por el castigo que se aplicó á los disidentes. Estos arbitrios no fueron suficientes para aquietar los ánimos de las naciones limítrofes, por varias causas. Los indios del interior que promovieron sublevaciones parciales contra sus dominadores, temerosos del castigo y vejaciones consiguientes á su delito, se retiraron en gran nùmero á las sierras y provincias internas; y unidos á las naciones que las habitaban, sistemaron la defensa de su territorio, saliendo en guerrillas frecuentes por varias direcciones á destruir los pueblos colonizados.

2. El gobierno español, que se consideró con derecho para asegurar la posesion de lo conquistado y colonizar todo el territorio que invadiese,

se halló en la necesidad de oponerse à las irrupciones de los bárbaros y á proyectar los medios más á propósito para la reduccion de tantas naciones como poblaban las sierras y los inmensos territorios. Para asegurarse de las resoluciones que al efecto deseado fué tomando, y fundar en justicia sus derechos, se obligò á expensar cuantos gastos se hicieran en fundar presidios y misiones en las fronteras más inmediatas á la gentilidad.

3. En los presidios era forzoso establecer cuarteles y mantener las tropas de soldados suficientes para contener el furor de los indígenas, para protejer las poblaciónes y misiones; y éstas se debian dotar con algun capital ,llamado temporalidades, para la conservacion del culto, igualmente que al misionero con los llamados sínodos. Y como en ésto y sostener las misiones, doctrinas y curatos del interior se debian emplear grandes sumas de dinero y efectos necesarios para la subsistencia de tantos colonos, pidieron los reyes españoles á la silla apostólica toda la masa decimal de las iglesias ya erigidas ó que se habian de erigir. Y para que á tan grande empresa no se opusieran algunas trabas que embarazaran los fines que se proponian, á más de los diezmos, les concedió la iglesia el derecho de Patronato sobre todas las diócesis dé República.

4. Han corrido tres siglos en la pràctica del propuesto sistema y solamente se ha conseguido extender la área de los departamentos, en lo más imaginariamente, á costa de inmensos sacrificios; sin haber expensado los gastos con los emolumentos que han producido tan dilatados territorios, ni ménos haber recibido la religion ni civilizacion las naciones limítrofes. Nuestra suerte se ha empeorado y actualmente nos hallamos sin presidios, sin misiones y sin las tropas suficientes para contener á los bárbaros que han destruido ya muchas colonias que disfrutábamos muchos años pacíficamente.

5. Las causas de tantos males son los obstàculos que se han opuesto à las benéficas intenciones de los primeros gobiernos. Uno es el retiro de las compañías de las tropas prisidiales. Otro la extincion de las misiones y el desarreglo de las que han quedado. Otro la falta de colonias industriosas que se debieron introducir del interior para formar pueblos, en que los indios se enseñasen á trabajar. Y ùltimamente, el peor obstàculo ha sido la libertad que han tenido los extranjeros para comerciar con las naciones, y sus conatos para establecerse en las colonias.

6. Esto que se hacia no mucho tiempo ha

no muy disimuladamente, aun ayudando à los bárbaros con armas y municiones para que hiciesen la guerra más desastrosa á los presidios y misiones, ha tomado nueva fuerza con las ùltimas leyes de colonizacion. Ya lo vemos de hecho con las agresiones injustas de los colonos de Tejas. No mènos revolucionadas se hallan las Californias. Y si no se dictan nuevas y benèficas provincias, muy pronto se extinguieran las pocas misiones que aun quedan. Esas ya estuvieran desiertas, si el celo del bien de las almas que anima à los pocos ministros que las sirven, no los tuvieran detenidos en ellas, solamente con las esperanzas de alcanzar proteccion del gobierno.

7. No ebstante que estos embarazos ya no se pueden superar sino con una guerra abierta ó con una extraordinara y eficaz política no està por demàs hacer aùn algunas reflexiones que tomadas en consideracion pueden contener la total ruina de los establecimientos que hasta el dia se han conservado á costa de tantos sacrificios; y que puedan ayudar á los encargados de su conservacion y progresos á dictar las providencias que deban tomarse para el remedio de tantos males.

8. Para que sean bien recibidas mis observaciones es de necesidad por ahora desentenderse

de algunos principios de nuestra regeneracion política, que si bien surten todo su efecto en las naciones ya civilizadas, pueden hacer mucho daño á las que no han tocado ni con las primeras leyes de la naturaleza. Estamos en el caso de que á nuestra gentilidad es preciso primero darles á conocer su naturaleza de hombres racionales, para que despues conozcan sus derechos civiles, à que son acreedores en la sosiadad. No es extraño en la historia de las naciones que para hacer la felicidad comun de la sociedad se suspendan los derechos particulares, respecto de los que por su constitucion moral pueden oponer embarazos enormes al bien general.

9. De todo esto se debe inferir que las leyes de colonizacion que se dicten para estos territorios deben tener por base principal contener la libertad absoluta en que viven los indigenas, cuanto sea necesario para recibir la religion en que se funda toda sociedad. La religion equilibra admirablemente todos los intereses del mundo comenzando por los particulares, hasta poder establecer la paz y la felicidad de todo el universo, si igualmente todas las naciones participaren de sus luminosos dogmas y preceptos.

10. El hombre considerado solamente en el estado de la naturaleza, si tiene alguna luz con que puedan buscar los medios que han de ayu-

darle á conseguir su felicidad, lo primero que debe ocurrirle son las obligaciones que tiene para con Dios que lo criò, para con sus prójimos entre quienes se encuentra y para consigo mismo. Este primer concepto lo compromete á buscar una antorcha que le designe específicamente sus deberes y lo lleve sin tropiezo de los diversos intereses activos y pasivos que estàn reclamando las relaciones precisas que ha encontrado con su existencia.

11. Nunca llegará el hombre á los conocimientos de sus imprescriptibles derechos sin el conocimiento de la fuente de tantos bienes: ni ménos cuidarà de registrar en su corazon aquellos suaves pero fuertes impulsos que le intiman la primera ley que debe observar respecto de Dios, de sus prójimos y de sí mismo. Si tuvo la fortuna de recibir las luces del Evangelio de N. Sr. Jesucristo, ya tuvo todo lo necesario para ser feliz en esta vida y en la otra.

12. Por esto ha sido tan fácil introducir la religion del Salvador del mundo en aquellas naciones que en lo más se gobernaban por el derecho natural. Sus santos dogmas y preceptos están conformes con la razon y la justicia, que no pocas veces han sido adoptados por algunos gobiernos y naciones como el ùnico medio de

pacificacion entre las convulsiones y extragos de la anarquia. Su sana y verdadera política hubiera unido ya los intereses de todos los pueblos del mundo si igualmente todos se hubieran aprovechado de sus luces. Hemos visto reinar la paz en donde únicamente ha dominado el espíritu del Evangelio, y la razon es porque desecha perniciosas teorias, y prácticamente nos conduce á la prosperidad.

13. Así como cuando en particular nos afligen los males de esta vida decimos que no pudo la bondad de Dios que nos criò habernos sacado de la nada para ser desgraciados, sin haber establecido en algunos principios la paz del corazon en que consiste nuestra felicidad particular; igualmente debemos asentar que no pudo Dios abandonar á las sociedades á los males de la anarquía, sin haber establecido los principios de su felicidad, y que no pueden ser otros que los que prescriben la religion vedadera y universal.

14. Los enemigos del Evangelio, de los que por desgracia tenemos algunos ya entre nosotros, suponen que las tribus gentiles del continente se deben dejar en su ignorancia y costumbres. Esto es desconocer los principios del órden público y las ventajas de la seguridad universal, no mé-

nos que la ley natural y divina promulgadas legítimamente á todos los hombres y recibidas de los verdaderos filósofos. Estos, dirigidos por la sana razon, han conocido las ventajas del Evangelio sobre los sistemas, y principalmente los que propenden á la anarquía. Persuadirse que los indios gentiles en el estado en que se hallan conozcan por sí mismos los principios en que se funda el sagrado derecho de las gentes, la fuerza de los pactos y los medios de alcanzar su felicidad, sin darles religion, es persuadirse de un imposible.

15. No es ménos dificil que dejen los indígenas de hacer los esfuerzos posibles para destruir nuestras ciudades, pueblos y posesiones, prevalidos de este abandono y sin conocer por principios las ventajas que les pueden venir de formar una sociedad con nosotros. Esta ignorancia los ha conducido, principalmente en estos últimos tiempos, hasta muy cerca de las capitales de los departamentos limítrofes, talando los campos y destruyendo á fuego y sangre cuantas poblaciones han invadido.

16. Dios que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, ha difundido hoy tanto las luces de la sabiduría entre nosotros, que no puede faltar quien descubra el camino y medios de con-

seguir la deseada empresa. La experiencia de lo pasado, el celo del bien general y el verdadero patriotismo, no pueden dejar de dictar el específico más eficaz para males tan difíciles y de tan crítica curacion. A cuanto sobre el particular pueda ocurrir oportunamente á los que por su empleo están obligados à dar las necesarias providencias que corresponden á tan saludable efecto, me parece no seràn inútiles las observaciones que puedo hacer por el conocimiento que adquirí en el tiempo que fuí misionero en la provincia de los Tejas.

17. He dicho que el enlace que tienen los principios políticos y religiosos determinó al gobierno español á fundar misiones en todos los pueblos y naciones, para darles à un mismo tiempo religion y política, que es en lo que consiste la civilizacion. Desde la ciudad de México hasta el último pueblo de la República, han sido misiones por más ó ménos tiempo, lo que hàn necesitado los indios para salir de la barbarie de su orígen. Los progresos de estos establecimientos han sido tanto màs notables, cuanto en ellos se ha observado la economía que tuvieron en ellos los primeros misioneros.

18. Al efecto se debe tener presente que al principio de la conquista de la N. España hubo

grandes debates entre los conquistadores y los misioneros. Aquellos se repartian entre sí mismos las tierras y aun las personas de los infelices indios en las llamadas encomiendas. En ella sus jefes muchas veces disponian como soberanos de la vida y hacienda de los indígenas. Si era país de minas, sin consideracion ninguna eran llevados como esclavos á trabajar en ellas, y los más morian consumidos de tan enorme trabajo. Si era tierra de labor, sus fatigas eran ménos, pero tenian que hacerla fructificar, y despues debian conducir sobre sus hombros las semillas á largas distancias.

19. De esta desapiadada conducta de los encomenderos resultaron los empeños del P. Casas y otros misioneros para quitarles un dominio tan absoluto, y con el que hubieran acabado las Américas, si no se hubiera oido á sus padres y favorecedores. Campomanes en su obra de educacion popular atribuye los esfuerzos de los misioneros á envidia con que querian abrogarse las mismas atribuciones que tenian los encomenderos. Los efectos dijeron lo contrario: porque los misioneros, aunque quedaron casi árbitros de la suerte de los indios despues de las leyes que dictaron los reyes, pero como sus intereses eran contrarios, cesaron de sus padecimientos, se formaron los pueblos y se consiguió la deseada civilizacion.

20. Los enseñaron los padres á abrir labores y labrar la tierra al estilo español; les dieron artes é industria sobre los elementos que ofrecen los respectivos terrenos en que se fundaron los pueblos: les edificaron sus iglesias y hospitales: les instituyeron las llamadas cofradias para dotacion de sus funciones de iglesia y gastos municipales. Todo esto lo está demostrando lo que vieron nuestros ojos hasta estos últimos dias en que todo ha dado fin, sin habérseles reemplazado con otros iguales emolumentos.

21. Los atrasos, y aun destruccion de las misiones que en tiempos posteriores se han fundado, han provenido de varias causas. Una ha sido la necesidad de establecer puntos militares cerca de los establecimientos, y efectos consiguientes al defecto de disciplina en las tropas presidiales. Otra ha sido que regularmente insistia el gobierno en que fundasen las misiones lejos del país del nacimiento de los indios, y estos resistian vivir fuera de sus hogares. Algunas veces fué causa el dificil recurso á los superiores, para remedio de los males del momento Otras veces la pobreza de las misiones y el desentendimiento del gobierno en socorrer con los llamados sínodos à los ministros. Y las más veces fué causa de la destruccion ó pocos incre-

mentos de las misiones la reunion del gobierno militar y político de los inmediatos jefes, que aunque tuviesen lo primero, regularmente les faltaba lo segundo.

22. Aunque estuvieran las misiones en el estado más floreciente, era preciso que enojados los indios de las miserias y aun vejaciones que por dichas causas padecian, se huyesen á los montes á rehacerse de fuerzas pará volver á hostilizar á los que tenian por sus opresores, y destruir en momentos la obra de muchos sacrificios. Cuando esto no sucedia, seducidos los indios por los soldados ó vecinos que por sus delitos eran confinados á los presidios; émulos de la prosperidad, y temporalidades de las misiones, estimulaban á los indígenas á promover quejas contra el misionero. El resultado regularmente era mandar repartir los fondos comunes ó temporalidades.

23. A esto, como por un efecto necesario, debia seguirse la destruccion del establecimiento; p rque los soldados y vecinos se absorbian los bienes repartidos entre los indios á cualquiera precio. Quedando los infelices sin bienes comunes ni particulares, era forzoso su retiro á los montes y selvas á buscar su subsistencia; y el de su ministro á su convento, sin llevar otra cosa que la nota que quisieron darle sus enemigos que

en el preciso contraste se adquirió, y llegar à su casa á la vez lleno de años, enfermo, perseguido, buscando solamente en Dios el consuelo y el premio de sus trabajos.

24. Por esta y otras causas nuestros territorios que hoy hicieran la felicidad de toda la República se hallan en el mayor desamparo, destruidos, despoblados, pobres y privados de cuantos bienes pudieran producir con los elementos de que están dotados por la naturaleza. Por lo mismo estàn en el mayor peligro de perderse ó inutilizarse para siempre cuantos arbitrios se proyecten para su restauracion. Si se quiere acertar en materia de tanto momento, al exámen de cuanto llevo expuesto debo agregar otras observaciones oportunas.

25. La primera será dar una lijera idea de la contitucion moral y política de los indios. Estos son infinitos en número y repartidos por tribus ó naciones á menor ó mayor distancia unas de otras. Su gobierno entre sí mismos es comunmente lo que llamamos militar, y por jefes que eligen ellos mismos popularmente. El espíritu marcial que los domina hace que por el más leve motivo se devoren unos á otros con guerras continuas. Aunque las más de la naciones tienen pueblos determinados para vivir,

hay muchos que solamente habitan los montes y que varian à proporcion de sus semillas y producciones. Se adhieren tanto á esta vida salvaje, que la menor incomodidad que tengan en las misiones los determina á abandonarlas y volver á su sdesiertos hogares.

26. Las armas primitivas de los indígenas fueron las flechas y los llamados chuzos; el dia de hoy ya usan las armas de fuego. Los que no tienen interes ninguno en el bien de sus almas y civilizacion, los proveen de fusiles, escopetas, rifles y toda clase de municiones. En la guerra son muy crueles, aun con los mismos indios que caen en sus manos. Su mayor placer es cojer vivo á su enemigo para hacer baile con su cabeza despues de haberlo desmembrado cruelmente. Y últimamente, son muy cobardes para hacer frente al más corto número de sus contrarios.

27. El carácter de estas naciones es muy inconstante, y ménos que un niño para cumplir con sus compromisos. De aquí la insubordinacion aun á sus propios jefes y gobierno: y por lo mismo la mala fé en todos sus contratos. Con la misma facilidad que contraen matrimonio se disuelve; y las más veces ellos quitan la vida á sus mujeres. En las tribus del Norte es rarísima la poligamia; pero por sus demas costumbres

no progresan como pudieran, y se ha observado notablemente su diminucion.

28. La pobreza es extraordinaria entre estos infelices. Sus vestidos se reducen á un pedazo de lienzo atado á la cintura por ambas partes con un cordel, y entre las mujeres unas nagüillas de gamuza cubiertas de un manto de pieles de cívolo. Para esto son muy dedicados á la caza, y por lo mismo hay entre ellos muy buenos tiradores. Estas ventajas para la guerra tienen el contraste de no haber entre los indios maestranzas, ni quien sepa arreglar su armamento; por lo que necesitan tener sobre el particular comercio continuo con los extranjeros limítrofes.

29. Si estas naciones no fueran tan enemigas de los blancos, no era dificil sacar de ellas numerosos ejércitos, introduciendo entre ellos solamente oficialidad instruida para que los formasen y enseñasen la disciplina militar. Así mantiene la Rusia su formidable ejército formado de la gentilidad que domina. Pero de verdad, por la enemistad dicha con los blancos y el concepto de que son sus opresores, la empresa seria arriesgada, y alguna vez superarian sus fuerzas á las del interior y seria irremediable la ruina de la República.

30. Los idiomas en estas naciones son innu-

merables. Cada tribu, aunque tenga muy pocos indìgenas, habla de un modo diverso de los demás. Estos idiomas son tan desconocidos y difìcil es, que no es fàcil reducirlos á reglas; y cuando de alguno se forma por algun misionero alguna gramàtica, el que se toma el ìmprobo trabajo de aprenderla, rara vez deja de encontrar nuevos términos y modulaciones en los que naturalmente la hablan, El modo comun de entenderlos es por señas y por una ú otra exprecion castellana que no les son extrañas despues de algun trato con los pueblos civilizados.

31. Por lo expuesto, y en que deben convenir cuantos tengan algun conocimiento práctico de los indígenas, si de buena fé convienen conmigo en la necesidad de darles civilizacion, es preciso que la promuevan sobre las bases que llebo indicadas al principio de mi exàmen ó ensayo. La ominosa esclavitud en que los tiene su ignorancia no los formará hombres libres, si no es adoptàndose al efecto los arbitrios más análogos á su ya expresado carácter, y sin la violencia que puede considerarse precisa para trasformarlos en ciudadanos útiles al mundo político.

32. Por no tenerse presentes para con los màs de los indios su carácter, sus costumbres, sus aptitudes y propensiones, no se ha hecho

otra cosa, principalmente en estos tiempos en que ha variado tanto el sistema de gobiernos antiguos, sino darles á los bárbaros ocasion de destruir muchas de nuestras apreciables posesiones y establecimientos, por haber abandonado las misiones y presidios. Por estas causas más bien pudieran ellos quejarse de nuestros gobiernos, què éstos de sus continuas agresiones.

33. En el tiempo en que se observó fielmente el reglamento de presidios y leyes para la fundacion y conservacion de las misiones, rarísima vez se declaraban los infelices nuestros enemigos. ¿Qièn vió jamàs un genio tan pacífico como el de los indios despues de reducidos á la fé catòlica? ¿Y estos séres tan ùtiles á la sociedad no seràn dignos de la mayor consideracion en la asociacion mexicana? No lo permiten las luces de nuestro siglo. Difundidas por todas las clases del Estado, es de necesidad que á nuestros indios les descubran el camino de su felicidad.

34. Si uno de los medios precisos para tan vasto objeto debe ser el restablecimiento de los presidios y misiones, es preciso modificar à nuestras actuales circunstancias las leyes que en otro tiempo rigieron al efecto. Deben detallarse específicamente las atribuciones de los jefes y su-subalternos, las de los misioneros y las de los ins

dios. Si dijera que el fundamento de este código particular debian ser pactos ó tratados con las naciones respectivas, no desmentiriamos mucho del nuevo sistema de gobierno.

35. Se ha tenido por una complicacion de intereses que los misioneros cuiden á un mismo tiempo de las almas y de las temporalidades de los indios. Si por esto han resultado malas consecuencias, peores las han traido no tener ninguna intervencion el ministro en la distribucion de estos intereses. Soy de opinion en el caso que se pueda establecer en dichas misiones un ecónomo ó administrador de las temporalidades; pero privado de disponer á su arbitrio de los esquilmos sin consentimiento del misionero y de los indios.

36. Con esta economía, y que los indios pidan al ministro lo necesario para su subsistencia, éste al ecónomo lo pedido, y las más exactas cuentas de ingresos, egresos y consumo, es preciso se evite todo fraude y queja. En este caso corresponde que se lleven tres estados, el de ingresos por el ecónomo, el de egresos por el misionero y el de consumo por los indios. Estos presentados al jefe superior en ciertos tiempos, y del jefe al ministerio del ramo, harán la felicidad temporal de dichas misiones.

37. Y porque viviendo los indios aun casados bajo la tutela del ministro, y sostenidos siempre de los fondos comunes de las misiones, se sigue el gravísimo perjuicio de que estén algunos entregados á la ociosidad mientras otros trabaſan al reventar, es conveniente dar á los indios casados su emancipacion con su tutela, para que á vista de sus directores establezcan por sí mismos su subsistencia. Al efecto debe darse por nulo cualquier trato con estos indios emancipados, porque ninguno abuse de su imprevision con daño de sus familias. De esta providencia resultarán tambien los grandes bienes de que para casarse se habiliten muy pronto en la instruccion de la doctrina cristiana y algun arte conocido, circunstancias que se deben exigir para darles estado con utilidad comun.

38. Sirviendo estos mismos por jornal y no como hijos de la mision, se les impide la ociosidad, la accion de robar los fondos comunes y aun de quejarse de sus ministros ó directores que los hacen trabajar y no les dan lo necesario para subsistir. A más de que así se autorizan sus justicias para castigar los vicios en que declinaren. Los viejos, las viudas, los huérfanos y enfermos siempre deben acojerse á la tutela comun; y de allí subsistir, si acaso no tienen

fondo particular, que á la vez hubieren buscado y aumentado por sí mismos, ó lo hubiesen heredado de sus ascendientes.

39. Aunque la subsistencia del padre ministro pudiera extraerse de los fondos comunes de la mision, es necesario asegurársela mejor; porque dependiente del ecónomo, no es difícil que alguna vez la penuria lo comprometiese á las bajezas á que está expuesto un menesteroso; á más de que las más veces este socorro llamado sínodo suele ser el último auxilio de los infelices indios, como ha sucedido en las misiones en que se han repartido las temporalidades. Tal providencia puede dictarse para la reedificacion de iglesias, casas, paramentos sagrados y otras necesidades del culto. Ultimamente, si queda algun sobrante extraordinario, màs bien puede dedicarse para fundar nuevas misiones ó pueblos.

40. A la extension y aumento que se les pueda dar á mis indicaciones debo agregar la principal y de más complicacion por los elementos que se deben combinar, y es la colectacion de los misioneros y el gobierno respectivo que debe haber entre sí mismos, en virtud de que no pueden pertenecer todos á una misma corporacion. A mí me ocurre por el único medio más sencillo para la combinacion de tantos intereses

que se presentan, el considerar á todos los misioneros, aunque pertenezcan á distintas corporaciones, bajo de dos respectos: como súbditos de sus respectivos superiores de sus provincias, colegios y aun del clero secular, y como misioneros. Que bajo la primera consideracion se sujeten á cuanto prescriban sus reglas y constituciones, y que no les impida ó embarace el libre ejercicio del ministerio de las misiones, y que bajo la segunda consideracion se establezcan, anuente la santa sede, las prefecturas que sean necesarias para los respectivos territorios; y en ellas se ejercitan todas las gracias y privilegios que tienen concedidas á las misiones y misioneros los Sumos Pontífices.

41. No me extenderé más en esto, por ser demasiado críticos los puntos que se deben tocar en particular. Pero no omitiré que en virtud de hallarse las corporaciones religiosas y aun los colegios en la imposibilidad de proveer las misiones de todos los ministros que se requieren para la realizacion de alguna parte del anterior prospecto, deberian los prefectos de misiones hacer por sí mismos la colectacion de ministros de todas las dichas corporaciones, bajo el reglamento y garantías con que estaba establecida dicha colectacion por el gobierno de España entre las

provincias de franciscanos, con las modificaciones respectivas que se puedan dar.

42. Estos y otros puntos que no alcanza mi capacidad para realizar proyectos tan vastos, son el remedio que admiten los males que se padecen en los territorios limítrofes á la gentilidad. El derecho general de proteccion de nuestro gobierno á que son acreedores nuestros hermanos los indios, y el patronato particular que se puede adquirir de la silla apostólica respecto de nuestras iglesias, allanaràn cuantas dificultades puedan oponerse á reglamento tan interesante. Y los que cooperaren á su realizacion y perfeccion se grangearán justamente el renombre de héroes de la religion y del Estado.

INDICE.

Noticias biográficas de Fr. Francisco Frejes 3
Introduccion 9

LIBRO PRIMERO.

Parte geológica de estos Estados 15
Geografia de los mismos 18
Orígen, carácter y costumbres de sus habitantes 29
Naciones, su religion y política 35
Sistema y órden que llevaron en su conquista los españoles 45

LIBRO SEGUNDO.

Conquista del reino de Colima 54
La del reino de Jalisco 61
Sale otra division conquistadora 72
Conquista del reino de Tonalan 89
Division del ejército y sus resultados 96
Nueva conquista de Jalisco 106
Forma que se le dió á lo conquistado 110

LIBRO TERCERO.

Se establece el órden en la N. Galicia 121
Muerte de Pedro de Alvarado 130

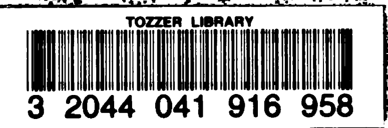
Destruccion de las fortalezas de los indios sublevados 142
Fundacion de pueblos, villas y ciudades.... 154
Nueva forma del gobierno de N. Galicia.. 165

LIBRO CUARTO.

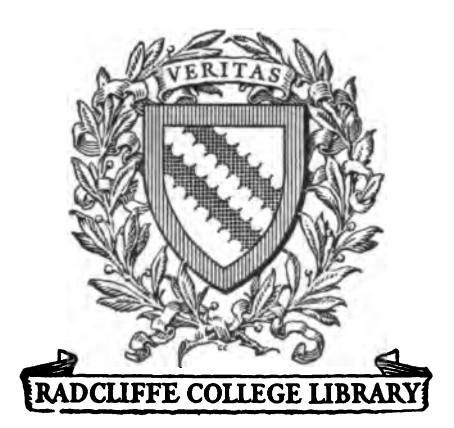
Conquista de Sinaloa y Sonora.......... 171
La de Zacatecas....................... 184
La de Durango y Chihuahua............ 197
La de Coahuila y Tejas................. 206
La del N. reino de Leon y Tamaulipas.... 218
La del N. México..................... 223
La de Californias...................... 226
La del Nayarit......................... 232

LIBRO QUINTO.

Fundacion de la capital de N. Galicia.... 241
Gobierno y gabelas establecidas.......... 245
Progresos de la religion................. 249
Ensayo sobre colonizacion................ 256


TOZZER LIBRARY
3 2044 041 916 958

This book is not to be taken from the Library



Schlesinger Library
WOMAN'S ARCHIVES

Gift of

Harvard University Library

390/15

NOBLE WOMANHOOD

BY

CHARLES F. DOLE

BOSTON
H. M. CALDWELL CO.
PUBLISHERS



Copyright, 1900
BY L. C. PAGE & COMPANY
(INCORPORATED)

All rights reserved

396.4
D66

FOR THE SAKE
OF
OUR DAUGHTERS

CONTENTS.

CHAPTER		PAGE
I.	A Modern Ideal	9
II.	The Physical and Intellectual Outfit	13
III.	What Makes a Woman Noble	19
IV.	Why Women Need Religion	28
V.	Virtue Knows No Sex	34
VI.	From the School-girl's Point of View	38
VII.	Dreams of Maidenhood	44
VIII.	What a Wife Hopes for	48
IX.	The Highest Office of Women	52
X.	A Divine Art	59

NOBLE WOMANHOOD.

CHAPTER I.

A MODERN IDEAL.

"A Being breathing thoughtful breath,
A traveller between life and death;
The reason firm, the temperate will,
Endurance, foresight, strength and skill;
A perfect Woman nobly planned,
To warn, to comfort and command!
And yet a Spirit still and bright,
With something of angelic light."

I HAVE quoted a few lines from Wordsworth's familiar poem, "She Was a Phantom of Delight." I might just as well have chosen verses from other modern poets. Tennyson and Lowell, especially, vie with Wordsworth in setting forth the highest ideal of the perfect woman. It is an ideal that is comparatively new in the world. Where will you find it in ancient classic or sacred writings? The portrait of the frugal housewife in the book of Proverbs is good and homely, but there is nothing noble in it. The women of the Iliad and the Odyssey are beautiful for barbarous men to fight over, but what charm of spiritual companionship can we feel in Helen

NOBLE WOMANHOOD

BY

CHARLES F. DOLE

BOSTON
H. M. CALDWELL CO.
PUBLISHERS

PRESERVATION MASTER
AT HARVARD

Copyright, 1900
BY L. C. PAGE & COMPANY
(INCORPORATED)

All rights reserved

396.4
D66

FOR THE SAKE

OF

OUR DAUGHTERS

There is even a danger that we may overdo our emphasis upon physical culture, make a fetish of exercise, and an idolatrous cult of the worship of health. Important as health and the proper care of the body are, there is that in man of which I am presently to speak, which altogether dominates and informs the body, without which the bodily health is useless, on the due vigour of which, indeed, the health of the body largely depends. I mean the moral and spiritual nature which especially characterises and constitutes humanity. We have seen women with the plainest faces, without grace of outward form, perhaps bent, thin, and worn, sometimes broken down with disease, in whose eyes, nevertheless, shone such a light of love and devotion, in the rugged lines of whose faces was written the story of such lofty character, that their womanhood was transfigured in spiritual beauty. Little children and strong men alike loved the charm of their presence. Whereas, we have seen beauty and natural grace in all the perfection of health changed to repulsion and ugliness, and the fair face spoiled, through some inward and moral distemper, by the harsh and cruel lines of a growing arrogance, bitterness, envy, jealousy, or selfishness. The instrument, the piano or violin, ought to have a case that fits it; but what is the use of the most finished case, if the instrument itself is mean or out of tune?

Another bold step which the English-speaking world, at least, has made within the last century, is in the intellectual outfit which it provides for its daughters. It

is not very long ago when it was difficult to get public grants of money to educate girls. "Why do girls need education?" men seriously asked. "Could they not learn at home whatever women needed to know?" The change which has come about on this point has been marvellously rapid. Who ventures anywhere to raise a voice against the higher education of women? Practically everything in the realm of knowledge is open to them on equal terms with their brothers. Do we want for men the largest training of the mind in all its faculties? Do we wish to secure the power of sound judgment and that supreme effort of mental concentration which unlocks the secrets of the universe? Do we aim to open for our boys the treasures of all literature and science? Well! we can draw no barriers to-day which the boys may pass, but their sisters may not.

There is even a danger with both boys and girls that, in making the highway of education easy and broad, we shall hurry them along too fast to know thoroughly anything of those great, simple, and elementary subjects, in which the primitive education of man mostly consisted, training every individual's eye and hand to some skill or domestic industry. That cannot surely be complete education which permits a boy to grow up without knowing how to do any kind of manual work, such as the farmers', the smiths', the carpenters', upon whose services the whole structure of society rests. The girl likewise is not yet educated, who has learned nothing of any of the various kinds of toil by which

the millions of womankind must do their share of the service of the world. Worst of all, the girl is getting a bad education, if she is learning to hold herself too good to bear a hand in household labour. If our theory of democratic government and society is the true theory, in other words, if Christianity contains a germ of reality, no young American ought to be ashamed to do on occasion any necessary, that is, honourable work. A well-ordered education, therefore, should carefully relate the life of every girl and boy at the start to all those humble, but needful acts of service, through which we all depend on one another, and through acquaintance with which we gain true independence. The hands that have never been soiled with any work are hardly yet humanised.

It is possible, that having been too long content with almost no intellectual education for women, we have gone to the opposite extreme in exaggerating the importance of what we call their higher education. Good as it may be for a girl to go to college, there are vastly more necessary things than a mere college education. Of what use is it that a woman has passed courses in the higher mathematics, if she has got no sense of those spiritual values, beyond all computation, which measure human happiness and well-being? Of what use is it, if she knows dozens of histories, long lists of kings and presidents, and tables of dates, unless she has learned to see what a story, both pathetic and sublime, these lists and dates represent; unless she finds a supreme destiny, guiding the march of mankind; unless

the past makes for her a splendid prophecy of the future, and especially unless she sees where her place is in the long, slow upward growth of civilised man out of barbarism? Of what use is it that the girl has followed learned lectures on literary style and has made the acquaintance of authors in several languages, if she has not somewhere learned how to find and use certain great words in the Scriptures of our race, to which, as to the mighty hills, men and women have lifted up their eyes, not in vain, amid their trials and temptations and in the hours of crisis and stress? What if a woman has studied various sciences, botany, chemistry, geology, and all the rest, and yet has not caught the idea of a divine universe, of which all the forms of force or life are merely so many symbols or manifestations?

We see women, and men also, whose education is like the grand plan of some goodly building. The foundation has been laid in costly material, but the walls have not been reared; the roof has never been put on the building. We would rather have a smaller and less ambitious house, which nevertheless sheltered its inmates from the weather, than this pretentious beginning of a palace in which no human being can live.

Let us grant all that any one asks for the dignity of the mind, but let us assure ourselves that the education of the mind is only a means to an end. Let us train as much as we can the observation, the memory, the judgment, the reasoning powers, but let us not forget that above all these the crown of our girls' education is in character, in personality, in womanhood. Give us the

most perfect instrument in the most beautiful case; put it in perfect tune. But what if the instrument is only turned to trivial, frivolous, or base uses! See to it, then, that the music played upon it is worthy, elevated, sweet, and pure.

CHAPTER III.

WHAT MAKES A WOMAN NOBLE.

WE come naturally to the heart of our inquiry. We want to know what we shall build with in order to make, not the outward woman, not the intellectual woman, but the woman herself in the soul of her womanhood.

I have used the word *noble* to characterise our ideal. The word comes down to us from feudal times; it has an aristocratic lineage. Who were the nobles? They were thought to be those of finer clay than the peasants or burghers. They were a class lifted above squalor and drudgery. They lived above the range of vulgar fears of starvation, outrage, insult, or even death. Theoretically, at least, they were suffered to pay for their special privileges and immunity by their care for the people, by defending the state, by directing the government.

What claim has this word *noble* to survive among a people of shop-keepers and farmers who have turned their backs on the aristocratic old world? The word, like all good words, has grown and taken on a larger meaning. If we are seeking to build a democracy we do not mean a dead level of mediocrity, as men of aris-

tocratic prejudices often suppose. The experiment of democracy, the most daring that the world ever tried, still everywhere as yet in its infancy, is the attempt to lift and educate all men and women to the level which feudal society assigned to the class or caste of the nobles. We aim at a society where every one shall live above squalor, drudgery, meanness, and fear; where every one likewise shall make return for these splendid immunities, as the earlier aristocrat mostly failed to do, in social and public service. I am aware that this may seem to many, even in America, quite radical and utopian. But I mean nothing less, and I propose to justify my claim. It will occur to some to think that it is really another form, though in modern language, of a time-honoured, albeit little-tried Christian conception of human society. What is "the kingdom of heaven," "the City of God," "the brotherhood of man?" Will any one, who professes in any sense to be a Christian, venture to call this idea impracticable? Can any lover of mankind despise it? It is reasonable, desirable, humane, worthy of a divine world. Let us not call it impracticable, till we understand it and try it.

What now shall we agree are the qualities which befit the women of a truly noble democracy, and which therefore constitute a noble womanhood? The first of these qualities is courage.

You may remember the story of the Englishman, who, in making an after-dinner toast, said, "May our boys be pure and our girls brave!" A friend, supposing he had blundered, whispered, "You mean to say,

May our boys be *brave* and our girls *pure*." "No!" he replied, "I mean what I said. Our boys are sure to be brave and our girls to be pure. I want to be sure that the girls will be brave and the boys pure." Why should not the girls be expected to show courage? The highest form of courage is moral. The bravest men are brave, not by virtue of their bodies, but of their souls. As a matter of fact, the best women always have been brave. In every time when persecution was rife, women have gone as fearlessly as men to the wild beasts, the stake, or the torture. Our English and American history is full of the heroic deeds of the women. Which was the more costly, the courage that nerved men to stand shoulder to shoulder in battle, or the courage of the patriot wife and mother, who, having sent her boys to the front, waited alone for the tidings of wounds, sickness, and death? Neither do I refer only to courage in times of war, but to that rarer and even more needful kind, in times of peace, which has stood strong against popular clamour, for human rights and liberty, for the slave and the freedman, for the poor and foreign born, for the insane and the prisoner, for justice to men beyond the seas. Read such a life as that of Dorothea Dix or Miss Willard. Where will you find more undaunted courage? But just such courage we expect in all good women. We aim to rear our girls to this type of courage. They have not come to their growth as women, unless they are ready to face the risks of life without flinching. The sublime test of motherhood is in a courage which will go to death,

if need be, for love's sake. Who can ever be noble who lives in the miasma and mists of fear and apprehension? If this is God's world, there is really nothing for the true-hearted to fear.

What high quality next adds itself directly to our conception of noble womanhood? It is truth, candour, frankness, sincerity. This goes with courage and always has characterised the freeborn. Why does any one tell lies? For fear, or out of subserviency. Slaves are proverbially untruthful. Children who live under terror or abuse are always driven to falsehood. Have women usually been less truthful than men? There has been good reason for this. Men have treated women as inferior, compelled them to get their ends by indirectness, and made free speech dangerous for them. We are learning certain fundamental laws about character. You may produce character as infallibly as you produce wheat. Take off all the shackles, remove fear, forbid threats, cease to regard any class as inferior, treat all as undoubtedly human, trust them rather than distrust them, and human nature, being essentially divine, answers to this sort of treatment, and grows accordingly toward the light. What has been the privilege for the few, the sons of princes, is now at last becoming the law for all, for girls as well as for boys. We want our girls and women in America to be as frank and outspoken as if each one was a queen.

This sincerity of free souls is the perennial necessity of good society. You can measure the quality of society by the freedom of intercourse of the people who

compose it. What pleasure can any one take in society where all wear the masks of convention and artificiality? What is the use in talking when the real person is not present? How refreshing it is, like a breath of mountain air, when you meet the real woman, and enjoy even a moment of genuine conversation!

"We should shock people," some one thinks, if we told them the truth. I am not arguing for brusqueness or the display of egotism. I am not denying the value of tact, which is at its best a sympathetic consideration for others' feelings. I state the simple fact that sincerity is the breath of life for human society. Find us the case, if you can, where outspoken truthfulness ever does any harm! But you can find innumerable cases where falsehood and prevarication poison and hurt.

Let us now put generosity as the third in our list of the noble virtues. The old ideal was of a class who held money cheaply as a means to get things better than money. But it was a careless, lavish class, who despised frugal bourgeois, and threw coins to beggars in the streets. It was long doubted whether you could produce generous men and women in a commercial and industrial age. True, we have had men who have gathered money with less sense than the squirrel gathers nuts. We have had money kings as unscrupulous as the robber barons who used to block the Rhine with their castles. But we have already developed a class of men in America who vie with princes in their large uses of money. We have shown how men can be personally frugal, while their benefactions are

wholesale. Read the life of John Murray Forbes, if you want a fresh object-lesson of open-handed and wise generosity. Mrs. Hemenway and Mrs. Quincy A. Shaw, among others in a single city, have shown what broad views women are capable of taking of their trusteeship in the holding and spending of money.

But I speak of a much higher kind of generosity than the ready giving away of money. How, indeed, can any one who has money dare or wish not to give for the best needs of the world, for the sick, for education, for all kinds of crying reforms? I mean also magnanimity, or a generous habit of looking at men and things. I am aware that magnanimity has generally been considered the special and differentiating characteristic of men; whereas, it has been held that women tend by nature to be narrow-minded, partisan, possessed by envy and jealousy. The fact is, that these faults are the marks of a small and mean mind, but not of a woman's mind. Small men are as mean, envious, and unforgiving, and as bitter partisans or bigots, as narrow-minded women are. A narrow education results in a narrow mind, and the world has commonly doomed its women to this sort of belittling education. There is no reason surely in the nature of women why they should not be magnanimous. The best women always are magnanimous. We insist upon a kind of education, bracing, intellectual, and moral, that shall train girls as well as boys to take a broad view, rather than a narrow, petty, and prejudiced view, of the grand and varied perspective of human life. We

demand an education that shall give women some adequate sense of values and proportions. Why should educated women express their feeling about a headache, a pin-prick, or the death of a canary in the same superlatives that they must also use for a famine in India, or a war in South Africa? What is the worth of their intelligence, if it still leaves them victims of the four great diseases that characterise the ignorant, namely, pride, covetousness, envy, and anger?

What shall we state as the fourth great characteristic of noble womanhood? It is public spirit. What is a fine education for? Is it to make a perfect individual? Yes! Precisely as they hammer and polish a piece of granite at the quarry. They do not purpose to leave the polished stone in a corner of the yard by itself. It is marked and numbered to fit into its place in a grand building. The beautiful colour and grain of the stone have really no significance, until it is laid fast in cement, and bound with other stones into an enduring wall. So the individual life, however excellently cultured, remains idle material, until it becomes an inherent part in the structure of society.

This was at least the theory of the feudal nobility. No one had any right to live an isolated and private life. Service was owed to one's retainers, to one's neighbours, to the court, the king, and the people. Why has the English House of Lords held its place and power, while the nobility of France has gone to wreck? Because measurably the English noble class in all periods of their history, from Runnymede to

Queen Victoria, have devoted themselves to public service; whereas the French nobility, becoming isolated from public duties, ceased to have any pretext or excuse for their existence.

The most dangerous symptom in America to-day is the lack of public spirit, especially among the well-to-do class. Multitudes of people think that they are doing enough, if they maintain a clean private or family life. They leave politics (literally, the affairs of the city, or the public) aside, as "none of their business." They are willing to debase this word politics, and give it over to an unclean meaning. "*My* business," they think, "must be pure, but *our* business need not be pure." The schools, the public health, good roads, just laws, fair taxes, the care of the poor and the insane, the complex question of temperance, the support of a great system of jails and prisons, the treatment of a quarter of a million of Indians, the performing of international justice, the colossal interests of peace or war, touching millions of lives and unborn generations, — how can any woman with a drop of noble blood in her heart be indifferent to such great civic, patriotic, and human concerns as these, or think them no concern of hers? What shall we say when women actually hold back their husbands from doing anything for the public service? Yes, there are women who do not wish the men of their households to go out to political meetings, or to undertake any municipal duties. While great cities go to wreck, they prefer that the men shall pass their time at the opera or at card-parties. What

shall we say if such women have education, money, social position, palaces to live in, and a troop of servants to wait on them? We have all the teachings of history to warn us of social and political revolution, wherever careless, selfish, and ignoble women set the tone of society. The demand was never so great, so hopeful, and so inspiring as it is to-day in America for women of generous public spirit.

CHAPTER IV.

WHY WOMEN NEED RELIGION.

SHALL we go on to say that religion belongs to our conception of noble womanhood? Let us not be too hasty about this. If we mean by religion the performance of rites and ceremonies, if we mean the saying of conventional prayers at set times, if we mean only a certain regularity of church-going, if we mean an attempt by those who have lived with a cautious selfishness through their life to get for themselves also golden seats in "the isles of the blest," — we must confess that religion, in such a sense, has nothing whatever to do with noble character.

Let us see, then, what we really mean by religion. Do we not mean the sense of the relation of the individual life to the all-encompassing life from which we spring? It is essentially a sense of dependence, of loyalty, of duty to a supreme and universal law, of utter and willing obedience, as toward an actual Father, of companionship and glad fellowship, of growing trust and an unspeakable hope, of an infinite good-will, of which every throb of love in our own hearts, or gleam of light in the eyes of our friends, is a witness. We are children of God, citizens of a divine universe.

Women may be said, perhaps specially, to need this sense of a universal relation, that is, religion, to which to hold fast, and upon which to steady their lives. The human and physical limitations, which press upon all, press somewhat immediately and even severely upon women, urging upon them the perennial need of the refreshment of life at its unseen sources, of higher and spiritual forms of life. The strongest man is weak and pitiable enough when isolated from his fellows, cut off from the guiding light of principles, obeying no law but his own pride or caprice, — himself his only God, — like a great derelict ship floating on a stormy sea. But it is more pathetic, if possible, to see a woman without any religion. Her loneliness is more sorrowful and affecting, her natural physical weakness, without continued reinforcement from the central springs of life, becomes emphasised, and if she goes to moral wreck she seems more hopeless.

One of the last public appearances of Mr. Ingersoll was in an address before the Free Religious Association in Boston, when he turned aside from the subject assigned him to make an onslaught upon what he conceived to be "religion." The address did not touch religion in the larger sense in which we have described it. It expressed some prejudice, and much misunderstanding, and was indeed directed mainly against a belated and mediæval type of theology. There was even a suspicion that the speaker, despite his bitter tone and his sarcasm, yet in his constant appeal to truth, to duty, to courage, was not very far away from the heart

of a veritable religion. But there comes back to one's memory, ringing through the great building, the sound of the mocking, flippant laugh of women, answering to the speaker's biting jests. The laugh sounded hollow and terrible. One pitied and feared for the women who had so little sense of the vast, deep, tender significance of human life as to be capable of such cynical laughter.

"Cannot a woman still be noble," some one asks, "though she has no faith in any religion?" I am only saying that noble womanhood badly wants religion, can hardly be hearty and complete without it, is apt to fade and fail without it. Do you doubt that the universe is founded in justice? Do you suspect that the soul of the universe is not beneficent? Do you doubt that "the best is yet to be?" Is your fine feeling, your devotion, your generosity only a fleeting and accidental show on the surface, like the colour of a leaf? Is the life of a Christ of no more permanent significance to you than the life and death of Napoleon? You can hardly be noble at heart and think thus. The noble things and the noble lives are universal, that is, of the fibre of the eternal. Do you believe in the noble life? Do you obey its ideal and its laws? This is the essence of spiritual religion.

I have to add two qualities to our womanly ideal, which have always been associated rather closely and characteristically with essential Christianity. If any good Jew or Buddhist claims also that he, too, lays equal emphasis upon them, I am glad for his aid to my demonstration, that these qualities are indeed in universal religion. One of them is the friendly temper.

I do not mean merely that one ought to be kind in the presence of poverty and distress. This is so natural with all women that it does not necessarily argue a noble character. I mean what requires a distinctly fuller flow of life than pity or kindness to the distressed. The weakness in ordinary people is that the tide of life is only strong enough to run, when no resistance is offered to it. It simply takes the easiest channels. Kindness goes to those whom one can see, to those who are one's immediate friends or neighbours, to those who are grateful for one's kindness. What I mean by noble friendliness is strong and vital enough to go wherever a need is, to cross barriers or remove them, to pour out its beneficence upon those who cannot give back thanks or appreciation, to maintain its good temper in the face of injury, misrepresentation, or abuse. It is like God's sunshine, abundant enough to go out equally to the evil as to the good. The ordinary woman pities physical weakness or disease; the noble woman pities no less moral and spiritual weakness and disease, pities all who need her help, — pities therefore those who do her wrong. The ordinary woman loves those who love her. The noble woman finds something to love wherever God's creatures live. Wherever human life is, which God loves, a noble woman may be found to discover divineness in it, to respect it, to heal and save it. What a notable instance of this kind of nobleness was shown in the story of Mrs. Johnson, the superintendent of the Massachusetts reformatory for women! What woman ever came to her

so vile that she did not love her? Let us agree that no woman can truly be described as noble who has not acquired something of this fine active and vital friendliness.

The other special quality which we have to add is docility, humility, modesty. It is perhaps the highest test of the maturity of a soul. It is the willingness to be taught, to change one's mind on occasion under fuller instruction, to confess error or mistake, not merely in general (it may be the shallowest confession in the world that "we are miserable sinners!"), but also in particular instances, to face rebuke, if deserved without flinching, if undeserved without bitterness, in all cases with good temper. It has sometimes been said that only men ever attain this form of modesty. Women, we are told, are naturally rather vain and intolerant of correction, changeable, on the side of their whims, but unchangeable in their prejudices. But this is not the fault of women as women; it is the fault, as I have tried to show in another case, of small natures and of ignorance. Small men also are indocile, immodest, intolerant of rebuke, obstinate in their prejudices, conceited in their own opinions, intractable, even under the blaze of truth.

The fact is, women, and men too, need to see what they are here for. Are we here, each for himself, to sink always more deeply in the groove of our own individualism and selfishness? No one dares to avow this. No noble life is possible on such terms. Shall we not admit, then, that we are here to do our best

and contribute what each can for the enlargement of the welfare of mankind, to add knowledge, wisdom, beauty, art, literature, material wealth, moral force, social enjoyment, and specially spiritual resources, faith, hope, and love, to the common inheritance. Can any life possibly be called noble which does not leave the world better? In other words, there is no noble life without a noble aim.

See then what follows. I am here to do my work as well as I can. Can any one instruct me, point out my faults, show me better methods, rebuke me if necessary, and turn me back from working waste or mischief? This is the person whom I want to see. I am thankful for every glimmer of light that any one can bring me. Is it an enemy that trips me up? But if I am going wrong, I prefer to be tripped up. It is no enemy of mine who does me a service, and helps me to become a better workman. Am I doing right? Then no one can trip me up while I am on the highway of right.

If my aim in life is to safeguard my own indulgences and to defend my own prejudices, I am afraid to come into the light. But when once my aim is toward truth, justice, the social betterment, and human progress, I cannot have too much light. It is childish not to see this. To see it, to assent to it with a glad *amen*, to begin to form solid habits upon it, constitutes the mature growth of the soul. I am taking the ground that women have souls. The law of the growth of souls applies to women, then, as to men.

CHAPTER V.

VIRTUE KNOWS NO SEX.

It will have been noticed from the first that I have described no purely womanly virtues. This is not because there are no differences between men and women. It is not because I fail to appreciate the peculiar grace and charm which enshrine true womanhood. But I hold that there is no virtue which is peculiar to women as such. Let who can name such a virtue! Let some one tell us what moral quality men ought to have and women may go without! The truth is, all virtues are simple human. In the higher realm of man's spiritual life, in all that constitutes the mystery of personality, in that which characterises a person as noble, heroic, divine, a son or a daughter of God, there can be no distinctions of race or sex. The vision of ideal man has long been before the eyes of the world. He is as gentle as a woman, as docile as a little child. Is he therefore less virile, forceful, indomitable, courageous? If so, the ideal would disappear. We have transferred to this ideal man — the kind of man that every honest boy would like to be — all the tenderness, the purity, the patience, the faithfulness, that were once attributed to the loyal wife and mother. But we are now

learning to transfer also to the noble woman the intelligence, the firmness, the magnanimity, the fearlessness which man was once suffered to monopolise. Is woman a person? Then all that constitutes personality belongs to her. Make her personality as complete and gracious as possible; none the less, but even the more, will she keep her womanly queenship, as Wordsworth says:

"A Spirit, yet a woman too."

See now the seven prismatic colours, for ever shading into each other with endless variations, which make the pure white light of noble womanhood. They are courage, truth or sincerity, generosity, public spirit, religion or faith in the Eternal Goodness, untiring friendliness, and modesty, or the desire, by whatever means, to know, to do better, and to grow. One might well pause here and recite the names of women who have actually set forth before the world for the encouragement of all time the ideal of such womanhood. There was Elizabeth Frye, who faced wild men in Newgate prison as serenely as soldiers ever went into battle. There was Lucretia Mott, ready to give her life for the slave. There was Florence Nightingale, reorganising the forces of practical Christianity on fields of barbarous carnage. There was Harriet Beecher Stowe, frail and worn with her domestic cares, burning with righteous zeal for an enslaved race, and stirring the heart of the world with her consecrated genius. We are talking of no idle dream of noble womanhood. The construction of our thought rests upon facts and realities, none the less real that they are

in the realm of the spirit. They belong to the kingdom of God, but it is not a kingdom in the skies; it is in process of building here and now on this earth.

I have recited certain names of famous women. But as often as I think of noble womanhood, my mind is apt to recur to one woman out of a number whom I recall from a rich acquaintanceship of true-hearted people. She was never known to fame. She did nothing in public. She was one of the myriad of wives and mothers whom the world never thanked or praised. But I believe that she would have gone to the stake for her convictions, her faith, or her love. She was as frank and true as she was gentle and fearless. It was her delight to be generous, and not with gifts only, but with large and noble thoughts. She seemed incapable of meanness or jealousy. She was only a private citizen, but she shared in all public and human interests of her generation. She had a simple, gladsome, and radiant religion. There was no barrier to her friendliness, hospitable as was her home. She was large enough, too, to welcome all the light of this world or the next. What did she care for any opinions of her own in comparision with knowing the truth which makes us free? I like to mention her as a type of noble women whom we all know, beautiful and inspiring in their presence, glorious in memory for ever.

The nation need never despair that rears women like this. On the side of individual excellence, the ideal is no less adequate than on the side of social efficiency. If we were making an aristocratic government, we

should want women just such as we have described to be the wives, sisters, and mothers of the aristocratic leaders and rulers. As believers in the democracy, we ask that all women shall belong to the type of the best. We seek a democratic aristocracy, in which all shall rule, because all shall live and act like children of God.

CHAPTER VI.

FROM THE SCHOOLGIRL'S POINT OF VIEW.

IT may be said that I have set the ideal of womanhood too hopelessly high. Does any one ask me to lower it? Is it not possible that the good life is far more feasible and practical than people have imagined? Is it not possible that the hard and sorrowful thing is to lead a life of low aims? But how will you bring this type of life, it is asked, — a type so matured and perfect, — within the easy comprehension of the young? How will you win the hearts of schoolgirls to it? Do they not need some method of easy approach, whereby the way shall not seem so steep from where they now are to your shining heights? Let us therefore come to our subject again from another point of view. We have tried to catch sight of what ought to be the crown of womanhood. Let us see what ought to be, and indeed may be, immediately in girlhood. Let us begin where multitudes are now, and show beautiful ideals that lift themselves, as it were, at every street corner.

We will imagine a hearty, healthy, joyous schoolgirl, full of fresh, active and mundane interests. She is fond of all youthful pleasures; she has her boy friends and likes them; she is pleased to go to parties; perhaps she

is permitted now and then to see a play; she is beginning to be interested in reading, and to have her favourite books. Let us imagine what sort of ideals she is forming, not yet of womanhood, still seemingly distant, but of the things which she is touching every day, and of the people about her. Which way do her favourite inclinations run? What is her choice of authors? Does her mind catch a sight of those subtle differences in books, that mark one class as wholesome, and another class as morbid, as frivolous, or even as harmful? Does she begin to discover that certain books and authors are noble, and tend also to make their readers noble? Does she find herself storing up beautiful verses from the poets, and now and then noting eloquent or high-minded passages wherever they appear? Is she acquiring not only a literary taste which demands the best in style, but also a finer taste which demands that ennobling spirit, without which style and form cannot be noble? Is she learning to find books insipid and wearisome in which the personages are sordid, vulgar, and mean, or through which some gold thread of a noble character does not run? It will make incalculable difference with our schoolgirl what she is discovering, demanding, and expecting, — what sort of company she chooses to keep in her books. There are books like drugs and intoxicants, which leave meanness, unrest, vanity, behind them, and unfit their readers for real life. I need not say what intellectual joy and serenity attend the company of the noble masters. It is a red-letter day for a girl, when she has gained Tennyson, or Long-

fellow, or Milton, or Wordsworth, for her lifelong friend. It is a new era when she has come to know Emerson's voice.

Take now the same girl's feeling about the theatre. It is not without reason that the Puritans of every age have been jealous of the influence of the stage. We ought to pity the people whose sole business it is to amuse us. They bear a specially heavy strain of temptation not to be true, not to be honest, not to be pure, — to pay any price for the sake of being paid or applauded. Nevertheless, what Puritan would venture to wish that genius had never created the drama? that Sophocles and Shakespeare had never existed?

The truth is, that plays only more graphically portray life. If they show what is evil, they may also show what is divine. Suppose, then, our schoolgirl occasionally sees a play, what will she like best to see? Will she be satisfied again and again only to be amused? Will she be content with vapid plays, however set forth by costly dress and elaborate scenery? Will she like to witness scenes of women's shame and men's brutality? Will she become used to doubtful jests? The theatre at its worst is like bad air. Perhaps it does not seriously hurt those who are accustomed to breathe such air, but it is a pitiable thing for any human being not to mind what kind of air one breathes.

Imagine, then, that our schoolgirl does care whether or not she breathes pure air; does know differences between plays and plays; likes to know life indeed, but not shameful, stupid, or sensual life; wants to see gen-

erous deeds enacted, humanity shown forth, true love holding fast to the end; wants to see our common nature, not belittled or degraded, but dignified in the drama; in short, demands and expects to see on the stage the presence and the touch of the victorious goodness which in fact never fails to stir the popular heart, and without which the drama would be contemptible. As this kind of demand in real life acts irresistibly to compel increased supplies, so this demand in play-life at the theatre tends to ennoble the stage. There is no doubt that it ennobles the souls of the girls who make it. The way of noble womanhood is to desire noble scenes, noble plays, and noble players, too. Has it been in vain that Mrs. Siddons, Joseph Jefferson, and other true-hearted men and women have exemplified how dramatic art and high character belong together, not apart? Is there any real art, indeed, which is incompatible with lofty character?

Watch our schoolgirl now in her games and her parties. There is a noble secret of life to which girls are specially susceptible. There are those in every party who are not bright enough yet to catch this secret. They imagine that all the fun is in getting ahead of others, in getting prizes, in getting attention, in getting nice things to eat. There are some, so mean, who contribute nothing to the pleasure of others. The secret of which I speak is the very opposite to this selfish business of trying always to get things. It is in sharing pleasure, spreading it, increasing it. It is in having a watchful eye for lonely people or strangers.

It is delightful to be able to contribute something to the common pleasure. Has our nice girl caught this secret? If so, she has acquired a new kind of power and immunity from harm or unhappiness. Before, she was apt to be jealous or envious, or even snobbish, as children often are, in imitation of their elders. She has now discovered a secret wherewith to hold envy and jealousy at arm's length. Did every one have a good time at the party? This was exactly what she wanted in going to it. Did foolish fellows possibly pay certain girls excessive attention? What is the bright girl's sense of humour for, if she cannot smile at this? Does any one think that the noble mind is less intelligent, and devoid therefore of wit? No! The noble life is the largest life, more keen, more vital, more sensitive to all the changing play of light and shadow over the face of the world. The people who "take themselves seriously" may be solemn and sedate. The people who are trying to save their own souls may wear long faces. But all history is brilliant with the wit and the humour of the men and women who have marched the way of the noble life. Trying ever to save others, they have been light-hearted themselves, even in the presence of death. Often they have died, as they have lived, with smiles and cheerful words.

See now what our schoolgirl will make of her boy friends. She is really forming their character, as they in turn are forming hers. What type of young man does she prefer? What does she miss or want in the young men whom she meets. Does she see character

istic differences of nature, or does she only know the outside, the handsome face and the good clothes? Does she feel the lack, if a fellow is selfish, greedy, or mean? Does she instinctively demand the best in her young friends, that they show her their generous and chivalrous side? It is hard for any set of boys, if their girl friends make no such high demand upon them. It is hard for the young men, if they think that the girls do not mind whether they are true and pure, whether they have high aims or not. It is harder yet for the girls, if they give an impression of having no womanly standards, if young men do not respect them, yes, and fear them a little, standing in awe of a true girl's disapproval. As civilisation would droop if good society did not expect men to wear clean linen and carry clean hands, so the higher and spiritual civilisation would fade, if men thought that women did not mind what sort of characters they formed, whether ignoble or upright.

CHAPTER VII.

DREAMS OF MAIDENHOOD.

We come now to another possible group of ideals, close to the thought of any young girl, almost sure to be on her mind at her highest moments. Of what sort of a home of her own is she dreaming? Does she imagine herself living in a palace, surrounded by luxuries, waited on by a troop of servants, with little or nothing to do except to enjoy herself, called to bear no hardship or pain, free to take beautiful journeys to Europe? There is nothing ennobling in such a dream. Such imagining, innocent as it seems, easily enervates a girl's soul. Does she think that she is here in this world to ride on top of the coach which others must toilfully draw? Has she no idea what a load of responsibility belongs to those into whose lap are thrown unearned riches and luxuries? But suppose that already a noble spirit has awakened to birth in her. Suppose that her dream is of a home where true love is, — the love that comes "not to be ministered unto, but to minister," and to give its life for others. Suppose she would scorn the gift of a merely soft, idle, and self-indulgent existence. Suppose she has begun to have questions about the righteousness of palaces built by

others' toil; she has caught a sense of how all human lives are bound together, "for better, for worse;" she is troubled to see how close to want multitudes of men and women live even in the most favoured lands; she has begun to be modest in her claims upon the world; she perceives duties that rear themselves grandly amidst her desires and ambitions. She does not wish merely to get even the most beautiful home; she aspires to give all that womanhood possesses, that the future home — not a mere house though ever so great — may be built from within, and its corner-stone may rest on reality.

I know of nothing more pathetic or terrible than that a girl should have no such holy ideal of her home. What is there to keep her life from wreck? A story comes fresh to my knowledge of a young woman of one of the best New England names, of education as good as the land affords, who, leaving college, full of brilliant dreams, went to New York to seek her fortune, — say rather to seek her own pleasure, — and presently she had sunk to moral wreck and poverty, almost a beggar for her own living and for a little child whom no father owned. Would to God that this girl might have caught sight early enough of that which any girl ought to see — the ideal vision of a real home.

What ideal, now, does the young girl, entering upon womanhood, entertain of the character of the men of her own household, of her father and brothers, as well as the possible husband? It makes a vast, if subtle, difference to us men what the women think of us, what standards they apply to us, what ideals they try us by

and expect us to realise. Suppose a daughter is content if only money enough comes in to spend, without caring how the money is got. Suppose she is willing enough to know that her brothers are stock gamblers, if they succeed in their game. Suppose she never has any question whether the working people, who help earn the family income, are treated generously or meanly, are regarded as men or machines. Here, then, is a powerful domestic pressure, added to the stress of the competitive struggle, urging men to push and crowd each other, to do whatever legality or custom allows, without too nice inquiry as to what is just and humane. Fairly good men daily become accustomed to stoop under this pressure. What if no one at home helps them to keep the height and stature of men!

Or suppose that the daughters of the house, having passed the conventional training in ancient history, nevertheless take no more interest in the politics through which every day the history of their own nation is being constructed than if they lived in the planet Mars. Suppose it is of no concern to them whether their fathers and brothers stay at home from the polls, or, on the other hand, submit to the dictation of party bosses, help choose dishonest officers, help pass iniquitous legislation, help, even it may be, to set aside the foundation principles of the government. What if a man's sisters or daughters never ask him how he votes! Or, again, what if girls are merely ambitious to see their fathers and brothers get office and places, without caring what moral price they sacrifice to their political ambition!

Do you not see that they add to the burden of the men's temptation? What if a sister does not care whether or not her brother bribes his way into office! Suppose, also, that our girls do not even take the trouble to understand why certain eminent men and women think that the suffrage ought not to be withheld from them on account of their sex. Do you not see that all this indifference to a whole department of human life encourages indolent men in their political indolence and their cynicism?

Whereas, you can scarcely measure the power that might be brought to bear in thousands of homes, in the homes of private voters and the homes of public men, toward pure government, toward better school administration, toward clearing away the slums of great cities, toward international arbitration and the disarmament of Christendom, if only the girls of the new generation were noble enough to expect their fathers and brothers to be noble; if they could not bear to think of the men of their own households as timid, time-serving, corrupt or corrupting, or unpatriotic. Surely no father likes to have his daughter ashamed of him.

CHAPTER VIII.

WHAT A WIFE HOPES FOR.

IMAGINE now that the young maiden is married. There begins to come to her, young as she is, a new ideal, more sacred than anything that she has ever had to think about. What does she want, as the highest possible boon, for the sake of the young life that has come to her bosom? Here is the test of what kind of a woman she is. The old story is that Jewish maidens dreamed, through hundreds of stormy years, that the new-born son might be the Messiah, king, Saviour, defender of his people. Who can measure what moral forces went into successive generations of men from such prayers and hopes! Boys born of such mothers were pledged from their infancy to be true men and patriots. English and American biography is full of the story of such high prayers and expectations of countless women. The time was when the dearest dream of the noblest women in New England was that the young child should be a minister. The boy was consecrated from the cradle by his young mother's tears and prayers. Boys tried in vain to get away from the current of their mothers' vows of consecration for them. Thus Horace

Bushnell, famous among American thinkers, wanted to be a lawyer, and not a minister, and actually started in the study of law. But his mother's vow was irresistible upon him. He bowed to his destiny, as happy and useful a destiny as any man of his generation was permitted to follow. His story is typical of a whole class.

Do young mothers to-day, I wonder, pray that their boys shall be ministers? What if they only care that the boys shall be "smart" lawyers, traders, railroad men, politicians? What if their ideal is money and position? The solemn law is that the boys tend to be what their mothers most earnestly long for. Suppose that the mother does not even know what she wants for her children? The tendency is that such children will never amount to anything. There is a solemn law of prayer in this world. As President Eliot has said, "Prayer is the highest effort of the human intelligence." In other words, in the highest moments of our lives, heart and soul and mind acting together in one, we strain our eyes to see, as if God gave us visions, the splendid path where life moves. We see at such moments for ourselves, and we see for those whom we love, what is desirable, noble, and best, the shining possibilities; we both see, and, as if by divine inspiration, we also vow and will, that what is best must be. God pity the mothers who never pray for their boys and girls. I mean no conventional thing, no words recited from a book. I mean what Jesus called "hunger and thirst." I mean the highest longing of which our spirit is capable. I say that such prayer as this is in line with the everlasting laws. I

say that it is the beginning of all human activity and efficiency; it is the cost or price of every real or precious thing.

I do not say that the women of our generation must wish their boys to be "ministers of the gospel." We are coming in sight of a larger meaning of the word "minister," by the clear understanding of which merchants, statesmen, farmers, teachers, mechanics, may be lifted to precisely the same level of human or public service, on which Jesus stood. There is no class line in humanity which separates a little exclusive hierarchy from the mass of their fellows. Least of all men did Jesus, the simple-minded peasant and carpenter, stand for such a hierarchy. The modern meaning of religion is that which ennobles all life. The great question of religion is, Are you here to seize, snatch, and get, as animals do? or, are you here to give and share and serve, like children of God? Answer this question aright, and you have taken the stature of a grown man. This was Jesus' stature.

The young mother has here the vision by which to shape her dream for her child. It is the same which the noblest Hebrew maidens had. It is identical with the vision of St. Monica, and the long procession of noble Christian mothers. It is the same in substance of which the most patriotic women of America have always dreamed. The noble mother in all times wants, most of all things, that her boy shall be a sort of a prince, true and generous, without fear, a veritable defender of his people, a saviour or helper of men, a chief,

in the sense that he who serves most is "the chiefest of all." Where is the mother who does not pray this prayer for the sake of her child? Where is the woman so base, that she would not die rather than permit her child to miss this goal? Who cares for mere life, if the highest of all forms of life fails? What is the use in bringing one more child into the world, if you do not care that the child, grown noble himself, shall add his life to make the world better?

CHAPTER IX.

THE HIGHEST OFFICE OF WOMEN.

We are brought now to see what the great, ideal, and yet most practical work of women always must be. Must it not always be mainly in performing the divine function of motherhood? I do not mean "motherhood" in any narrow and merely physical sense. I mean a sense of the word which covers the nurture and teaching of children, by virtue of which we say that women, who have no children of their own, may be altogether motherly. I mean a sense of the word which includes the attendance and nursing of the sick, — work for which the ancient tradition is that the characteristic tenderness of womanhood is peculiarly fitted. I mean a sense of the word which covers the making and the care of homes. I cannot conceive that men will ever be willing to live in barracks or hotels. The instinctive and perennial need is of that element of grace, refinement, and charm, — too subtle easily to describe, but real, precious, and spiritual, — which the word "mother" involves. Every woman, whether married or not, has in her this quality by virtue of her potential motherhood. Times come when the stoutest men require, as truly as if they were little children, the

touch of a motherly presence and sympathy. At all times, for all men, there is health, renewal, inspiration, in that which the true home, with its peculiar atmosphere, contributes to ennoble life. Even the memory of such a home is often like a palladium to keep a man from harm.

It is given to woman, in the exercise of her motherhood, whether actual or only spiritual, to create and maintain the sacred atmosphere, without which homes cannot be. This is more than the nice ordering of dinner-tables, the hanging of pictures, the arrangement of flowers, clean clothes, and well-swept floors. It is composed of fine feelings, delicate thoughtfulness, a lofty idealism, devotion, tenderness, love. It is a constant appeal to the chivalrous nature of men. Alas for the men who have never known anything of this essentially motherly atmosphere of a noble home! Is it not for the lack of such a humanising atmosphere that the boys brought up with all the creature comforts and the costly education of Girard College are said not to be fitted for life?

I say these things in full view of the enormous breadth of the field of woman's work that has been opened within a century. I speak in sympathy with women's aspirations to contribute their share of the world's material product. I believe in interposing no artificial barriers which would keep women out from any trade, art, or profession. I have read, also, what Mrs. Charlotte Perkins Stetson says of the grievance of women's dependence upon the income of men. She

calls attention to a subject which deserves careful attention. Men are not yet civilised who imagine that women are theirs "to have and to hold" as they please, to treat as dolls or toys or servants, to "endow with all their worldly goods," and then to put off with a child's allowance. We are still educating our women badly if they do not expect of their husbands manly and dignified deference and generous consideration. How can love grow otherwise? Or, how can the wife establish the home in which she is not respected? Or, how can any human soul grow who is kept in gilded idleness, and is not allowed to be of any use?

Nevertheless, after all the shops and studios, the divinity halls and the lecture-rooms, are thrown open to women, I am bound to suspect that it will prove truly to be a deep law of human and social nature, that the vast multitude of women will still "keep house," while the bulk of all manual work in fields, shops, offices, and factories will be done by the men. The fact is, that less than ever is there any special need of the help of the women in the fields and the shops. The men already crowd each other in all the labour markets. Does any one seriously suppose, after making allowance for exceptional cases, that the average family income would be materially increased if the wives and daughters earned daily wages along with the men? There are plenty of facts to show a law that works to the contrary. Granting that we learn to set all the idle men to work and order human labour with closer economy; granting, also, that we become coöperators

instead of competitors, the total sum of hard work in all the fields and shops of the world will easily be done on the average in a few hours per day, without requiring help from the women outside of their own homes and gardens.

Moreover, for that sort of atmosphere of which I hold the home to be the creative centre, I suspect there is need of a certain leisure and of respite from continuous and regular labour. It is the saddest consequence of poverty, that millions of bedraggled, overworked women can scarcely create the spirit of the true home for their husbands, brothers, and children.

The more carefully I contemplate all sorts of daring and even fascinating social speculations, the more firmly convinced I am that the social Utopia will be constituted on the dearly bought lines of the monogamous family, with the home as its social unit. The average home must indeed be vastly better within and without. It must be more richly social and coöperative in its relation to other households and to the community. But at its best I cannot conceive any higher or nobler form of the social unit, or any better centre for the development of humane and civilising activity. If such homes then are to be, it seems altogether probable that women will generally perform their best work within them rather than outside of them. The average home will be brightened with children's faces. I believe that, as a rule, no one can do for the child what his own mother may do. Let those of us who recall noble mothers measure, if we can, how much they did for us. As a

rule, the reality of the home will depend upon the presence of the wife and mother. The need in America is not so much that she shall find her sphere of activity elsewhere, as that the husband and father may be enabled to control the conditions of his labour so as to spend more of his time at home, and to make the acquaintance of his own children. The best education must always be that in which the parents, being noble persons themselves, keep a share of the teaching.

We have the key now to answer Mrs. Stetson's question as to the dependence of women upon the men's support. The truth is that we are all mutually dependent upon one another. No one knows where his dependence begins or ends. The employer is dependent upon his workmen, and the privates in the industrial army are dependent upon their officers. There is no one so dependent as the capitalist is. Can he ever be sure that he has a moral right to spend twenty or fifty thousand dollars a year as he pleases? Where did this money come from? Women are under obligation to the men. But every man is also under obligation to women. Neither side can measure the obligation. Suppose the husband, returning to his home weary at night, goes forth again in the morning as if he had breathed a spiritual ozone, with a new sense daily of the more sacred meanings of life. What does the man with all his earnings do for the wife more than she may do for him?

For what end do we live? Is it that we may make things, shoes, hats, clothing, houses? Is it not rather

that we may construct abiding personalities, that we may build in the high terms of truth, loyalty, affection, deathless hope? Does the wife, sister, or daughter suffer because she cannot coin her life into dollars? Let her lift up her eyes and behold values more splendid than gold, into which, if she likes, she can transform every moment of life. Men daily come, who long painfully for spiritual reality and goodness, who long for faith and for love. See to it, then, you women who wish to contribute your share with the men to the world, that you undertake to give what men need more than they need all the things which the census enumerates.

I am not withdrawing anything from what I said earlier about women having a healthy interest in all social and public concerns. I am showing the basis of such healthy interest. What I say holds, even if women choose to maintain the old tradition, which, surviving from the barbarous days, denies them full personality, and excludes them from voting with their brothers and sons. Grant, if any one likes, that they prefer to be debarred from any of the natural and ordinary privileges and functions of human beings. Grant that they do not care to be asked their opinion in favour of good roads, clean streets, the enforcement of law, honest government, peace, and arbitration. I am not disposed to claim that the introduction of a host of women into political life will purify politics. The vote of a frivolous or selfish woman is precisely like the vote of a selfish or ignorant man. It is only the vote of high-minded and

disinterested persons, whether men or women, that can purify politics.

Granting, however, that women continue not to wish to assume further political duties, there is, nevertheless, a certain point of view from which it is fitting and necessary that good women should look upon all these great social and human concerns. It is the point of view of the mother, that is, the motherly woman, whose intelligence is alert and whose heart is warm toward those things which touch the life of children. The motherly woman is bound to ask how children and youth are likely to be affected by each and every public measure. It is preëminently for the sake of the children's lives that women desire wise and efficient health officers, and well-kept schoolhouses. It is for the sake of saving the boys that women must care whether or not saloons line the thoroughfares. It is for the good morals of the boys that women ask to have laws enforced and demand pure and incorruptible mayors and aldermen. It concerns the fate of unborn children, whether we in America foster or discourage the old-world system of militarism, whose false glamour still survives even in the shadow of churches. The most profound aspect in which any question can occur to a woman is not, What do you wish for yourself? It is rather, What do you think is for the interest of the children whom you love? What is best, not for your children only, but for all children? Men would answer few questions wrong, if women were accustomed to urge this form of inquiry.

CHAPTER X.

A DIVINE ART.

If I have made my meaning plain, it will be seen that women's characteristic work, so far from being secondary to man's, is the highest of all work. You want to effect something. But the most efficient work of the world is not in draining fields and raising crops, in hammering iron or rearing piles of bricks. All these things are subsidiary to the creation of manhood. Assyria and Egypt possessed plenty of visible civilisation and went to ruin nevertheless. Palestine and Greece still rule the world by virtue of forms of civilisation that were "unseen and eternal." It is woman's part to help create and maintain these enduring forms. They are in heart-throbs, in prayers, in aspirations, in ideals, in habits of thought and character wrought into the moral fibre of noble souls. Others may build in brick and mortar; others may chisel marble; others may paint with colours on canvas. It is given to women to work with the elements of spirit. What art is finer than to handle and mould the divine nature itself?

I have had in mind that women's work is generally what the world calls humble and private. Little of it goes into the newspapers. It is not often inscribed

on monuments. It has small public recognition by votes of thanks. Women often, doubtless, wonder "what is the use" of what they do. Who does not ask this in his hours of weariness? It is man's glory that he asks this infinite question; he asks it because he sees shining heights still above him. But when it is not easy to see the use of one's own life, it is easy to see the use of other lives just like ours. What do we know about that humble woman, Hannah, who brought her child to devote him to God at Shiloh? We know nothing except her earnestness, and that she was the mother of Samuel. But if it had not been for Hannah's earnestness, who would ever have heard of Samuel?

Take out of the history of Rome one woman's life, — I mean the noble mother of the Gracchi, — and you will have changed Roman destiny. Take out of the story of the world the most unknown and humble life of Mary, the mother of Jesus; or let her be other and less than she was, and who can tell what loss of fineness of vision he might have suffered to mar and spoil his wonderful balance of spiritual gifts! Take out of the history of America one woman's life, — her name is scarcely familiar, — I mean Abraham Lincoln's noble step-mother, and who can be sure that the rude and malign influences about the growing boy might not have turned him to evil, and altered the current of history? Take out of the life of our poet-reformer, James Russell Lowell, what a single woman, the noble wife of his youth, Maria White, did for him; suppose him to have fallen in love with a vain or weak woman, and you

cannot be sure that we should ever have heard of the man. In every hero's career crises come, when the demons of temptation take him up into a high mountain, and he rises or falls for ever by the power or the weakness of human ties, by which a mother or a wife or a sister either steadies him or pulls him down.

Do you say that I am speaking of only illustrious instances? They are typical of what goes on in every little village. Who does not know of women, sometimes poor and sick, who, nevertheless, by the purity of their womanhood, by the dignity of their idealism, by their faith, hope, and love, by their sweetness and light, like lamps set up in the darkness, change and ennoble whole neighbourhoods? There is surely an order of noble women, — who will can join it, — every humblest member of which ministers moral and spiritual life — the most precious of all gifts — to the needy world. It matters little where these women live and labour; they may be teachers in country schools; they may be called "servants" or "help;" but they are closer than they know to the sources of all power; they have a sure hand in the making of the nation. They are the women who seek to live like daughters of God, being here, like his sunshine, to cure, and bless, and save, to do good, and to love. Of every man it may be said, in Tennyson's words:

> "Happy he
> With such a mother; faith in womankind
> Beats with his blood, and trust in all things high
> Comes easy to him; and though he trip and fall
> He shall not blind his soul with clay."


Archives